Nacida de un deseo (Spanish Edition)

Kristopher Rodas

NACIDA DE UN DESEO

Kristopher Rodas

Derechos de autor © 2023 Kristopher Rodas

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

Diseño de la portada de: Kristopher Rodas
Impreso en los Estados Unidos de América

Contenido

Página del título

Derechos de autor

Nota del autor

NACIDA DE UN DESEO

PRÓLOGO:

1

PRIMERA PARTE: ESPEJISMOS

2

3

4

5

6

7

8

9

SEGUNDA PARTE: JONATHAN

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

TERCERA PARTE:

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

CUARTA PARTE:

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

QUINTA PARTE:

67

68

69

70

71

72

73

SEXTA PARTE:

74

75

76

77

78

79

80

81

82

EPÍLOGO:

83

Libros de este autor

Nota del autor

La protagonista de esta historia es una muchacha psicótica que contempla una perspectiva alterada de la realidad, en la que recuerdos del pasado y visiones del futuro se mezclan para crear un ambiente caótico y confuso.

Es posible, querido lector, que en cierto punto de la lectura sientas la misma confusión que padece la protagonista de esta historia. Pero no te preocupes, al final todo tendrá sentido.

La mayoría de acontecimientos que suceden en esta novela se ambientan en la mente de la protagonista. Y su cabeza es un sitio muy peligroso.

Esta historia está basada en mi obsesión por alcanzar lo que es imposible.

¡Disfruta de esta locura!

NACIDA DE UN DESEO

PRÓLOGO:

ANOCHECER

1

Alba observaba el brillo de las primeras estrellas que navegaban entre celajes y crepúsculos. Estaba parada frente a su ventana abierta. Cerró los ojos y murmuró:

–Muéstrame el camino, guíame a través de la oscuridad y permíteme descender junto a ti –Alba apretó sus puños para ratificar su plena convicción.

La joven sintió una extraña brisa recorriendo su rostro, un soplido gélido y espectral. Giró en redondo y abrió los ojos. La figura de madera de un anciano con un puro entre los labios, sombrero de paja y vestido con ropajes tricolores, la recibió con una mirada penetrante, a pesar de que sus ojos fueron pintados con acrílico barato, tenían una profundidad mística. La figura de madera estaba rodeada por rudas amarillas y geranios rojos, y una ofrenda por cada punto cardinal del círculo de flores: en el oeste, un tarro de miel fermentada; en el norte, dos cadenas de oro; en el este, un recipiente con cerveza casera; en el sur (de cara a Alba), un plato lleno de tabaco.

Entre Alba y el muñeco había un círculo de sal en el suelo, en medio de este estaba una baraja de cartas del tarot. La joven tomó una de las veladoras que estaban en el suelo y se acercó a la figura de madera. Encendió el puro

entre sus labios. Entró en el círculo de sal y miró a la figura de madera con una mirada de perro regañado al tiempo que se sentó frente a las cartas.

–Por favor, señor Maximón, ayúdeme con esto…

Maximón es una deidad indígena venerada y temida por su capacidad de conectar el mundo terrenal con el espiritual. Alba necesitaba de su ayuda para atraer (invocar) a un espíritu para que la guie durante el "descenso". Las cartas del tarot eran la vía de comunicación entre los mundos, cada carta que Alba sacase tendría un significado en el lenguaje de la invocación. En el ritual del descenso solo se deben sacar dos cartas.

Alba puso su mano derecha sobre la baraja y preguntó con la voz temblorosa:

–¿Hay alguien aquí?

El diablo. Esa fue la primera carta. En el lenguaje de las invocaciones, si es la primera carta que sale de la baraja, significa que el espíritu confirma su presencia. La conexión se había establecido. Alba sintió una punzada en el estómago. Por fin lo había conseguido. Sin embargo, faltaba una carta. La más importante, la que determinaría si conseguiría por fin lo que deseaba con todo su corazón. Alba volvió a poner su mano derecha sobre la baraja y preguntó:

–Necesito saber la verdad… Por favor, guíame hacia el inframundo.

El carro. Esa fue la segunda carta. En el lenguaje de las invocaciones significa que el ente está dispuesto a cumplir lo que se le solicita, en el caso de Alba, conducirla a través de las puertas del más allá.

La joven devolvió las cartas a la baraja. Se levantó y le hizo una reverencia a la figura de madera al tiempo que murmuró: "Gracias". Alba respiraba el humo del puro mientras caminaba hacia el umbral. Un sendero de velas rojas y negras la condujeron hasta las escaleras. Eran diecisiete escalones hacia el piso de abajo. Metió la mano en su bolsillo y sacó una venda, se la amarró en los ojos. Sintió el peso de una mano en el hombro izquierdo y

una respiración agonizante soplaba en su nuca. Alba tenía miedo, pero estaba decidida. Nunca había llegado tan lejos con el ritual y no estuvo del todo convencida de su efectividad hasta que sacó las cartas correctas. No tenía otra alternativa, era la única manera para desenterrar el pasado y ponerle fin a su tristeza. Alba bajó un escalón. Sus brazos y espalda sudaban a chorros y sus piernas se estremecían, pero después de unos minutos se sintió segura para dar el segundo paso, luego el tercero, y así hasta llegar al décimo séptimo escalón. Las piernas de Alba la traicionaron y estuvo a punto de caerse, se tambaleó como si su cuerpo fuese una hoja de papel. Pero apretó sus puños, inspiró hondamente y nuevas fuerzas la hicieron estremecer de gallardía. Dio un paso más. Percibió un leve rechinido, pues estaba sobre otro escalón y no en el suelo. Decimoctavo, decimonoveno, vigésimo. Las puertas del inframundo se abrieron y la joven descendió para encontrarse con su destino.

Una corriente de viento sopló y la joven tuvo que inclinarse para no caerse. Risas y gritos se escuchaban en la lejanía. Una bandada de pájaros sobrevoló por encima de ella con un aleteo frenético y graznando con locura para mostrar el rechazo que sentían por las intenciones de la joven.

Se acabaron los escalones. Finalmente llegó al suelo. Su guía espectral dirigió sus pasos a través del inframundo.

Una voz detuvo a la joven y le preguntó: “¿Qué es lo que deseas?”.

...

Alba despertó. Lo primero que observó fue a un cumulo de estrellas navegando con frenesí entre olas siderales. Por un momento pensó que había muerto y el infinito la recibía con toda plenitud. La joven se llevó la mano a la cabeza, un agudo dolor la hizo volver en sí. Estaba acostada en la caja del pickup de su padre. Reposaba su cabeza en la maleta en la que guardaba su ropa interior. La brisa alborotaba su pelo e ideas.

La sorprende escuchar su propia voz en sus sueños, porque, por más que lo intenta, es incapaz de formular palabras. Alba es muda desde que recuerda.

Estiró su brazo derecho hacia el cielo. Sus dedos juguetearon con las nubes. Sus labios entreabiertos dejaron escapar un ligero suspiro.

“Otra vez el mismo sueño”, pensó.

Aquel sueño apareció en su mente tres meses atrás, coincidiendo con la fecha en la que perdió la memoria. Alba se cayó de las escaleras de su antigua casa, se dio un fuerte golpe en la cabeza y quedó inconsciente. Cuando despertó, no había rastro de su vida. Nada más le quedaban migajas de memoria surcando en su mente, por eso recordaba a su padre y los nombres de algunos familiares, entre otras cosas relacionadas a la escuela. Era como volver a nacer, y ella no podía afirmar si era una bendición o una maldición (ya que no tenía recuerdos de alegrías ni tristezas). Todo lo que sabía sobre sí misma es lo que le contó su padre. No tenía ningún interés en ahondar en el pasado, se sentía satisfecha con los relatos de su vida: primer diente caído, viajes a la playa, primera comunión, celebraciones de cumpleaños, convicciones cristianas, entre otras tantas cosas triviales.

Lo único por lo que sentía curiosidad era su madre. Cuando interrogó a su padre, él le dijo que su madre se fue de casa cuando Alba tenía apenas dos años, llevándose consigo la mayoría de fotografías que tomaron en el poco tiempo que fueron una familia. El padre afirmaba con tristeza que su esposa se escapó con otro hombre. Alba dudaba de su testimonio, pero vagos recuerdos sobre su madre insistían en su mente, cosa que claramente significaba que convivió más de dos años con ella. Llegó a la conclusión de que su padre decía la verdad, pero que su madre los abandonó cuando ella tenía entre ocho a nueve años, y que su padre decía lo de los dos años para que su hija pensase en su madre como una desconocida, alguien con quien no tiene ningún vínculo, y que de ninguna forma reconocería si la viera.

Eso llevó a Alba a pensar en las razones de su madre para abandonarlos. Quizá Alba no era tan bella como a ella le habría gustado, ya que se parecía mucho a su padre. Quizá su vida marital no era lo que esperaba y se sentía como en una burbuja que se mecía entre tormentas y huracanes. Quizá la burbuja explotó y su madre simplemente no lo soportó. O quizá, y solo tal

vez, ella realmente no quería ser madre. No la culpaba, pues en carne propia experimentaba que la convivencia con su padre no era lo mejor del mundo.

Su papá le contó que su madre era una apasionada por las flores, y él, un jardinero en su tiempo libre. Se gustaron, se casaron, tuvieron una hija y la mujer se escapó con un amante. Ese fue todo el recorrido familiar. El padre lo contaba vacilando, yéndose por las ramas, orientando los cuestionamientos hacia otros temas para distraer a Alba. Naturalmente, Alba notó la renuencia y dejó de insistir, su padre no le diría gran cosa, posiblemente porque la seguía amando y el tema le resultaba vergonzoso y doloroso. Si Alba quería saberlo, tendría que recordarlo, cosa que no le parecía del todo motivante, ya que, a fin de cuentas, si su madre no estaba por una u otra razón, era porque no quería. Quizá así lo prefería: ser olvidada de la mente de su hija y comenzar una nueva vida desde cero.

Los ecos del pasado insistían, pero Alba estaba convencida de que vivir entre secretos y olvidos no era tan malo.

PRIMERA PARTE: ESPEJISMOS

2

Aunque no lo pareciera en aquel momento, Alba era una muchacha con gran fortaleza. Tenía dieciséis años, brazos fuertes y piernas duras y tonificadas, entereza heredada de su padre. Su cabello quebradizo era negro como la noche y se enredaba con facilidad, por eso no solía peinarse, llevando siempre una apariencia rebelde y desarreglada. Había algo extraño en su mirada, una tristeza, un vacío, como perdida en un campo de estrellas rotas y ruinas de recuerdos.

Desde que despertó del accidente en las escaleras, han estado viajando por todo el país, conociendo todo tipo de personas y viviendo en hoteles y departamentos. A Alba le encantaban las carreteras, los prados infinitos y los árboles con miles de años que crecerían hasta alcanzar a las estrellas.

Sin embargo, el largo viaje llegó a su fin. Su padre le comentó que le ofrecieron un trabajo en una pequeña ciudad en el Nororiente del país, y esta se encontraba en pleno apogeo industrial.

Eso llevó a Alba a la caja del pickup de su padre, acostada entre sus maletas, agradeciéndoles a las estrellas por escuchar la difusa historia de su vida.

Alba cerró sus ojos y pidió un deseo que solo las estrellas pudieron escuchar.

3

Alba entró en la cabina del auto porque estaba congelándose. No tardarían mucho en llegar a su destino. La joven se preguntaba cómo sería su nueva casa. Tendría un jardín bonito, sin duda, pues su padre se encargaría de eso. Tendría vecinos y conocería gente nueva, eso la aterraba, pues su manera de comunicarse con los demás es limitada. Escribe en una libreta y se la muestra a las personas, eso desespera a la mayoría.

A ella le gustaban las carreteras, los animales y las estrellas, la escuela le parecía innecesaria para conseguir lo que amaba. Pero asistiría si su padre insistía, pese a todo, entendía que la vida era más que eso. Podría intentarlo, si fracasaba, adoptaría a un perro y se mudaría a las inmediaciones de un bosque, a fin de cuentas, los árboles hablan su idioma.

Todo estaría bien. Se les dio la oportunidad para comenzar desde cero, una nueva vida.

Alba observaba como los árboles, prados y cercas desaparecían en la inmensidad de la oscuridad. Era un paisaje profundo y mágico. Un rotulo se cruzó con su mirada, apenas logró leer que este rezaba: “Bienvenidos a La Tierra de Dios”. Alba sintió una sensación electrizante recorriendo su espalda y un enorme vacío se formó dentro de su pecho.

4

La noche había caído sobre la familia. Poca actividad se realizaba en las calles, quizá era un día festivo o algo similar, por eso la gente permanecía en casa con las luces apagadas. Alba estaba inmersa en sus cavilaciones, por eso no prestó atención. Su padre tenía la mirada fija en el camino que marcaban las luces del auto.

El padre de Alba se estacionó en un patio sobrio. No había flores en el jardín. La casa solo tenía una luz en el corredor frontal. Era un bombillo amarillento, de los que ya no se usan. Alba pensó en cambiarlo cuanto antes por uno actual. Alba y su padre descendieron del pickup y bajaron las maletas. Alba percibió un molesto rechinido cuando subió los escalones hacia el corredor. “Me acostumbraré”, pensó.

La sala le pareció sumamente extraña.

Señaló a los muebles, como preguntando: “¿de quién son?”. Su padre estaba acostumbrado a leer sus gestos.

–Son parte del contrato que firmé con la empresa. Vendí los muebles de nuestra anterior casa porque esta está amueblada. Además, me hicieron el favor de llenar el refri. Me lo van a descontar de mis primeros pagos, pero igual, gracias a Dios han sido buenos con nosotros.

Una punzada de sentimientos pinchó su corazón. Nada sería como antes. Deseaba dormir y ordenar sus ideas. Su padre la guio hasta su nueva habitación. El cuarto ciertamente era acogedor. Con una estantería de libros ordenada a la perfección, un armario vacío (por la mañana lo resolvería), y una cama que la invitaba a sumergirse en un dulce sueño. Una ventana tenía vista al patio, y cuando hubiera flores en este, sería hermoso y nostálgico jardín. Alba sacudió sus miedos y abrazó la idea de que lo nuevo sería mejor. La vida que le esperaba sería maravillosa. Apagó la luz y se envolvió en sus sabanas.

5

Alba soñó nuevamente con las velas, el muñeco de madera y los escalones hacia el inframundo. Y justo después de escuchar la voz que siempre le preguntaba: “¿Qué es lo que deseas?”, un chirrido agudo y molesto la despertó. Alba encendió su lampara. Aquello sonaba como pasar la punta de un clavo sobre un cristal. Provenía de su ventana. Alba levantó una esquina de su cortina y observó a un animal intentando entrar. Era un enorme gato blanco. Alba se preguntó si estaba perdido. De pronto, reparó en algo más extraño. Una sensación sísmica. El patrón se repetía como si fuesen pisadas contundentes. A Alba la asaltaron sus nervios. Abrió la ventana y el gato entró junto con una ráfaga de viento helada. Las cortinas bambolearon. Cerró la ventana rápidamente. El animal encontró refugió bajo el armario. La luz de la lampara no era lo suficientemente fuerte para que pudiera ver al animal. Encendió las luces de la habitación.

Alba se puso de rodillas frente al armario y le ofreció su mano al animal al tiempo que hacía el sonido que la gente usa para llamar a los gatos (pssss, pssss, pssss). Después de unos minutos, el gato se relajó y se acercó hacia la mano de Alba para olfatearla. Lentamente salió de su escondite y pasó su cola en la frente de la muchacha. Se sentó y la gata se arrimó en su regazo con las patas hacia arriba. Tenía tetas largas, era hembra. Era tan tierna y cariñosa que Alba no pudo evitar ponerle un nombre: “Lourdes”. Sí, así se llamaría, aunque ni el animal ni nadie pueda saberlo. Así estuvieron un rato hasta que Alba notó algo que le incomodaba. Su sonrisa se apagó y las caricias se congelaron. Alba volvió su mirada lentamente hacia la ventana.

Alguien se ocultaba en la oscuridad y la observaba con expectación.

6

A las seis y media de la mañana el padre de Alba tocó su puerta.

Alba se negó a abrir. Estaba cansada. Su padre comenzó a gritar y a azotar la puerta.

Su padre se rindió y se esfumó, como un sueño al despertar.

Lourdes maulló, como si supiera que el padre se había ido. Rasgó la puerta con sus garritas. La joven pensó que tenía hambre, tuvo la intención de sacar una salchicha del refrigerador para dársela. Al abrir la puerta, la gata pasó en medio de sus piernas. Correteó por la cocina, daba la impresión de que estaba buscando algo con la mirada. Alba la persiguió intentando averiguar qué podría ser ese algo. Lourdes encontró una ventana parcialmente abierta en la sala y la atravesó. Fue tan rápido que a Alba apenas le dio tiempo de procesarlo. La gata estaba allí, y un segundo después, no. Alba abrió totalmente la ventana y corrió en pos de la gata.

7

Alba apenas podía seguirle el paso a la gata. El animal marchaba decididamente, sin vacilar, conocía de memoria el camino hacia su destino. Alba se preguntó por qué no había señoras sentadas en sillas de plástico en los patios de las casas de su vecindario, platicando con sus amigas y familiares y riendo ruidosamente o niños manejando bicicletas en la vereda. El viento silbaba en sus oídos y a lo lejos se escuchaba un ruido metálico, el ruido que producían las fábricas y transnacionales: pitidos de grandes maquinarias moviendo cargamento, chirridos de poleas oxidadas y pisadas de botas sobre plataformas metálicas. Alba observó en las ventanas de algunas casas luces y sombras en movimiento, eso relajó su tensión. El hecho de saber que había algo vivo en aquel lugar era suficiente para no caer en la locura. Alba pasó frente a un comercial abandonado y observó su reflejo en el cristal, agudizó la vista y notó que detrás del vidrio había un muñeco de trapo con la ropa cocida, al lado tenía una veladora a medio consumir, la cual tenía pegada una nota: “Una luz para que encuentres el camino de regreso a casa, Jeremy” Aquello hizo estremecer a Alba.

Alba le perdió el rastro a Lourdes mientras se distraía con las trivialidades la ciudad. Se sentó en la orilla de la banqueta e inspiró y exhaló hondamente. No había distinción entre el silencio de aquella avenida con el silencio de un cementerio a media noche. El cielo se veía tan borroso como las letras de un libro escrito hace dos mil años. Algunas casas habían sido abandonadas, tenían las puertas abiertas y la grama tan alta que le llegaría a las rodillas a Alba, los columpios de madera se mecían con sigilo, como si sombras estuvieran montadas, haciendo peso y empujando las cuerdas.

La gata salió de un callejón, y miró inquisitivamente a la joven perdida, como diciéndole: “¿Qué estás esperando para venir por mí?”. Alba se levantó precipitadamente y siguió a Lourdes. La gata no corría, pero iba a un paso acelerado, como si estuviera ansiosa por mostrarle algo a Alba.

Mientras Alba recorría las calles de La Tierra de Dios, se preguntaba por qué la ciudad tenía ese aspecto tan desolado y lúgubre. ¿Su padre no podía conseguirse un trabajo en una ciudad más cálida? Pasaron tres meses visitando hermosas ciudades, pudieron haberse establecido en otra, cualquiera habría sido mejor opción.

La joven observó la estatua de un delfín saliendo de la tierra. Se encontraba en un parque. La gata se escabulló entre unos árboles y Alba no logró alcanzarla. El chirrido de las cadenas de un columpio se robó su atención. No estaba sola.

–Hola –saludó una muchacha pelirroja con un tono risueño, (casi como cantado) al tiempo que se bajaba de un columpio.

La muchacha tenía una mirada naufraga y misteriosa, quizá por efecto que producía la neblina y las sombras que las rodeaban. Alba examinó las facciones suaves de un rostro perfectamente ovalado, ausente de maquillaje, con nariz recta como el tallo de una rosa erguida, pómulos sonrojados y cabello carmesí, con un fleco haciendo el mismo movimiento que hacen las hojas de los árboles ante la docilidad del viento. Traía puestas unas zapatillas grises sencillas, una falda negra corta y una blusa blanca con

tirantes. Sus piernas eran blancas como las nubes y sus dientes tan rectos como las teclas de un piano.

Alba sacó su libreta y escribió en una página. Se la mostró a la desconocida.

“¡Hola! yo estaba siguiendo a mi gata. Es blanca y está un poco vieja, ¿no habrá visto por dónde se fue?”.

–Hum… –la chica se llevó los dedos a la quijada y frunció los labios–. Creo que no he visto nada –dijo al tiempo que se encogía de hombros.

“No puedo hablar, lamento molestarla”, dijo Alba con su libreta, intuyendo que podría impacientar a la pelirroja.

–No se preocupe, estoy acostumbrada al silencio –la muchacha pelirroja tenía las manos en la espalda y una sonrisa que marcaba sus prominentes hoyuelos–. No hay mucha gente en esta ciudad, la mayoría son trabajadores y se la pasan en el puerto.

“Qué lugar tan raro. Y eso que se llama La Tierra de Dios. No le hace justicia al nombre”.

–Quien sabe… tal vez así se ve el Edén.

A Alba le extrañó la respuesta de la muchacha pelirroja.

“¿Y qué hace usted aquí sola?”.

–Estaba esperando a alguien. Pero creo que ha olvidado venir –las gesticulaciones de la muchacha eran tan suaves como el aleteo de una mariposa nocturna y sus movimientos eran reposados, como si acabase de salir de un profundo sueño–. Pero eso ya no importa. Tú sí has venido.

“Me alegra ver a más gente por aquí. Han pasado tantas cosas en poco tiempo. Una a veces duda de lo que es verdad o mentira. En fin, me voy. Usted también debería irse”.

Alba giró en redondo y antes de dar el tercer paso, la voz de la muchacha pelirroja frenó su andar.

–No te había visto nunca por aquí. Eres nueva en la ciudad, ¿no? Perderse aquí puede ser muy peligroso…

Alba apretó sus puños y frunció sus labios. La muchacha pelirroja tenía razón, estaba perdida, y si se iba, solo se perdería más.

–Mi mamá puede llevarte a tu casa –interrumpió la muchacha pelirroja–. Podemos dar una vuelta por la ciudad su auto, y si no encuentras tu casa, puedes llamar a tu padre con el celular de ella.

“Sí, eso sería muy amable de su parte”.

–Ya está, entonces, vamos –la muchacha tomó a Alba de la mano y juntas salieron del parque.

“¿Cómo es que sabe que vivo solamente con mi padre?”, se preguntó Alba.

8

Era una joven encantadora, y por alguna razón, su gracia y plenitud le resultaban misteriosas, pues juraría que la había visto en otro lado. Su cabello carmesí, su sonrisa resplandeciente, sus gestos infantiles. Alba pensó que posiblemente la muchacha se pareciese a alguien a quien conoció (quizá por el cabello rojo) una compañera de escuela o vecina.

Alba y la muchacha caminaron por la vereda. La calle estaba vacía y el mundo, quieto. Pero dentro de Alba las dudas se formaban como remolinos. Se preguntaba si lo que estaba haciendo estaba bien, ya que su acompañante era una total desconocida. ¿Cómo había terminado en esa situación? Encaminándose a la casa de una extraña en una ciudad rara…

–Es aquí –dijo la muchacha pelirroja sin volver la mirada hacia Alba.

Alba examinó su alrededor. Caminaron apenas unos metros. Lo primero que vio fue unas enormes columnas, detrás de estas, un portón de madera. Era un edificio con un color tan blanco como la inocencia de un niño. Levantó la vista. Vio una torre con una campana que parecía tener el doble de la altura de su cuerpo.

Alba notó que el lugar se parecía a una iglesia.

La muchacha pelirroja se acercó a la verja y empujó una puertecita.

–Aquí vivo.

Cruzaron un jardín con todo tipo de flores rojas, como los cabellos de la muchacha. El portón era de madera, y tenía en su lado derecho una puerta más pequeña. La muchacha sacó una llave que tenía oculta en el cinto y abrió la puerta de la iglesia.

Caminaron sobre una alfombra roja. Sus pasos resonaban entre las enormes paredes de quince metros. Estelas de luz tricolor entraban por los amplios ventanales con adornaciones religiosas.

La muchacha pelirroja se detuvo frente a una cruz dorada en la que colgaba un cristo mallugado. Alba se estremeció. Nunca le agradaron ese tipo de representaciones tan violentas. La muchacha abrió sus brazos como si fueran alas apunto de emprender vuelo.

–Este lugar es sagrado. Aquí la conexión entre los mundos es más fuerte. Míralo, míralo bien. El Cristo está roto. Él representa los sentimientos de la humanidad. Él es la llave que necesitamos. Pero falta otra llave, Los Cristos deben encontrarse para decidir el futuro de la humanidad.

La muchacha giró en redondo hacia Alba y la estrechó entre sus brazos. Rio mientras revolvía su rostro en el hombro de Alba.

–No es esto lo que quería mostrarte –la muchacha tomó la mano de Alba y la guio por uno de los pasillos laterales.

9

Hilos de luz que entraban por diminutas ventanas que iluminaban el paso de las jóvenes mientras subían los peldaños de la escalera de caracol de la torre. Alba estaba en shock. Las cosas alcanzaron un nivel de rareza descomunal.

Las jóvenes entraron en el campanario, el cual se elevaba por encima de los edificios circundantes. Solo las calles cercanas podían distinguirse por las enormes ventanas, pues más allá de unos metros se esparcía una densa niebla. Las paredes del campanario estaban hechas de piedra, hierro y madera, alcanzaba una altura de cuarenta metros. Los marcos de las ventanas tenían tallados de cemento con alusiones de ángeles y flores. La campana era, por lo menos, dos veces más alta que Alba. Era de un color dorado ennegrecido, con un badajo de madera que tenía una cuerda sujeta a un soporte metálico. Bajo la campana, un agujero tan grande como las dudas de Alba, un paso en falso y caería al vacío. La muchacha pelirroja soltó la cuerda del badajo de la campana, como si en cualquier momento fuese a dar un campanazo y corrió por la plataforma de madera, haciendo que esta se tambalease, no parecía que fuera a resistir mucho tiempo más.

“¿Por qué diablos me trajo hasta este lugar?” pensó Alba al tiempo que se pegó a la pared.

La muchacha pelirroja se dejó caer hacia el vacío. Sin embargo, la cuerda del badajo la ayudó a llegar al otro lado de la plataforma. ¡Tong! Sonó la campana con un estridente vibrante.

–Le haces daño a tu mente al pensar que todo puede ser como antes –dijo la muchacha pelirroja con un tono serio, y un semblante sombrío.

Alba cruzó la plataforma para alcanzar a la desconocida.

La muchacha pelirroja volvió a columpiarse con la cuerda del badajo. ¡Tong! Sonó la campana.

–Encontrarás la verdad. Confío en ti. Me duele no poder hacer más que esto –la muchacha pelirroja se subió al marco de la ventana y soltó la cuerda del badajo.

Alba estaba totalmente alterada, a punto de colapsar, ahogando un grito en su interior porque sabía que la tragedia era inminente.

–Bienvenida al infierno –murmuró la muchacha pelirroja al tiempo que se dejó caer de espaldas por la ventana, desapareciendo en la inmensidad de la neblina, entre campaneos y secretos.

SEGUNDA PARTE: JONATHAN

10

Sonó la alarma. Es el tema introductorio de un anime. Jonathan pone su mano sobre la pantalla de su celular para silenciarlo. Revuelve su rostro con su mano para aplacar la somnolencia. No quiere levantarse. Se acomoda y se envuelve en sus sabanas para evitar que la tenue luz penetre en sus sentidos.

Recuerda que tiene que salir. Es un compromiso conveniente. Piensa que quizá debió decirle a su padre que lo llevara, pero recuerda que él sale a las cinco y media a su trabajo, y Jonathan no está dispuesto a levantarse a esa hora, además, no se llevan bien, prefiere no pedirle nada. Intenta quitarle importancia, pero sus tripas se retuercen. Sabe que no tiene opción: debe ir a comprar comida antes de las nueve y media, pues doña Maritza vende empanadas en el mercado hasta esa hora. Caso contrario, tendría que conformarse con cualquier otra cosa que su paladar no agradecería.

Son las ocho y diecisiete. Tiene el tiempo justo para arreglarse e ir al centro de la ciudad. No está tan lejos de su casa, pero como su motocicleta se averió, tendrá que caminar.

Suspira y se incorpora de mala gana. Estira sus brazos y bosteza. Su teléfono está en la mesita de al lado, junto a un libro, una lampara, dos desodorantes, unas hojas engrapadas y una caja con toallitas húmedas. Cosa que hace juego con el resto de su habitación, su chiquero adolescente.

Las paredes de su habitación están despintadas, aunque una la maquilló con posters de colegialas de sus animes favoritos. Lo que sería una clara muestra de precariedad y mal gusto, para él es arte. Jonathan está orgulloso de esa pared.

El piso está dañado y manchado, como si alguien hubiera vertido acido. A Jonathan no le importaba porque desde que tiene memoria, ya estaba de así.

Se quita la camisa y se mira frente al espejo. Intenta sacar musculo de un brazo. Sonríe como si lo hubiera logrado. Sus brazos eran delgados. Tenía pezones gordos, no de manera alarmante, pero si era raro de ver en un varón. Sus dientes eran amarillos, con excepción de uno, el incisivo central derecho, era blanco como un calcetín recién lavado. Jonathan estaba orgulloso de ese diente.

La piel de Jonathan se erizó. Sintió frío. Su ventana estaba abierta. Fue a cerrarla, pero antes contempló su barrio. Deseó que existiera una palabra que pudiera definir tristeza y belleza al mismo tiempo. Algunos de sus vecinos se mudaron meses atrás, dejando sus casas abandonadas. Las ramas de los árboles en los que antes se colgaban columpios, ahora eran tan delgadas como los huesos de un esqueleto. Los patios en los que antes los niños corrían unos detrás de otros con sus pistolas de agua, ahora tenían una grama que bien podría llegarle a la cintura a Jonathan. La maleza corrompió algunas puertas y ventanas. Las paredes fueron grafitadas con mensajes obscenos. Otros vecinos seguían ocupando sus casas como si nada hubiera ocurrido. El incidente de un año atrás no afectó a todos. Y era curioso observar una casa abandonada al lado de las habitadas, como si la realidad y la fantasía se mezclaran para crear algo triste y hermoso. Jonathan está orgulloso de su barrio.

El joven fue a lavarse los dientes. Pensó bañarse, pero recordó que un día antes lo había hecho, y bañarse todos los días afecta el medio ambiente. Jonathan era todo un ecologista, al menos cuando lo consideraba conveniente.

Sacó unos calcetines de su gavetero, al tomarlos, encontró algo que había perdido semanas atrás: su GameBoy Advance. La encendió y jugó una partida rápida del Pac-Man. Aunque nadie nunca lo celebraría, tiene una puntuación aplaudible en ese y otros videojuegos. Jonathan está orgulloso de sus récords.

Se puso un pantalón corto, sandalias y sudadera. Está listo para hacer su pendiente.

Caminó por la vereda con las manos metidas en sus bolsillos. Se arrepintió de no ponerse un pantalón largo, subestimo el frío. Jonathan no terminaba de acostumbrarse al nuevo ambiente de la ciudad. En donde antes había una larga fila de vehículos, ahora con suerte transitaba uno o dos. Las ciclovías eran un recuerdo de un pasado que parecía de lustros, aunque solo hubiesen transcurrido meses.

Jonathan saluda a su vecina, doña Lucia. La señora le sonríe. Ella era de las pocas personas que conoce de las que no les afectó el incendio. No perdió ningún familiar ni amigo, ya que no tiene esposo ni hijos. Solo gatos. De hecho, su humor había mejorado considerablemente en los últimos meses. Ella parecía complacida con su nuevo mundo. Un lugar menos ruidoso.

Jonathan llega al mercado. Si bien, había menos comerciantes y compradores que antes, las personas que quedaban se esforzaban en seguir adelante, aunque sus miradas indicaran que estaban cansados de la vida.

Jonathan saluda a doña Maritza. Ella lo recibe con calidez. Él siempre ha pensado que le habría gustado tener una madre como ella. O por lo menos, una madre cualquiera.

Paga su porción de cuatro empanadas rellenas de jamón y queso derretido. Doña Maritza le regala un vaso con avena y canela. Jonathan está

sumamente complacido. Se sienta en una silla de plástico y degusta sus empanadas entre el bullicio de los transeúntes.

Jonathan toma la ruta de la octava avenida para regresar a casa. Escucha el sonido de una campanita. Reconoce el ruido. Es de la bicicleta de Crispin.

–¡Hey, Crispin! –saluda mientras el otro da otro campanazo para devolverle el saludo. Se aleja rápido hasta perderse en la neblina.

Jonathan y Crispin eran amigos en la infancia. Iban a la misma escuela y asistían a la misma iglesia. Sus padres trabajaban juntos. Pero con el tiempo se hicieron desconocidos. De hecho, Jonathan es el único que le dice "Crispin", su apodo de la infancia.

Jonathan recuerda que no tiene amigos. Solo conocidos como Crispin. Siente una punzada de decepción. Jonathan no está orgulloso de eso.

Mientras Jonathan transitaba la cuesta de la calle, como si de una respuesta divina del mundo se tratase, vio a una muchacha frente a los portones de la iglesia abandonada. La muchacha cruzó el umbral. Jonathan se extrañó, pues aquel lugar es el refugio de adictos y bandidos. Él sigue caminando hasta perderla de vista, pero algo le dice que se arrepentirá si no regresa. Se para en seco y analiza ese sentimiento. Aprieta sus puños e inspira con pesadez. Arruga los labios y vuelve la vista hacia atrás. Piensa que la muchacha puede estar desorientada. Quizá sea una extranjera que quiere rezar en paz. Esa idea hizo que se sintiera responsable si algo malo le sucedía. La culpa no lo dejaría dormir esa noche. Jonathan piensa ahorrarse ese sufrimiento.

Regresa a la calle de la iglesia. Cruza el umbral. El lugar es peor de lo que imaginaba. La pestilencia es insoportable. Las sillerías en las que meses atrás las personas se sentaban e invocaban el nombre de dios, ahora soportaban el peso de frascos y juegos de química, con el que los vagos hacían sus propios productos de muerte. Los ventanales ilustrados con el nacimiento de Jesús están rotos. Las esculturas de personajes bíblicos fueron robadas, quizá ahora adornan la cocina de un esquizofrénico que les pide que le cocinen.

Hay sabanas, jeringas y cristales de botellas de alcohol en el suelo. Los contenedores (en los que en tiempos remotos se hacían inciensos) están quemando hojas de mariguana. Lo que una vez fue la casa de Dios, ahora era el hogar del Diablo.

Por suerte, en el momento, solo se encuentra la muchacha y Jonathan. Él siente alivio. La muchacha no parece haber percibido su presencia. Eso, o lo que fuera que estuviera haciendo era mucho más importante. Está frente a la cruz. Jonathan piensa que es un milagro que nadie haya vandalizado la cruz. Quizá, incluso en el mar de inconsciencia de los bandidos, aún quedan las cenizas de lo que alguna vez fue el respeto. Aunque pensar en eso es tener mucha esperanza.

La muchacha solloza. Algo anda mal. Jonathan se siente nervioso y piensa que lo mejor sería irse cuanto antes. La muchacha corre hacia el pasillo que conduce al campanario. Jonathan se pregunta qué diablos le ocurre.

Y luego una idea llega a su mente como un rayo que cae sobre un árbol en medio de la noche, provocando un incendio. Ella va a lanzarse desde la torre. Es una muerte asegurada. No podría tener otra razón para subir. Jonathan sabe que lo que está haciendo es un error. Pero recuerda que hace tiempo intentó hacer lo mismo. Sabe cómo se siente. Y también sabe que hay una salida. Sabe que la vida vale la pena. Un poco, al menos.

Jonathan corre hacia el pasillo. Mira los escalones de caracol. La estructura grisácea es húmeda y enmohecida. La neblina se filtra débilmente por las diminutas ventanas, parece el suspiro de un monstruo que rodea la torre.

Un grito desesperado suena desde las alturas. “¡TAN-TAN-TAN!”, la muchacha hizo sonar la campana. El ruido estridente hace que Jonathan se estremezca.

El joven sube los escalones, esperando que no sea tarde. Perdió tiempo mientras analizaba la situación.

Empuja la escotilla y entra en el campanario. La muchacha está desplomada en el suelo. El ruido de la campana pierde fuerza. Jonathan está asustado

porque piensa que es su culpa, por lento. Pero antes de derramar la primera lagrima, la muchacha dio señales de vida. Ella se llevó las manos a la cabeza y se sentó. Estaba aturdida. Jonathan se inclina para estar a la altura de ella. Cuando la muchacha lo vio, se exaltó. Se desliza en gatas hacia un cajón enorme. Se oculta. Se asoma para ver si el joven se ha retirado.

A Jonathan le hace gracia aquella reacción infantil. Suspira, aliviado. Se da cuenta que en el suelo de madera hay una libreta. La recoge y examina las páginas. Antes de lograr leer algo, la muchacha corre hacia él y se la arrebata. La esconde en su espalda como si fuera algo valioso. Lo mira fijamente, con bastante seriedad.

–Hola –saluda Jonathan. Intenta no mantener contacto visual–. Nunca la había visto por aquí – hace una pausa y se rasca el cabello–. No quería incomodar, solo se me hizo raro verla entrar aquí. No es un lugar seguro, menos para una muchacha –le devuelve la mirada. La examina.

Ciertamente es muy guapa. Eso lo pone nervioso. No usa maquillaje y su cabello se ve tan suave y liso como un helado derretido. Tiene casi su misma estatura y es delgada, se ve que tiene una buena condición física, como si hiciera ejercicio regularmente. Jonathan se siente intimidado porque él es todo lo contrario.

Él intenta esquivar la mirada inquisitiva de la muchacha. Camina hacia el extremo del campanario.

–La tierra de Dios… –murmura Jonathan mientras contempla la inmensidad la ciudad hundida. El cielo ruge. Se avecina una tormenta.

La muchacha se para a su lado y observa el mundo que los rodea. Él la ve de reojo, sin girar la cabeza: el cabello de la muchacha se mece como las colas de un barrilete en pleno vuelo.

La muchacha saca un lápiz diminuto de su bolsillo y escribe en su libreta. Le muestra la página a Jonathan. Él lee mentalmente: “Soy muda”.

Jonathan inspira hondamente. No sabe qué responder. La muchacha pasa la hoja y vuelve a escribir. Le muestra la página: “Me llamo Alba, ¿y tú?”. Jonathan nota que la letra de ella se parece a la de un niño de nueve años, los trazos de cada palabra se pelean por un espacio entre las líneas. No es tan fácil leerla.

–Jonathan –responde. Él nota que la muchacha esboza una sonrisa tímida. Eso lo tranquiliza. Agrega–: ¿Qué hace aquí?

“Estaba con una chica pelirroja, ella tocó la campana y después saltó, pero no creo que haya muerto”.

Jonathan lee tres veces esa nota. No termina de comprender a quién se refiere, pues él claramente vio que ella entró sola en la iglesia. Pero no está dispuesto a discutirlo. Le sigue la corriente.

–Entiendo. Ahora lo mejor sería que nos fuéramos de aquí, Alba –su nombre es hermoso, piensa.

“Me mudé hace unos días a esta ciudad, no sé en dónde queda mi casa, la chica pelirroja me dijo que me llevaría a mi casa, pero no era cierto, me engañó”, Alba está al borde de las lágrimas.

–No se ponga así –Jonathan intenta calmarla–, yo la acompaño. Verá que encontraremos el lugar. No se preocupe.

11

Encontrar la casa de Alba fue relativamente fácil. Jonathan conoce la ciudad como la palma de su mano, solo bastó con un par de indicaciones para que él diera con su barrio.

A Jonathan se le hizo extraño que aquella fuera la casa de Alba. Él jura que conoce a los dueños. Pero recuerda que pertenecía a una familia

problemática que desapareció después del incendio. Piensa que se pusieron de acuerdo para ponerla en renta.

El cielo ruge, esta vez su amenaza se cumple. Comienza a lloviznar. Alba corre hasta una de las ventanas de la casa y llama a Jonathan con las manos, como queriendo decir “quédate hasta que pase la lluvia”.

Ambos cruzan la ventana. Están en la habitación de Alba.

A Jonathan no le parece un lugar acogedor, menos para una muchacha tan bonita. Se nota el polvo en los muebles a pesar de la oscuridad. Hay restos de galletas en el suelo. Jonathan se sienta en la cama de Alba. La sabana que la cubre se siente vieja y rasposa, es de mala calidad.

“Esta ciudad es extraña”, dice la nota que Alba le muestra a Jonathan. “Extraña es usted”, piensa el joven.

–Sí. Han pasado muchas cosas en poco tiempo. Si supiera… –un fragmento de la noche del incendio transita por la memoria de Jonathan, pero rechaza revivir el momento y prosigue–: supongo que hay cosas que no tienen sentido en esta vida. Todo… desapareció. Y fue como si nunca hubiera existido –suspira.

“Todas las cosas que he visto han desaparecido, perdí mis recuerdos porque sufrí un accidente en los escalones de mi casa anterior, así que creo que te entiendo, Jonathan”.

Jonathan siente la cálida respiración de Alba. Sus manos comienzan a sudar. Él no recuerda la última vez que estuvo tan cerca de una muchacha. Quizá nunca había sucedido. Piensa en todas las cicatrices que hay detrás de aquel rostro de muñeca de porcelana. Mudez y amnesia, ¡qué cruz tan grande!

Jonathan guarda silencio. No quiere transmitirle su lastima a Alba.

“Pero no todo es malo, tengo una gatita, una noche entró por esa ventana, es mi mejor amiga”.

–Eso me alegra mucho, Alba.

“Solo espero que ella no desaparezca igual que los demás”.

–No lo creo, tiene una buena dueña –Jonathan sonríe.

Alba levantó una ceja. Algo la desconcertó. Ella tomó la mano de él y recogió la manga, descubriendo su muñeca, revelando el tatuaje de Jonathan.

Un punto y coma.

“¿Qué significa eso?”, le pregunta ella con una de las notas de su libreta.

–Es… –Jonathan hace memoria, no es algo que le guste contarle a los demás, a pesar de que está orgulloso de superar su oscura etapa–, el símbolo del inicio de mi nueva vida.

12

Josiel, el hermano menor de Jonathan, estaba postrado en cama.

Era un niño alegre, con pómulos rosados y mirada encantadora, idéntico a su fallecida madre. El niño que alguna vez tuvo el sueño de ser dibujante y escritor, en ese momento se encontraba derrumbado, como el recuerdo de una alegría pasada.

En los últimos años en el niño se había desarrollado un extraño cáncer que afectaba sus huesos y se extendía en todo su cuerpo: sarcoma de Ewing. Primero dejó de jugar en los recesos de la escuela. Después perdió el apetito y adelgazó considerablemente. Su padre pensaba que se trataba de parásitos estomacales, algo que se curaría rápidamente con jarabes y actitud positiva. Pero el primer examen médico mostró indicios negativos, por lo que tuvieron que sacar más muestras de sangre y llevarlas a un laboratorio más sofisticado, ubicado en la gran ciudad. Jonathan recuerda perfectamente aquel día en el que estaban en la oficina del doctor, este le recomendó a su padre que llevara a Jonathan a la sala de espera, pues la conversación que se

desarrollaría era exclusiva para adultos. Jonathan salió de la oficina. Tomó una revista y una paleta y se sentó en un sofá viejo. Tres minutos después, escuchó un grito estridente. Se alarmó. Cerró la revista, mordió la paleta y tragó los pedazos. Era su padre. Gritaba como un desalmado. El doctor le había dado la noticia del sarcoma. O, lo que era lo mismo, la sentencia de muerte de su dulce hijo.

Todas las semanas la familia visitaba al doctor y el padre era bombardeado por infinidad de conceptos médicos que nunca entendió, pero que destrozaron sus esperanzas y sueños.

El padre aprendió a no pensar en un futuro a largo plazo. El doctor insistía en que eso sería imposible, pues no habría milagro que pudiera extirpar la maldición que se germinaba en el interior del niño.

En aquella época Jonathan se sentía confundido. No sabía exactamente qué era un cáncer ni por qué mataba a las personas. Algo dentro de él le decía que, a pesar de todo, su hermano tarde o temprano se recuperaría. Quizá no volvería a ser el de antes, pero morir, jamás lo habría considerado… al menos no hasta la noche en la que sucedió.

Josiel empeoró a tal punto que necesitaba usar un respirador. Aquella maquina le había costado un ojo de la cara al padre. Parecía un cajón, como una televisión, tenía un montón de botones que Jonathan nunca entendió para qué servían. Josiel llevaba cuatro días sin despertar. Y fue en ese momento que todo estuvo claro para el joven. Josiel, su hermano, hacía tiempo que murió. Y su padre lo único que hacía era alargar la vida de un moribundo, haciéndolo padecer los peores dolores de la humanidad. El pobre niño estaba siendo flagelado por la necedad de su padre.

Tiempo atrás Jonathan vio un documental en el que aparecía un perro que fue sacrificado por padecer de un mal incurable. “Muerte compasiva”, así lo llamaban. Los dueños del animal se veían devastados, pero sabían que era lo correcto, pues nada se podía hacer.

El padre se quejaba por los gastos, y el hijo por el dolor. Ambos estaban muriendo, con la diferencia que uno se podía salvar. Jonathan meditó la

situación durante semanas. Lo que empezó como una idea exageradamente siniestra, comenzó a cobrar sentido en sus largar cavilaciones, hasta que llegó a una triste conclusión.

Jonathan desconectó el respirador. La máquina hizo un ruido extraño y eso alertó al padre. Cuando este entró en la habitación, encontró a su hijo mayor acurrucado en una esquina, sollozando en silencio. El padre notó que la maquina estaba apagada. Vio el cable desenchufado. Rápidamente lo volvió a conectar, pero la maquina no encendió. Se averió, pues para desconectarla antes debían apagarla. Josiel sufrió unos espasmos. Sus piernas aletearon lentamente. Sus ojos nunca volvieron a abrirse. Murió ahogado.

Su padre les dijo a todos que la maquina se arruinó sin intervención de nadie. Nunca habló del tema con Jonathan, quizá porque deseaba creer su propia historia, tal vez porque trataba de olvidar que alguna vez tuvo un dulce niño risueño y lleno de amor.

Jonathan entró en una profunda depresión. Cargaba el peso de la muerte de su hermano. Perdió todos los estribos de su vida. Estaba confundido, inmerso en un mar de silencios y soledades. La relación con su padre se rompió por completo.

El dolor llevó a Jonathan a tomar una serie de decisiones que lo condujeron a la locura. Se salió de la escuela, en ocasiones durmió en la calle y tenía pensamientos destructivos, quería desahogarse, descargar su odio en los demás. Jonathan estaba convirtiéndose en un monstruo.

Pero una luz de consciencia brilló en él.

Y concluyó que, antes de que hiciera daño a los demás, preferiría terminar consigo mismo.

Jonathan decidió que su vida debía terminar. No había nada más para él. Era el final.

Jonathan tenía la intención de tirarse desde un puente hacia el río de aguas negras. No sabía nadar. Se ahogaría igual que su hermano, sentiría lo que le

hizo sentir. Era lo más justo que se le ocurrió. Solo así estaría a mano con la vida.

Jonathan escogió el puente que está en la trece calle, pues era famoso porque muchos ya lo han usado para lo mismo.

Estaba cerca de la media noche. Él estaba sentado en el barandal metálico. Un perro ladraba en la esquina de la calle y unos gatos se peleaban en el techo de una de las casas que rodean el río. Jonathan estaba preparándose mentalmente para la caída. Todo era tan extraño. La brisa nocturna llevaba algo dulce. Por un momento se preguntó si se encontraba en un sueño.

Jonathan se paró en la baranda. Inspiró hondamente. Cerró los ojos. Pero antes de balancearse hacia adelante, escuchó una risa que lo intranquilizó. Un ebrio estaba cruzando el puente. No distinguía su rostro, pues las luces amarillentas del alumbrado público eran débiles y creaban todo tipo de sombras que distorsionaban las facciones.

–Oye, hace… hace rato estaba hablando con… con aquel tipo –dijo el ebrio al tiempo que señaló el monumento del trabajador bananero, el cual estaba a una cuadra de distancia–. Me dijo que está harto de esta ciudad…

Jonathan suspiró y volvió a sentarse en la baranda. Comentó:

–Sí. Sé lo que se siente.

–Yo creo que es un imbécil –el ebrio soltó una carcajada, hizo un movimiento con los brazos y prosiguió con grandilocuencia–: ¡Este lugar es increíble!… tiene… tiene las mejores playas del país y… ah… están terminando de construir una discoteca en… en la orilla del mar… está cerca de mi casa y será una bomba… se llamará “Brisas del mar”, ¿no es…? ¿no es maravilloso este lugar?

–Es un nombre estúpido para una discoteca –afirmó Jonathan de manera tajante. Quería enojar al ebrio para que lo empujara hacia el río.

El ebrio se río y bebió un trago de su botella.

–Tú eres muy inteligente, ¿no? –el ebrio rodeó a Jonathan con su brazo, como si fueran amigos de toda la vida–. Sí… a este lugar le hace falta más gente como nosotros… esto debe ser celebrado… vamos, amigo… bebe... solo un trago nada más –puso la corona de la botella entre los labios de Jonathan.

Jonathan se dejó ir. ¿Qué importaba? Beber por primera vez antes de morir no cambiaría nada. Aunque finalmente no lo hizo, pues al instante escupió el líquido.

El ebrio estalló en una carcajada jocosa. Al calmarse, comentó:

–Mi… mi novia hizo lo mismo la primera vez… y no me refiero al vodka… por eso no te preocupes, niño… con el tiempo aprenderás a tragar…

A Jonathan le hizo gracia la broma, el tono costeño y el estado deplorable del ebrio.

–Inténtalo… inténtalo otra vez, niño –el ebrio le ofreció la botella.

Jonathan tomó la botella. Bebió y retuvo el líquido en su boca. Sentía que su lengua ardía. Era demasiado intenso. Lo tragó con dificultad.

–Aprendes rápido… –el ebrio le quitó la botella–, ahora observa al… al maestro –se tomó el resto del vodka de un trago–. No te preocupes, niño… todavía tengo más…

El ebrio caminó hasta el final del puente. Volvió la vista hacia atrás y le hizo una señal a Jonathan con las manos para que lo siguiera.

Jonathan se bajó de la baranda y caminó tímidamente hacia Edgar, el ebrio. Edgar lo rodeó con su brazo y recorrieron la calle como si fueran amigos de toda la vida.

Edgar a pesar de ser menor de edad, su barba le daba el aspecto de alguien de treinta años y bajo sus ojos colgaban bolsas negras llenas de noctambulas travesías. Jonathan y Edgar acostumbraron a verse en el

mismo lugar, una casa abandonada llena de espejos rotos y cucarachas, pero que para ellos es un castillo que reinaban orgullosos.

Tres semanas después del incidente en el puente, Jonathan le confesó a Edgar que aquella noche le salvó la vida. Edgar se sintió orgulloso y quiso simbolizar el hecho.

Edgar tatuó un punto y coma en la muñeca de Jonathan.

Jonathan nunca consideró a Edgar como un amigo. Le caía bien, convivía con él, pero una vez que su vida recobró el sentido, volvió a su solitario camino.

13

“Eso es muy interesante”, escribe Alba en sus notas y se lo muestra a su amigo.

–¿Por qué es interesante? –Jonathan está extrañado.

“Porque eres una mala persona, igual que yo, me gustaría saber qué sucedió con Edgar”.

“Una mala persona”, repite Jonathan mentalmente tras leer la nota. Se mantiene en silencio un momento. Después comenta con frialdad.

–Está muerto. Fue asesinado. Era una persona con muchos problemas, lamentablemente, él nunca conoció a alguien que lo salvara, así como lo hizo conmigo –Jonathan mira hacia la ventana. La lluvia ha cesado–. Tengo que irme, Alba.

Alba escribe una nota. Arranca la hoja y se la da a Jonathan. Dice: “Vuelve cuando quieras”.

…

Jonathan regresó a su casa. Se acuesta en su cama y mira fijamente hacia su techo. Está envuelto en una sensación cálida, similar a lo que una persona experimenta cuando despierta de un sueño placentero. Todo sigue en el mismo lugar, pero a él le parece que hay algo diferente. Intenta buscar la respuesta, pero no lo consigue. No le molesta. Se siente bien, lo suficiente para que la frustración no haga ningún efecto en su consciencia.

Los primeros días de la semana asistió a su trabajo con una carga emocional que fue difuminándose hasta extinguirse el jueves.

El viernes en la noche Jonathan decide que al día siguiente visitará a Alba.

14

Es una mañana fría. No hay viento y la niebla es casi imperceptible. La ciudad parece más grande y vacía que antes. Jonathan se siente un poco intimidado, pero lo ignora porque le emociona saber que pronto verá a la muchacha en la que pensó durante toda la semana.

Cabe a resaltar que no eran pensamientos románticos ni sexuales, como las fantasías que merodeaban por su mente cuando veía a sus muñecas anime en la televisión. No. Era curiosidad. Genuino interés en saber más sobre su mente.

Observa a Alba. Su cabello está alborotado y en sus piernas tiene raspones. Ella está en su patio, regando las flores de un jardín que la semana pasada no existía. Viste un vestido amarillo, parece viejo, pues tiene agujeros cocidos y parches de variantes diferentes de amarillo. Jonathan piensa de manera involuntaria que ese vestido se vería feo en cualquier otra persona.

Jonathan la llama. Ella voltea. Se ven. Ella deja los utensilios de jardinería a un lado y camina en el césped húmedo hasta Jonathan. Está descalza. Parece una niña rebelde. Un lapicero cuelga detrás de su oreja y su libreta está en su escote.

Le muestra una nota a Jonathan, dice “Me alegra volver a verte”. La nota está acompañada de una sonrisa.

–A mí también –dice Jonathan, apenado. Intenta mantener contacto visual, pero no le es posible. Alba lo intimida.

“Quiero mostrarte algo, acompáñame”. Alba toma de la mano a Jonathan y cruzan la ventana de su habitación.

Jonathan nota que en la habitación de Alba hay canastas con melones, sandías, naranjas y bananos. Le pregunta a Alba por qué tiene eso en su habitación, pero ella lo ignora. Tienen un asunto más importante.

Jonathan se sienta en una silla de plástico mientras Alba saca una caja que está debajo de su cama. Abre la caja y saca una hoja. Se la entrega a Jonathan.

Él la examina. Es un dibujo. Las extremidades de las personas están dibujadas con palos y círculos. Los trazos de la ropa están deformes, pero se distingue. Está hecho con corazones de colores azul, verde y rosa.

Alba le muestra una nota de su libreta, dice: “Somos nosotros, ¿te gusta?”.

Jonathan ríe. Alba se une a su risa.

–Me gusta, sí.

“¿Crees que se parecen a nosotros?”

–Bueno… –Jonathan vuelve a examinar el dibujo. Agrega–: Si me hubieras dibujado con más músculos, quizá.

“Lo tendré en cuenta en mi siguiente obra”.

Jonathan estornuda.

–Dios, creo que me estoy enfermando…

Alba levanta el mentón de Jonathan. Cierra un ojo y observa sus cavidades nasales. Alba camina hacia su ventana. Saca la mitad de su cuerpo. Está arrancando hiervas de su jardín. Jonathan gira la mirada hacia otro lado, apenado, pues por la posición de la joven, se descubre parte de su ropa interior. Alba se incorpora. Camina hacia su puerta y sale de su habitación. Deja la puerta abierta. Jonathan se da cuenta que vive en penumbras. No hay luz en su casa.

La mirada de Jonathan se cruza con el contenido de la caja de Alba. Se acerca a la caja y mete la mano entre los dibujos. Todos tienen características infantiles. Eso hace sonreír a Jonathan. Encuentra un dibujo extraño. Es un símbolo. No le presta mucha atención y deja todo en su lugar.

Tres minutos después aparece Alba con un frasco. Lo agita y lo abre. Lo pone cerca de la nariz de Jonathan e inspira hondamente, como tratando de decirle: “Hazlo tú”.

Jonathan la imita y llena sus pulmones con el aroma de lo que sea que haya hecho Alba. El olor es una mezcla entre menta y canela. Es agradable. Jonathan siente que sus cavidades nasales se abren. Ya no hay nada que las obstaculice.

–Gracias, Alba –dice con asombro–. ¿Quién te enseñó a hacer eso?

“No lo sé, supongo que lo aprendí en un campamento, mi papá me dijo que asistí a varios, la verdad no lo sé, pero tengo recuerdos sueltos sobre varias cosas, como este remedio”.

–Guau. Ahora sé a dónde acudir cuando me enferme.

Alba ríe.

–Oye, no es por meterme en lo que no me importa, pero… ¿no han pagado el servicio de energía eléctrica?

Alba muerde su labio inferior y baja la mirada. Toma su libreta y escribe apenada:

“No, tampoco hay agua, pero a finales de este mes mi papá pagará todo”.

–Bueno –Jonathan hace una pausa, no está seguro de lo que va a decir, finalmente decide confiar en Alba y prosigue–: Conozco a gente en la empresa eléctrica, y en el servicio municipal de agua, creo que podría hablar para que sea habilitado. Pero tienes que prometerme que pagarán a finales de este mes, sin retrasos.

“Lo prometo”, Alba le muestra la nota y al mismo tiempo estira su dedo meñique, para sellar su promesa.

Jonathan le da su meñique, aceptándola.

15

Jonathan está en su cama. Mira hacia el techo mientras escucha su lista de canciones favoritas desde una aplicación en su móvil. Piensa que tiene dos semanas de no ver pornografía, algo que nunca antes le había ocurrido. Toma su teléfono y busca en los pozos de Twitter a una de las cuentas que suben videos de muchachas provocativas de animes. Mira un rato. Se cansa y apaga la pantalla de su teléfono. Se sumerge en la oscuridad de sus reflexiones. Las ganas de masturbarse han desaparecido. Y sus pensamientos son más claros que nunca. Quiere hacer las cosas bien. Por primera vez en su vida, piensa en su futuro.

Piensa en lo que quiere.

Piensa en quien quiere.

Nace una esperanza dentro de él.

16

Jonathan visita a Alba en la mañana del sábado. Le pregunta si quiere salir. Insinúa que quiere llevarla a un lugar especial. Ella siente curiosidad y acepta.

Los jóvenes caminan por las veredas neblinosas de una ciudad tan silenciosa como Alba. Ella mira los alrededores como si estuviera descubriendo un nuevo mundo, de alguna manera así era.

Lapidas emergen de la bruma. Eran de los hijos que murieron en el incendio del bosque, enterrados en los patios de sus familiares. Ya no hay espacio en el cementerio. Hace un viento gélido, y en la lejanía se escuchan ladridos y las sirenas de ambulancias. Todo parece borroso, como si fuera un sueño.

Alba apoya su cabeza en el hombro de Jonathan. Él siente la vibración de su respiración. Jonathan siente el peso de una mirada, pero decide ignorarlo.

Llegan al lugar.

La neblina se expande en la amplitud del mar. Olas débiles chocan con la orilla. Pero no es lo que Jonathan quiere que Alba vea. Él señala el lugar, al lado del terreno en el que se encuentran. Se trata de los restos de una famosa discoteca. Un lugar caótico y hermoso.

Alba mira fijamente aquellas ruinas. Su seriedad altera la tranquilidad de Jonathan. Al instante, el joven se arrepiente de haberla llevado. Se dice a sí mismo que es un imbécil, pues no es el lugar indicado para pasarlo con una muchacha, menos si recién la conoce y no sabe nada acerca de sus gustos.

Él pensó.

Tenía certeza.

Esperanza de que a ella.

Alba.

Le gustase lo mismo que a él.

Alba escribe en su libreta. Arranca la hoja y se la entrega a Jonathan.

“Es hermoso”, lee el joven al tiempo que su rostro se enciende con una sonrisa.

La pintura de la entrada está corroída. El letrero de neón con el nombre del lugar tambalea en un cable. Cruzan el umbral. Todo está de cabeza, como si un tornado hubiera pasado minutos atrás. Posters agrietados de modelos que alguna vez fueron hermosas adornaban las paredes andrajosas. Alba se sienta en una silla giratoria, frente a una barra de bar, en donde mujeres con hermosos vestidos mancharon copas con sus labios rojos. Alba gira e inspira hondamente. Parece que le gusta el dulce aroma de la mariguana. Sin duda, alguien estuvo fumando en ese lugar un día antes.

–Mira esto –señala Jonathan para llamar la atención de Alba.

Es un agujero en el suelo. Observan unos peces coleteando.

Alba escribe en su libreta. Le muestra la nota a Jonathan, dice: “Debimos traer una caña para pescar”.

Él ríe. Ella también.

Caminan sobre el muelle, la plataforma de madera se mece suavemente. Las bases no son tan solidas como en antaño. Se sientan en el final. Las olas los salpican. Los peces y las gaviotas naufragan entre la bruma y el mar, como si las aguas y el cielo estuvieran fundidos, como si las sombras y la tristeza fueran inseparables.

–Tengo curiosidad, Alba, ¿cómo es tu familia? ¿te llevas bien con tus padres? ¿tienes hermanos?

“Vivo con mi papá, no tengo recuerdos de mi madre, según mi papá, ella se fue de casa con otro hombre cuando yo era niña”.

–Eso suena duro… pero al menos lo tienes a él, ¿no?

“Papá me odia, y a veces pienso que también lo odio, discutimos demasiado, no veo la hora de ser mayor de edad para poder conseguir un trabajo e irme; ¿no sabes de algún lugar en el que contraten menores de edad?”.

–Odio es una palabra fuerte, Alba. No creo que te odie, y no me imagino a alguien como tú sintiendo eso. Mi relación con mi papá está completamente rota, no deberías caer en lo mismo, créeme, lo extrañarás.

“No, no lo extrañaré, todo lo que alguna vez he amado (u odiado), será olvidado, mis recuerdos desaparecerán, existo entre fragmentos, mi vida es la ruina de un sueño”.

–Eso significa que me olvidarás a mí también –Jonathan parece desanimado.

Alba ríe.

“Quizá pueda hacer algo al respecto… pero no estoy segura, tengo miedo y no sé si deba contártelo, creo que nadie me creería”, Alba parece confundida.

–Creeré cualquier cosa que diga esa libreta.

“Creo que puedo hacer algo con los fragmentos de mis recuerdos, me refiero a volver a comenzar, ¿me entiendes?, desde cero, crear un mundo hermoso y eliminar el dolor y la tristeza, construir un castillo con las piezas de las ruinas de este sueño inconcluso”.

–Suena críptico. Te creo, pero no sé si te estoy entendiendo.

“Tengo un gran poder dentro de mí, puedo crear un mundo hermoso, pero para eso tendría que borrar este, ¿crees que sea lo correcto?”, Alba parece indecisa. Lo que dice en su libreta es importante para ella.

–Este mundo es mierda. Si en serio puedes destruirlo, no tengas dudas, hazlo de una jodida vez –Jonathan ríe. Percibe que su amiga tiene un leve

brote psicótico. Eso explica muchas cosas. Pero no le molesta, al contrario. Ella está rota. El mundo la rompió. Trata de levantarse, aunque sea en su realidad alterada. Jonathan se pregunta si puede formar parte de esa realidad, entrar en su mundo silencioso.

Alba parece excitada por la respuesta. Mueve sus piernas de manera eufórica y entierra su rostro en su libreta. Ríe. Está contenta. A Jonathan le complace verla feliz.

“¡Tienes razón! Construiré mi mundo hermoso con los fragmentos de mis recuerdos y con las cenizas de esta tierra de degenerados, gracias, Jonathan, en serio, muchas gracias”.

Una ola de gran tamaño choca contra el muelle. Alba lanza un grito y se lleva la libreta a la espalda para protegerla del agua. Sus sandalias no tuvieron la misma suerte, la ola se las arrebató. Jonathan ríe. Ambos están mojados. El frío hace que Jonathan se estremezca, pero a Alba parece no importarle.

Alba mira hacia el cielo. Algo la desconcierta. Señala hacia las nubes, como diciendo: “Oye, mira eso”.

Alba señalaba a la luna.

–¿La luna? ¿de eso me hablas?

Alba asintió. Le preocupaba.

No es usual ver a la luna de día, pero ahí estaba en la amplitud, con su débil luz luchando contra la neblina.

–En una semana habrá un eclipse. De hecho, en el trabajo escuché que harán una fiesta en su honor. Sería la primera fiesta desde que ocurrió el incendio –Jonathan sonríe y agrega, jocosamente–: Se está preparando para recibir a sus invitados.

“Nunca he estado en una fiesta, solo he escuchado de ellas en la radio”.

–No son lugares adecuados para muchachitas bonitas y delicadas. Hay tipos violentos y mujeres perversas. Todos beben toda clase de cosas raras, y se fuman hasta el césped.

“No me molestaría probar cosas raras”.

–Estás segura –Jonathan hurga en su bolsillo. Saca una caja con cigarrillos y un encendedor. Retira uno y lo enciende–. Demuéstralo. Prueba esto –se lo ofrece a Alba.

Alba lo toma con sus delicados dedos. Lo pone entre sus labios. El humo y se mezcla con su cabello gracias al viento. Toma el cigarrillo entre su dedo índice y medio. Sus ojeras pronunciadas hacen juego con su rostro impoluto, libre de maquillaje. No parece que lleve brasier, pues sus pechos se mecen libremente. Sube las piernas a la plataforma. Las abraza. Parece una niña. Es una mujer que sigue siendo una niña. Una niña que ha sufrido lo que no está escrito. Una niña que anhela crear un mundo imaginario, crear algo hermoso con las piezas de su dolor, como convertir carbón en diamante.

–¿Puedo tomarte una foto? –pregunta Jonathan, hipnotizado.

Alba asiente. Lleva el cigarrillo a sus labios y lo adsorbe como una profesional. Jonathan piensa que no es la primera vez que lo hace. Ella ya estaba corrompida antes de conocerlo.

Jonathan toma la fotográfica con su teléfono.

Alba le muestra una nota a nota a Jonathan, dice: “Estoy lista para la fiesta del fin del mundo”.

A Jonathan le hace gracia el nombre.

Alba tiene una mirada extraña. Jonathan la reconoce. Es la mirada que tienen los ojos que han llorado hasta quedarse sin lágrimas, fraterna a él.

“¿Por qué me trajiste a este lugar?”.

–Me recuerda a ti.

“Este es el mejor día de mi vida”.

17

Son las cuatro y media de la madrugada. Jonathan despertó a las cuatro con diez. Está sentado en el suelo, frente a su ventana. Observa las penumbras de su barrio. El alumbrado público hace un buen trabajo, casi parece una ciudad normal.

Mira su teléfono. La foto de Alba es su fondo de pantalla. Se ve hermosa. Jonathan despertó porque la vio en un sueño. Pasó todo el día pensando en ella, y al dormir, también. No puede sacársela de la cabeza.

Jonathan se estremece. Siente miedo.

Estaba completamente solo antes de ella. Le atemoriza pensar en cómo sería la vida si Alba se va.

Ojalá Alba nunca se canse de él.

Hay un vacío en él que ella está llenando.

No hay nadie mejor que ella.

Su miedo crece.

Alba no está bien de su cabeza. Está rota, completamente. Jonathan lo sabe porque él también lo está. Ella puede volverse peligrosa. Crece una realidad alterna en sus pozos mentales. ¿Qué nacerá de ese abismo? “Un mundo hermoso”, dice ella. Jonathan se pregunta si él podría formar parte de ese mundo.

Quizá ambos puedan… vivir en ese lugar.

Escapar de esta realidad.

18

Alba está contenta. Jonathan está asombrado.

Faltan cinco minutos para que sean las diez de la noche. Los jóvenes caminan por una vereda silenciosa bajo luces naranjas y amarillas que divagan entre la niebla y el frío. Alba lleva una blusa blanca con tirantes, el escote insinúa que no es tan plana como Jonathan pensaba. Se le ve el ombligo. Trae una minifalda negra, también unas zapatillas converse blancas.

Perciben el sonido de la música. Están cerca. En el cielo, la luna brilla sobre la ciudad como el ojo de un dios expectante. Faltan dos horas para que esté completamente roja.

Ven gente. Son jóvenes, la mayoría viste ropa negra, algunos llevan disfraces. Hacía mucho que Jonathan no veía a tantos. Le pareció que las cosas estaban cambiando. Aquella noche, sin duda, era importante para el futuro de la ciudad.

La fiesta se desarrolla en el estadio Roy. Los jóvenes observan que los demás hacen fila en una caseta para pagar las entradas. La cola avanza rápido. Jonathan y Alba se incorporan. Cruzan un umbral rodeado por intenso humo hecho con una maquina ruidosa. El rojo es el color temático de las luces. Alba parece completamente sorprendida. Jonathan no le dio una premisa sobre lo que vería.

Cuando ocurrió el incendio, un circo y una feria (de los mismos dueños) hacían una visita inaugural en la ciudad. Nadie asistió a la inauguración y se vieron obligados a cerrarlo. No consiguieron financiar visitas a otras ciudades y tuvieron que pausar temporalmente sus operaciones. La carpa del circo y las maquinas de feria fueron guardadas en el estadio Roy.

Y esa noche el espectáculo resucita con la esperanza de recolectar el dinero suficiente para poder irse de la ciudad maldita.

Jonathan toma la mano de Alba. Caminan hacia las gradas. Entran en una cabina oscura, la cual en el pasado servía para los comentaristas de los partidos de futbol. Miran el entorno con claridad.

La multitud rodea las atracciones más curiosas. Muchachas con ropas provocativas montan caballos de madera en un carrusel con luces neón. Muchachos juegan tiro al blanco para tener la oportunidad de ganarse un peluche viejo y polvoriento para sus novias. Hay una casa inflable, tiene muchos parches, no parece adecuada para su uso, podría desinflarse en cualquier momento y alguien con mala suerte puede romperse una pierna. Jonathan sonríe porque eso sería gracioso de ver. Los rieles de una pequeña montaña rusa serpenteaban alrededor de algunas atracciones, los vagones vibraban, como si fueran a desprenderse en cualquier momento.

Por otro lado, en una carpa de circo abierta, unos payasos presentaban un espectáculo. Bailaban y… bebían. Un payaso cuidaba una jaula con un león desnutrido. Eso sí, le prestaba más atención a su botella. Unos adolescentes le lanzaban piedritas y diminutos pedazos de madera al león, este solo los observaba, a la espera de que alguno se acercara y sintiera la confianza suficiente para meter la mano dentro de la jaula.

Un payaso tambaleaba en unos zancos. Otro hacía trucos de magia tan ridículos y predecibles, que los pocos que lo veían lo hacían para burlarse de la absurdez de la presentación.

En medio de todo hay una barra de bar circular, en la que atienden tres personas con pasamontañas, venden todo tipo de licores a menores de edad. El bar es el lugar que más gente atrae.

Todo es posible en una ciudad rota.

En La Tierra de Dios no hay reglas.

Alba tenía razón, tiene toda la pinta de una celebración del fin del mundo.

Ella observaba todo como un niño mira una tienda de juguetes detrás de un cristal. Todo estaba corrupto y decadente, como su corazón. Alba se siente en casa.

–Aquí –refiriéndose a la cabina en la que se encontraban– asesinaron al ultimo guardia de seguridad que tuvo este estadio. Al principio pensaban que se trataba de un suicidio, pero las balas de su escopeta nada tenían que ver con la que encontraron en su cráneo.

Una pelota de plástico roja rodó lentamente hasta topar con el tenis de Alba. Ella la pateó, devolviéndola a la oscuridad.

Alba apretó la mano de Jonathan, como diciendo: “Vamos a divertirnos”.

Caminaron entre la multitud, en pocos minutos la cantidad de gente se ha cuatriplicado, todos se rosan los hombros. Ella dirigió a Jonathan hacia el bar. Él se acerca y pide dos cervezas. Se las sirven en vasos de plástico.

Jonathan le entrega la suya a Alba. Él bebe tranquilamente y ella se la toma de un trago. Tiene una sonrisa perversa. Las luces de diversos tonos de rojo la hacen ver como una reina vampiresa. Ella hace un gesto con sus dedos índices, aludiendo a que quiere un recipiente de alcohol más grande. Jonathan entiende que ella se refiere a una botella. Quiere una botella para ella sola.

Jonathan piensa que su quincena morirá esa noche. Suspira. No le importa. El privilegio de estar con Alba hace que todo valga la pena.

En botella solo tenían Old Parr, la compra sin reparos. La destapa y entrega la botella craquelada de color ámbar a Alba.

Ella aspira el aroma del alcohol, tiene notas de hojas verdes y flores, junto a roble. Prueba la punta y percibe en su lengua un sabor a fruta madura, melocotones y frambuesas. Da un trago corto. La bebida cosquillea sus entrañas. Es suave. Le encanta.

Bebe un trago largo. Respira hondamente. Pone la botella entre sus piernas y escribe algo en su libreta. Lanza su libreta hacia Jonathan y se va, desapareciendo entre la multitud.

Jonathan lee:

“¡Esto es justo lo que necesitaba! Ahora soy un incendio, ¡Mira cómo se mueven mis llamas! Soy un bosque y estoy ardiendo, soy un incendio forestal, soy el punto final de este mundo, soy fuego, traeré fuego, ¡Soy un incendio! Y con este fuego crearé un mundo hermoso”.

El carrusel gira lentamente, apenas comienza. Alba se sube por la parte de atrás para evitar que la vean subirse sin pagar. Se monta en un caballo despintado. El carrusel aumenta la velocidad. El alcohol comienza a hacer efecto. El mundo de Alba se disuelve en un mar de luces rojas y felicidad. Todo es chispeante, vibrante y misterioso. Pero algo raro se asoma en su ensoñación. Una nube cargada de rayos y centellas opaca su cielo perfecto. Un recuerdo.

Las luces borrosas crean una silueta. La silueta comienza a tener una forma reconocible. Alba siente miedo. La imagen se vuelve clara en su mente. Es una mujer. Tiene un vestido negro y un cabello con un tono de rojo cálido, como el de la llama de una tenue vela. La mujer la mira fijamente. El miedo de Alba se intensifica. Su rudo semblante se ennoblece con una sonrisa que enciende la belleza de su rostro. La mujer estira su brazo y extiende su mano. Alba ahoga la imagen con un largo trago de alcohol. La silueta pierde su forma y se vuelve chispeante y de luces rojas.

Alba se relaja. Todo está bien. El mundo es perfecto. La vuelta del carrusel termina. Alba se baja.

Alba hace la fila para el tiro al blanco. Pero cuando llega el momento de pagar, le ofrece un trago al tendero. Él mira la botella. Sabe que un trago de Old Parr vale más que un miserable tiro, con el que ella ni siquiera va a ganar nada porque los juegos están trucados. Acepta. Alba se lo sirve directamente en la boca. El tipo le da el rifle cargado con balines. Alba apunta. La chapa de metal a la que tiene que disparar es demasiado

pequeña. Siente que no ganará. Sonríe porque piensa que ya gano. Se larga del lugar con el rifle. El tendero le grita que la devuelva, pero su voz es opacada por la música. Además, los jóvenes se amontonan en su atracción. Si se va detrás de ella, perderá más dinero y nada le garantiza que la encontrará entre las sombras y las siluetas. Sabe que no vale la pena.

Alba intenta colarse en los vagones de la montaña rusa, pero los jóvenes que llegaron antes que ella la delataron. Ella se llena de odio y sale del juego. Alba encuentra unas varitas metálicas en el suelo. La atracción ya ha comenzado. El tipo que controla el tiempo y velocidad de la montaña rusa está intentando ligar con dos jovencitas que parecen tener un tercio de su edad. Alba aprovecha eso para meter las varitas metálicas en la hendidura de la palanca del acelerador, a modo que sea imposible retirarlas. Da un largo trago a su botella.

Los vagones giran a toda velocidad en los rieles zigzagueantes. Sus luces se mezclan con la bruma generada por las maquinas de humo y los fumadores. Esa nube veloz se transforma poco a poco en un tornado. Un violento tornado electrizante. Alba se siente intimidada. La música es opacada por el ruido estridente de los rayos que emergen del ciclón. La mujer de vestido negro aparece entre el tornado y Alba. Las explosiones eléctricas iluminan el rostro temeroso de Alba. La mujer camina hacia ella con los brazos abiertos. Intenta abrazarla, pero Alba la desaparece bebiendo un trago de su botella. Alba se siente mareada, pero la felicidad le cosquillea el vientre.

Alba se tambalea entre la multitud. Ríe. Mira al león enflaquecido. Seguramente es el ultimo sobreviviente de una docena de animales de circo. Parece un gato callejero. A Alba le entran ganas de llorar. No puede dejarlo así. El tipo que cuida la jaula del león está inconsciente. Está tan drogado que su mente se ha transportado a otra dimensión, a un plano espiritual superior al humano.

Alba toma el llavero que cuelga del bolsillo del tipo. Abre el candado de la jaula y se aleja del lugar rápidamente antes de que alguien la vea y se arme un alboroto.

Alba cae. Su botella rueda unos centímetros de distancia. Se arrastra hacia ella y bebe hasta la última gota.

–Albita… ¿Qué estás haciendo?

Alba vuelve la vista hacia atrás. Es la mujer pelirroja con el vestido negro. Parece molesta.

–¡Compórtate! Eres la ultima Llorento en el mundo. ¡Representa a tu sangre con dignidad!

La mujer camina hacia ella. Alba se arrastra de espaldas. El rifle se tambalea entre sus manos.

–Tienes que terminar lo que empecé, Alby. Eres más valiosa de lo que nunca imaginé. ¡Eres única! –gime jubilosamente–. Hueles a miedo, niña… a miedo, odio y tristeza… –la mujer baja la cabeza, ocultando su rostro entre sus cabellos relucientes–, me pregunto qué será más fuerte en ti cuando llegue el momento…

Alba apunta a la mujer. Está nerviosa, pero sabe que si no la detiene, no dejará de hablar y se volverá un problema.

Alba le dispara, pero la bala de plástico no la tocó, pues desapareció antes. El proyectil alcanza el lomo del león. Este ruge y salta dentro de su jaula. Nota que la puerta se abre. Sale lentamente, como si no se creyera que fuese libre, como si pensara que ha muerto y por eso es libre. Sus fosas nasales aspiran hondamente sobre la cabeza del tipo que custodia la jaula. Seguramente se trata de su cuidador. Una mueca de odio ascendente se dibuja en la expresión del león. Muestra sus colmillos. Su cuidador no lo trataba bien. Era el momento de vengarse del mundo entero. Por él y sus compañeros de circo que se quedaron en el camino.

Se arma un revuelo. El león bloquea la salida. Gritos, música y rugidos reinan el ambiente. La revuelta hace caer al payaso en zancos. Los zancos se traban en los rieles de la montaña rusa imparable. La colisión con los vagones hace que estos se desprendan de las vías. Los vagones caen sobre

algunas atracciones. Un vagón cae sobre el viejo equipo de música, causando una explosión.

Jonathan encuentra a Alba.

Ella.

Ella está enojada y triste.

Por eso llora, ríe y da vueltas.

Está totalmente ebria.

Y sueña despierta como si su vida se hubiera hecho añicos de repente, y sintiera que no hay nada que pueda hacer salvo mirar a lo lejos y llorar y reír en el caos de una noche infinita.

Jonathan toma de la mano a Alba y se escabullen entre la multitud.

La luna roja brilla en el cielo.

19

“Perdón”, dice la nota que Alba acerca a Jonathan.

Están sentados cara a cara en una mesa al lado de una ventana. Se encuentran en “Media Noche”, una cafetería nocturna frecuentada normalmente por extranjeros que viajan en grupos para curiosear en la extraña ciudad neblinosa, “La tierra de Dios”. La cafetería se sostenía de la publicidad que los medios de comunicación extranjeros hacían sobre la ciudad, al abordarla como un lugar lleno de historias paranormales. Antes del incendio, la cafetería tenía otro nombre, pero nadie recuerda cual era ni cómo se veía el lugar.

Las luces del lugar son difusas, como si quisieran mantener el ambiente reservado. Uno se siente en el pasado cuando ingresa, pues sus muebles y arte pertenecen a otra época. Ni Jonathan ni Alba reconocen a ninguna de

las personas que están en los retratos que adornan el lugar. El aroma rustico y rugoso del café nacional despertaría las fibras sensibles de cualquiera. Solo hay una mesera. Es joven, quizá menor de edad, posiblemente la hija del dueño. No usa uniforme y su formalismo roza la frialdad. No hay música, pero el silencio se rompe con ocasionales notas de piano sueltas, que realmente no componen una pieza, pero le dan un toque de originalidad al ambiente. Las mesas guardan distancia, proporcionándole a los clientes la sensación de privacidad.

–Eres mala copa –dice Jonathan sin devolverle la mirada a Alba. Su vista se centra en el alumbrado de la calle.

“No dejes que vuelva a beber eso, tengo un terrible dolor de cabeza”.

Jonathan mira su reloj. Son las tres de la mañana. Piensa que el padre de Alba la matará cuando la vea volver a esas horas. Y si los ve juntos, habrá dos muertos.

Alba da un sorbo a su taza de café. Después escribe en su libreta y vuelve a mostrarle la página a Jonathan:

“No te pongas así, intento distraerme todo el tiempo para olvidar como me siento, un vecindario ruidoso vive en mi cabeza, y lucho por callarlos, es difícil, pero tú has sido de mucha ayuda”.

–Tu padre se molestará, ¿verdad? Creo que estamos en problemas –Jonathan mira a Alba y pone su mano sobre la de ella. Agrega con tristeza–: Quizá no nos permita volver a vernos.

Una risa poco entusiasta se escapa por los labios de Alba.

“Me gusta pensar que algún día mi papá se fijará en mí, pero sé que es imposible, vivimos en mundos diferentes, vivir con él es igual que vivir con un vecino al que saludas de vez en cuando y lo único que sabes de él es su nombre, ¿me entiendes? Él no tiene idea de si alguna vez he salido con alguien, estoy segura de que no lograría adivinar mi color favorito”.

–Alba…

“Intenté ser como a él le gustaría, pero nunca me aceptó, él tiene una imagen de mí que es falsa, a todo el mundo le dice que soy buena, noble e inteligente, y eso es mentira ¡Estoy sucia, rota y perversa!... pero no quiero ser un problema, por eso intento contenerme”.

–Sé cómo te sientes, Alba. Nunca te juzgaría.

“No soy una buena hija, él no es un buen padre, y ambos merecemos un castigo”.

–Mereces lo mejor de esta vida –Jonathan da un sorbo de café, está por terminárselo–. Eres la mejor persona que he conocido.

“Oye, cambiemos de tema, por favor, no quiero llorar aquí”, Alba tiene los labios apretados y la mirada rígida. Parece incomoda. No es la persona más abierta del mundo. Jonathan valora que ella se haya sincerado.

–¿De qué te gustaría hablar?

“¿Por qué todo el mundo sigue hablando del incendio? Ocurren en todos lados, ¿no? En este momento hay un incendio en alguna parte y no lo sabemos, y un mes después, será olvidado, ¿por qué no es así aquí?”.

–Me sorprende que me lo preguntes a estas alturas –Jonathan da el ultimo sorbo a su café, como para agarrar fuerzas para responder–: fue un incendio provocado y asesinaron a muchos adolescentes y niños. La gente sigue muy tocada por el tema. Imagina que tienes una familia, quizá no es perfecta, pero las cosas van medianamente bien, ahora imagina que, de un momento a otro, todo eso desaparece y solo queda el recuerdo. Y muchísimo dolor. Eso les pasó a miles de padres al mismo tiempo.

“Ahora entiendo porque al Diablo le gusta este lugar”.

La respuesta de Alba desconcierta a Jonathan. Pero no quiso indagar al respecto.

–Ahora yo quiero saber algo… háblame sobre tu accidente, con el que perdiste tu memoria y voz.

“Me caí de las escaleras de mi casa, aunque eso no lo recuerdo, mi primer recuerdo del mundo es cuando desperté en el sofá de mi anterior casa, creo que eran las ocho y algo de la mañana, mi papá estaba al lado del sofá, acurrucado en el suelo, llorando, creo que pensó que yo iba a morir o algo así”.

–Un padre preocupado…

“Nah, no se preocupa, si fuera así, nos habría protegido”.

–“Nos habría protegido” –leyó Jonathan en voz alta–, ¿a quienes?

“A mí, solo a mí, ¿no me ves? ¡Solo yo existo! O eso creo, ¿qué harías si te dijera que soy una invención de tu mente y vine al mundo para guiarte hacia la oscuridad?”.

Jonathan ríe cuando lee eso. Ella también, en un tono más débil.

La luna roja sigue brillando en la amplitud del cielo.

El Dios del fuego los observa.

20

Jonathan no tuvo un buen día. Estuvo todo el tiempo distraído en el trabajo. Su cuerpo estaba revisando fugas en mangueras, pero su mente se encontraba en las nubes.

Pero terminó. Ahora estaba en casa. Comió dos panes tostados con ajo y un vaso con agua. Estaba satisfecho. Feliz por poder abrazar a sus sabanas.

El silencio de su habitación le hizo recordarla.

21

Jonathan está asombrado. El jardín de Alba ha crecido de manera sobrenatural. Da la impresión de que ella se robó las flores y las sembró de manera perfecta. Jonathan reflexiona. No conoce nada sobre el crecimiento de las plantas. Piensa que quizá aquello es normal, y nunca conoció a alguien que se le diera tan bien la naturaleza.

A fin de cuentas, las flores hablan el mismo lenguaje que Alba.

Alba está acostada en la grama, viendo el cielo nublado. Percibe que alguien ha invadido su propiedad, como si el césped se lo hubiera advertido. Cuando ve que es Jonathan, corre hacia él y lo abraza. Toma su mano y lo dirige hasta la ventana de su casa.

Jonathan entiende la razón de su felicidad: por fin reestablecieron la luz en la casa.

“Encontré una caja con lucecitas, ¿te gusta lo que hice con ellas?”, pregunta Alba con una nota.

La habitación de Alba está llena de plantas sobre las cuales cuelgan luces multicolores. Parece un parque en épocas navideñas.

–Me encanta, Alba, eres creativa.

“¡Tengo un regalo para ti! Cierra los ojos y estira las palmas de tus manos”.

Jonathan lo hace. Alba le toca la frente, como diciéndole: “Ya puedes abrirlos”.

Jonathan abre los ojos y nota que Alba puso entre sus manos un diente de león sobre una nota.

“Esta es la flor de los deseos, no sé por qué, pero la he buscado desde hace mucho tiempo, cuando la tuve en mis manos supe que era para ti, la mereces, Jonathan, aprovecha bien tu deseo”.

Jonathan ríe. Alba sonríe.

–Soplémosla juntos –ínsita Jonathan.

“Creo que no funciona así, solo se podría cumplir un deseo, obligaríamos a los dioses a escoger entre cumplir el tuyo o el mío, además, yo ya le pedí mi deseo a las estrellas”.

–No, Alba, las reglas las ponemos nosotros –Jonathan sostiene la mano de Alba y la guía hacia la ventana–. A la cuenta de tres soplaremos. Uno… dos…

Las diminutas hojas lobuladas con forma de lanza se suspenden en el aire como esporas. La neblina las consume.

Jonathan se quita su mochila y la abre.

–Mira, traje comida, pensé que sería buena idea cocinar algo. Nunca hemos comido juntos.

“¡Suena bien! Lástima que no tengo gas”.

Jonathan piensa durante un rato. Estuvo a punto de invitarla a su casa, pero se le ocurre algo mejor al girar su mirada en su alrededor.

–Podríamos encender una fogata –propone–, busca unas ramas y hojas secas y… –Jonathan saca su encendedor y lo enciende– cocinaremos.

Las hojas crujían bajo los pies de Jonathan mientras recorría el jardín trasero. Estaba nublado, pero el sol de la tarde insistía con fuerza y se filtraba entre las densas nubes, lanzando sombras móviles en el suelo, bañando todo con rayos dorados.

Jonathan hace un círculo con piedras para mantener el fuego controlado. Alba introduce ramas y hojas secas en el circulo. Un débil destello del encendedor de Jonathan se convierte en una llama. Alba mete salchichas y trozos de pan en dos ramas.

Los jóvenes se sientan alrededor de la fogata y acercan sus ramas al fuego.

Jonathan hurga en su mochila. Saca una barra de chocolate y se la pone a Alba en las piernas. Ella come chocolate sin descuidar su rama con salchichas. Parece una niña.

Jonathan siente un cosquilleo en su interior. Una sensación cargada de tanta paz que podría hacer llorar a cualquiera. ¿Eso es la felicidad?

Alba muerde un trozo de salchicha. Y también un pedazo de chocolate. Menea la cabeza lentamente de lado a lado y tararea con una dulzura musical, como el canto de un pájaro recién nacido.

Jonathan se pregunta por qué nunca ha visto a la gata de Alba. Tampoco a su padre. Pero desecha la idea. Todo está bien. El reflejo del fuego baila en la mirada juguetona de Alba. Jonathan piensa que es la primera vez que ve los verdaderos ojos de Alba. El fuego que arde en ellos ha quemado su pasado.

Después de un rato de comer en silencio, Alba le escribe una nota a Jonathan, dice:

“Oye, ¿podríamos ir a un río? Nunca he ido a uno”.

–¿Un río? –repite él, extrañado–, ¿por qué quieres ir a un río?

“Porque no tengo idea de cómo son, contigo estoy descubriendo el mundo, tú me has enseñado la mayoría de cosas que sé, y no es necesario que hablemos con palabras, yo puedo leer tu vida en tus ojos, Jonathan, conozco tu dolor y por eso te permito entrar en mí y mostrarme el camino que debo de seguir”.

Jonathan se sintió alagado. Pero fue sincero con Alba:

–Hay un río en el bosque, pero está prohibido entrar, si nos ven, estaríamos en problemas. Hay otro bajo el puente de la calle trece, pero está contaminado. El más cercano está muy lejos y mi motocicleta está averiada –avergonzado por la justificación que expone, Jonathan busca fuerzas en su

interior para rectificarlo–. Pero quizá pueda arreglarla… sí… lo intentaré, lo prometo.

Alba rio y aplaudió.

–Quizá puedas ayudarme con eso, un día de estos podrías acompañarme a mi casa. Serías mi asistente.

“No sé nada sobre motocicletas, nunca me he subido en una, pero haré todo lo que me pidas”.

Jonathan apaga la fogata parándose en esta.

Los jóvenes se acuestan en la grama. Jonathan habla y Alba escucha atentamente mientras miran los débiles rayos del sol juguetear con la densidad de la niebla. La tarde transcurre y el sol amenaza con ocultarse en su horizonte. Jonathan le dice a Alba que se irá.

Alba detiene a Jonathan.

“No quiero estar sola, al menos no hoy, solo por esta noche, me gustaría que me acompañaras, me he sentido muy triste últimamente y solo cuando estoy contigo me siento bien, por favor, quédate esta noche”.

22

Jonathan duerme plácidamente, pero un bullicio altera su paz. Intenta ignorarlo, pero el ruido insiste.

Despierta. Está en la cama de Alba. Se encuentran en las inmediaciones de la madrugada. Alba está llorando en un rincón de su habitación, acurrucada y con la cabeza perdida entre sus cabellos alborotados. Las luces navideñas reflejan su luz en el cabello de ella.

Jonathan se levanta.

–¿Qué pasó, Alba? ¿hice algo malo? ¿tu padre se enojó contigo?

Alba solloza. Evita devolverle la mirada a Jonathan.

–Oh, dios, hace tanto frío… –Jonathan se sienta al lado de Alba–. Está bien si no quieres decirme qué ocurre. Estaré aquí hasta que se te pase –el joven enciende un cigarro y aspira hondamente. Hilos de humo salen por su nariz y la comisura de sus labios.

Después de un rato, Alba toma su libreta y escribe. Extiende su mano tímidamente hacia Jonathan, para mostrarle la nota:

“Eres perfecto, cada parte de ti lo es: tus ojos, tu pelo, tu voz, tus manos y tus piernas, y estoy segura de que cada parte que no he visto de ti, también es perfecta, eres como un sueño hecho realidad, eres tan lindo y bueno, ¡¿Por qué?! Siento que no merezco que me trates así, soy indigna, no merezco ni siquiera que me mires, mi destino era estar sola y morir en este cuarto oscuro, pero apareciste y me salvaste de mi tristeza, por eso he llegado a pensar que no eres real, eres un invento, eres un miembro del vecindario ruidoso que existe en mi cabeza, eres un vecino que se cansó de hacer ruido y vino a darme un abrazo, Jonathan, eres una falla de mi consciencia, tengo tanto miedo, y me duele muchísimo pensar que desaparecerás cuando mi mente se serene, me gustaría dormir por siempre si solo así puedo estar contigo”.

Alba tiembla mientras Jonathan lee. Él la estrecha con su brazo. Acaricia su hombro. Su piel está helada. Jonathan hace un resumen mental de todos sus defectos personales. Piensa que Alba, además de muda, es ciega.

–Sé que tienes problemas, Alba. Y también sé que puedes mejorar. Soy tan real como tú y estas luces. Estoy contigo.

Alba ríe de manera espontánea, una risa nerviosa e involuntaria. Aspira su mucosidad. Y entre sollozos vuelve a escribir.

“También me da miedo que seas real, no quiero hacerte daño, lo mejor para ti sería que no volviéramos a vernos, o mejor aún, vete de esta ciudad, cosas malas sucederán pronto, lo vi en un sueño, no recuerdo mi pasado, pero sí

puedo ver fragmentos del futuro, y tengo miedo, Jonathan, porque lo que veo no es bueno, y deberías de escapar antes de que acabes mal”.

–Tranquilízate –Jonathan le ofrece su cigarro a Alba–, fuma y deja de escribir tonterías.

Alba acepta el cigarro. Aspira hondamente. Exhala una estela de humo. Los jóvenes se pasan el cigarro. Jonathan enciende varios. Fuman hasta sumergirse en una nube en la que se reflejaban los destellos de las luces navideñas.

Todo es chispeante, vibrante e irreal.

23

Jonathan le pidió permiso a su jefe para trabajar hasta el mediodía del miércoles. Quería usar el resto de la tarde para reparar su motocicleta con la ayuda de Alba.

Y así sucede. La trajo a su casa.

En el garaje, una pequeña bombilla cuelga del techo y proyecta una luz tenue sobre muebles viejos, artículos olvidados y herramientas. En el centro del garaje, la motocicleta desarmada está extendida en el suelo, Jonathan y Alba se inclinan sobre la moto. Jonathan sujeta una llave inglesa y da instrucciones a Alba. Ella sigue sus órdenes mientras intenta descifrar los términos técnicos que él usa.

El olor a gasolina impregna el ambiente, mezclado con el aroma a metal y sudor. Alba, con la mirada concentrada en la tarea, intenta no ensuciarse demasiado, aunque ya tenía algunas manchas de aceite en las manos y la falda.

Entre los dos, colocan una pieza que había estado dando problemas, y la moto vuelve a rugir como un león. Alba suelta una carcajada, emocionada y Jonathan sonríe, orgulloso de ella.

Se quedan allí por un rato más, disfrutan del sonido de la moto, antes de finalmente cerrar el garaje e ir a dar una vuelta.

Jonathan fue a dejar a Alba, con la promesa de que se verían el fin de semana para ir a un río.

24

Alba mantiene los ojos cerrados. Su cabello bailotea en el aire como la bandera de una nueva nación. Sus brazos estaban aferrados al abdomen de Jonathan, el calor de él la tranquiliza. Él tiene la vista fija en la calle, intenta ver más allá de la tenue neblina.

Los árboles y las casas parecen difuminarse. Pero cuando cruzan una curva, el sol se filtra a través de las hojas de los árboles, Alba se sorprende al encontrarse riendo de alegría.

Están cerca de su destino. Jonathan detiene la moto suavemente. Alba baja temblando, con las piernas un poco débiles, pero con una sonrisa en el rostro. Mira hacia atrás, deseando volver a sentir la emoción de la moto de nuevo.

Jonathan sujeta la mano de Alba y la conduce hacia la entrada de la arboleda. Los árboles altos y frondosos se alzaban a su alrededor. El suave murmullo del agua y el canto de los pájaros llenaban el aire.

A medida que avanzan, el sonido del río comienza a hacerse más fuerte. Alba siente su corazón latir con fuerza en su pecho, emocionada. Pero también está un poco asustada. Hay algo en la densa vegetación que los rodea que la ponía en alerta.

Finalmente, llegan a una clara en el bosque. Alba se queda sin aliento. El río se extiende ante ella, una corriente de agua cristalina que serpentea entre las rocas y los árboles. Los rayos del sol brillaban en la superficie del agua, haciendo que chisporroteara como diamantes.

–Bueno, aquí estamos –Jonathan tiene las manos metidas en sus bolsillos y está expectante de lo que quería hacer Alba en el río.

Alba se quita las zapatillas. También sus diminutas calcetas. Jonathan piensa que ella meterá los pies al agua. Pero un sobresalto de nerviosismo lo hizo dar un paso hacia atrás y girar la mirada. Alba se desabrocha el pantalón. Se lo retira. Se quita toda su ropa interior y salta al agua.

Jonathan la observa de reojo. Ella nada. Sus brazos y piernas se mueven rítmicamente en el agua, mientras se sumerge, dejando que la corriente la arrastre antes de emerger de nuevo. Alba parece conectada con la naturaleza.

Jonathan se sienta en la orilla del río. La observa con asombro. Alba sonríe como nunca antes. Ese es su verdadero rostro. Su verdadera belleza. Alba saborea la calma.

Jonathan nota algo en la espalda de ella. Es un tatuaje con un símbolo extraño. Recuerda haberlo visto en los dibujos de Alba tiempo atrás. Saca su teléfono y toma una fotografía. Alba se da la vuelta y él esconde el teléfono. Ella se tapa la cara y ríe. Sabe lo que él hizo, pero no le importa, al contrario, se siente alagada.

Alba invita a Jonathan a unirse a su travesía acuática. Él se niega. Ella sale del agua. Jonathan se queda perplejo al contemplar la desnudez de su cuerpo perfecto, por eso no hace nada para evitar que ella lo empuje hacia el agua.

25

Jonathan está dormido. Se encuentra en la oscuridad de su habitación. Su sueño no es profundo, recién cerró los ojos veinte minutos antes. Escucha los gritos de su padre. Eso fue como una cachetada. Se despierta sobresaltado. Analiza la voz de su padre. Jonathan tiene un mal presentimiento. Corre hacia la puerta de su habitación. La abre y mira a su

padre en la entrada de la casa, discutiendo con alguien. Sin verla, Jonathan ya sabe de quien se trata.

–¡Papá! –gritó Jonathan al tiempo que se acercaba.

Su padre se hizo a un lado, confuso. Jonathan vio a Alba. Tiene una mirada vidriosa y unas ojeras espantosas. Jonathan la toma de la mano y la jala hacia adentro.

–Ella es mi amiga… papá, mañana hablaremos sobre esto. Ella se quedará aquí esta noche, todo está bien, no te preocupes –Alba se oculta detrás de Jonathan–. Ella es muda, tengo ayudarla…

–Una mierda vas a ayudar. No puedes curar eso. De todas las mujeres ¿En serio te hiciste novio de alguien así?

–Papá, por favor… dejémoslo así por ahora –Jonathan caminó lentamente hacia atrás, sin desviar la mirada de su padre–. Te prometo una explicación en la mañana.

–No tenemos nada de qué hablar –el señor cierra la puerta y se ajusta la bata–. Ahora sé por qué no viniste a dormir el otro día. Si la embarazas, te tienes que ir de esta casa. Eso es todo.

Jonathan y Alba entran en la habitación de él y se sientan en la cama. Alba está temblando y no quiere dirigirle la mirada.

–¿Qué pasó, Alba? ¿sigues con lo mismo de la otra noche?

Alba negó con la cabeza.

–Estoy asustado, nunca habías hecho algo como esto. Es muy tarde, sabes que a esta hora no nos podemos ver.

Alba saca tímidamente su libreta. Escribe con su mano temblorosa:

“Viene por mí, quiere mi alma, esta noche moriré”.

–¿Quién? –pregunta él, desconcertado.

“El Señor Oscuro, el trotamundos”.

–Alba…

“Está bien si no me crees, fui egoísta al venir, no hay nada que se pueda hacer, perdóname, en serio, solo quería verte, de verdad, verte me hace sentir mejor, ya está todo bien, dile a tu padre que lo siento mucho”.

Alba abraza a Jonathan. Sus brazos se aferran a él con fuerza.

A la libreta de Alba solo le queda una página. La pone en las piernas de Jonathan y se va corriendo.

Jonathan lee la única página que queda de la libreta de Alba, de alguna manera, sus últimas palabras.

“Nadie puede salvarme”.

26

Alba se fue. Jonathan está perplejo. Ella tiene problemas mentales, y eso está a punto de hacerle daño. Jonathan lee la libreta. Repasa rápidamente las hojas. La voz imaginaria de Alba resuena en su mente.

“Soy muda”, “quédate hasta que pase la lluvia”, “...volver a comenzar, ¿me entiendes?, desde cero, crear un mundo hermoso y eliminar el dolor”, “este es el mejor día de mi vida”, “intento distraerme todo el tiempo para olvidar como me siento, un vecindario ruidoso vive dentro de mi cabeza”, “esta es la flor de los deseos, es para ti, la mereces, Jonathan, aprovecha bien tu deseo”, “eres perfecto, cada parte de ti lo es”, “nadie puede salvarme”.

Jonathan se puso sus zapatos.

Si no hace nada, nunca se lo perdonará.

Toma la llave de su moto y corre hacia el garaje.

El motor de su moto ruge mientras la puerta automática del garaje se abre lentamente.

Se escucha un ruido dentro de su casa, es su padre, yendo a reprenderlo.

Pero no importa, no lo vería, nunca lo alcanzaría.

Jonathan está decidido.

Le dirá a Alba que la ama.

La ayudará en lo que pueda.

Y huirán esa misma noche de la ciudad.

Juntos, crearan un mundo hermoso.

Ese fue el deseo que ambos le pidieron a la flor.

Jonathan acelera y sale de su garaje como una bala.

27

“El Señor Oscura”, piensa Jonathan. Se pregunta qué puede estar pasando en aquella mente corrompida. Qué será lo que ha causado tanto dolor. Su mente se llena de preguntas y preocupaciones. Pero encuentra alivio en pensar que se irán. Podrían vivir con una de sus tías en la gran ciudad, en lo que consigue otro trabajo. Podrían rentar un apartamento, quizá poco cómodo y en una zona no tan buena, pero solo sería un tiempo, en lo que encuentra la manera de cómo hacer más dinero. Alba necesita asistir con un psiquiatra. Jonathan escuchó de uno bastante bueno, de apellido Monzón. Antes vivía en la Tierra de Dios, pero se mudó a la gran ciudad para fundar un centro de salud mental, Alba podría encontrar paz. No todo está perdido.

Jonathan conduce con lentitud, intentando divisar a Alba en los rincones oscuros de la ciudad. Escucha un sollozo. Proviene de un callejón. Se acerca. Nota que Alba está contra una pared, abrazando sus piernas.

–¡Alba! –grita al tiempo que se baja de su motocicleta y corre hacia ella–. Dios mío, Alba, vámonos de aquí.

Cuando él intenta levantarla, ella se rehúsa. Alba se incorpora y lo empuja. Jonathan se tropieza y casi se cae, pero recobra la firmeza. Siente el peso de una mirada. Busca a su alrededor. Nota algo extraño caminando en el tejado de un viejo hotel. Bajo la luz de la luna roja, la silueta de un hombre se posa en la plenitud de la noche.

Parecía estarse dirigiendo hacia los jóvenes. Cuando su figura se hizo más notoria, Jonathan se dio cuenta de que no era un hombre. Era, por decirlo de alguna manera, como una sombra que se separó de su cuerpo y vaga en busca de alguien que la proyecte. Salta del tejado hacia el suelo. Por un momento desaparece, lo envuelven las sombras que proyectan los edificios, pero al salir a la vereda, Jonathan nota que a medida que se acerca, las piernas de la sombra se hacen más altas, y cuando alcanza cuatro metros, los jóvenes se percataron de que estaban en peligro.

Jonathan jaló a Alba contra su voluntad e hizo que se subiera en la parte trasera de su motocicleta. Cuando ella vio a la sombra lanzó un grito agudo.

Jonathan acelera, pensando que en unos segundos perderán de vista al extraño. Pero sus patas crecieron tanto que parecen tan largas como un edificio de cuatro niveles. Son delgadas y lanudas, como las de las tarántulas, pero fuertes como postes de hierro.

El extraño ser lanza una patada que destroza los cables de un poste, causando una explosión eléctrica y un apagón en toda la calle. Jonathan aprovecha la nube de polvo que se levanta para salir de la calle y meterse en un camino rocoso, con la esperanza de que el ser los perdiera de vista.

Los jóvenes se inmiscuyeron en el camino de tierra, apoyándose del muro del cementerio para ser invisibles a los ojos del extraño ser, quien hace

estremecer la tierra con sus estruendosos pisotones.

Rápidamente se internaron en un camino barrancoso que conduce hacia un túnel. Alba hunde sus dedos en el abdomen de Jonathan. La motocicleta vibra violentamente y ambos dan pequeños saltos.

Y en un instante, antes de que Jonathan girase su mirada para encontrarse con la de ella, sus cuerpos se estremecen súbitamente.

Cuando Jonathan recupera la consciencia, se encuentra en la arboleada. Siente un dolor punzante en la cintura. Está sangrando. El demonio pateó la motocicleta y ambos salieron volando. Jonathan nota que Alba sigue en el camino. Ella se pone de pie. Una sensación sísmica revela el paradero del monstruo.

Alba extiende los brazos como si fuera a dar un abrazo. Gira su mirada hacia la arboleada. No puede ver a Jonathan, pero él si la ve, pues la luna la baña con su luz carmesí. Ella sonríe, como si pudiera verlo y le dijera: “Todo estará bien, no te preocupes, él me quiere solo a mí, sigue con tu vida”.

El trotamundos introduce su larga pata en la tierra y la arrastra con ímpetu, levantando una densa nube de polvo. Jonathan corre con todas sus fuerzas hacia Alba, y antes de que ella sea embestida, él la empuja hacia el barranco, intercambiando de lugar con ella, pues la enorme y violenta patada ahora se dirige hacia él.

Aquello dura solamente una fracción de segundo, pero para Jonathan es una eternidad en la que poco a poco pierde de vista a Alba, pues el polvo, la noche y la neblina difuminan su imagen.

“Me volví adicto a tu silencio, Alba, le diste sentido a mi vida, por eso estoy agradecido, fue un placer enamorarme de tus cicatrices”, piensa Jonathan antes de abrazar la oscuridad por siempre. “Es curioso, Alba, dudaste de que yo fuera real, ahora yo me cuestiono si tú eres real, o naciste desde lo más profundo de mis deseos, aunque realmente ya no me importa, estoy feliz por haber conocido tu infierno”.

TERCERA PARTE:

ASÍ ES COMO SUENAN LAS VOCES DENTRO DE MI CABEZA

28

El cuarto era tan silencioso como Alba, sólo interrumpido por el zumbido de las máquinas que monitoreaban el estado de salud del Jonathan. Alba estaba sentada en una silla al lado de la cama, aferrada a la mano de Jonathan, quien yacía inmóvil. Él estaba lleno de vendas, conectado a un respirador y a una máquina que registraba su estado cardiaco.

Los ojos de Alba estaban llenos de lágrimas.

De repente, escuchó que alguien entró. No giró la mirada. Percibió la voz del padre de Jonathan hablando con el médico en un tono bajo y grave. No pudo evitar escuchar las palabras que salían de la boca del médico, aunque se esforzaba por no prestar atención. Los ojos de Alba se abrieron de par en par al escuchar las palabras lapidarias “condición crítica” y “poco probable que sobreviva”.

29

Alba se encontraba desnuda frente al espejo de su baño. El espejo estaba roto y la reflejaba por encima de sus pechos. Su mirada permanecía fija en su reflejo asimétrico. Cinco minutos atrás se había lavado la cara, pero se sentía sucia. Tal fue su asco, que consideró la idea de arrancarse la piel con las uñas. Porque quizá ese era el problema. O tal vez lo que le disgustaba era el lunar en su mentón. O sus ojeras. O el color de sus ojos. No, el problema era su horrendo cabello. Pensó en quemarlo o arrancárselo, cualquier opción que le hiciera sentir un poco de dolor sería buena. No,

no… Alba agudizó su mirada. Encontró el problema. Su cuerpo. Todo. Incluida su alma y pensamientos. Alba encontró a su enemiga, la culpable de todo. Y resolvió castigarla. Alba alzó su puño izquierdo y lo arremetió contra el espejo. Decenas de piezas de vidrio se desplomaron en el suelo. Su mano sangraba y temblaba. Giró la llave del grifo y dejó que un suave chorro de agua tibia lavara su sangre.

Alba salió del baño (seguía desnuda). Notó el rumor de la lluvia. Eso la alivió un poco. Caminó hacia su habitación. Lourdes ronroneaba en su escondite. Abrió un cajón y sacó una calceta larga, la usó para vendar su herida. Se acostó en su cama y se envolvió en sus sabanas.

Y lloró hasta quedarse dormida.

Cerca de las nueve de la mañana, Lourdes la despertó mordiéndole la nariz y golpeándole la cara con su patita acolchada. La gata estaba eufórica, maullaba y hacía ruidos extraños. Alba se asustó y se levantó. Notó algo raro en la habitación. Un muñeco. Una vez que Alba se incorporó, la gata se acercó hacia el muñeco y bufó, como queriendo decir: “Mira esto, Alba”. Era un oso de peluche y medía menos de veinte centímetros. Alba levantó al oso y lo examinó: sus ojos parecían gotas, eran diminutos como los de un ratón, sus orejas eran redondas y graciosas. Se veía desgastado, como si alguien hubiera jugado con él durante toda su infancia, y abandonándolo en la adolescencia.

Mientras Alba se preguntaba cómo había llegado a su habitación, el oso comenzó a moverse como si tuviera algo dentro. Y aunque fue una leve regurgitación, tomó por sorpresa a Alba y lanzó el oso contra la pared al tiempo que gimió temerosamente.

El oso estaba incrementando su tamaño. Era como esos dinosaurios de esponja que se meten en agua durante diez horas y después ya no caben en su recipiente. Pero el oso de peluche no iba a tardar diez horas, cada segundo crecía más y más. Después de un rato, pasó a medir más de cuarenta centímetros. Alba estaba anonadada. Lourdes mordía sus zapatillas

al tiempo que la halaba, como indicándole que debía salir de la habitación inmediatamente.

Pero Alba no reaccionaba. Miraba fijamente al oso, a una realidad que nuevamente se torcía, como un grano de café entrando a un vaso con agua, ennegreciéndolo todo.

El oso medía poco más de un metro, sus facciones inanimadas cobraron vida. Tenía el tamaño de un perro, sus ojos se movían curiosamente. Las astillas que tenía en las patas se convirtieron en garras. Gruñó.

Lourdes mordió violentamente a Alba y, al recobrar el sentido, corrió hacia la puerta. El oso en su forma final medía casi dos metros y sus patas eran tan fornidas como los brazos de un gorila. Al no poder pasar por el umbral, envistió el marco. Aplastó el comedor, mordisqueó los sillones y arrasó con todos los objetos que se le cruzaron. Pero no encontró a Alba, pues esta había huido.

30

Alba corría detrás de Lourdes, la gata parecía estarla guiando hacia un lugar en concreto. El oso había quedado atrás, pero el peso de su amenaza hacía que sus pensamientos se arremolinaran como garabatos en el cuaderno de un niño.

Se inmiscuyeron en la avenida que colindaba con el bosque. Lourdes entró en un callejón. El oso apareció en la esquina, sus pisadas eran tan intensas que hacían estremecer a su alrededor. Lourdes trepó rápidamente una valla. Mientras Alba lo hacía, el oso apareció en la entrada del callejón. Gruñó vehementemente, como dando por sentada su victoria. Atravesó el callejón con paso de ferrocarril, y, mientras Alba cruzaba sus piernas al otro lado, el oso envistió la valla.

La caída le rompió la muñeca, pero el dolor llegó gradualmente, momentos después. Se arrastró hacia un árbol y se apoyó en este para sentarse. La joven y el oso se vieron cara a cara. El animal se acercó lentamente hacia

ella y la olfateó. Su respiración era vaporosa y caliente. El oso abrió su hocico y encarnó sus colmillos en la pierna derecha de Alba. Ella sintió la hilera de dientes y la lengua que saboreaba su brote sanguíneo. Gritó desconsoladamente. Era un grito dramático y de entonación ascendente, como el que haría un cantante de metal en el final de su tema musical más violento. El oso cerró su mandíbula y el hueso de Alba se quebró como quien rompe un lápiz. Alba gritó hasta que sus cuerdas vocales se rompieron como quien rompe las cuerdas de un violín con una tijera. Un dolor tan grande como el cielo y ardiente como una erupción volcánica.

El oso escupió su pierna y se acercó lentamente hacia su cara. Alba alzó sus brazos para cubrirse. El oso le cazó las manos. Y engulló sus antebrazos lentamente como si fueran espaguetis flácidos.

Alba perdió la consciencia antes de morir.

31

Un intenso aroma a rosas mañaneras despertó a Alba. Aclaró su vista mientras se desenmarañaba de las espirales de sus sueños. Hilos de luz que entraban por las paredes y el rumor de risas jocosas despejaron su somnolencia. Se llevó las manos a la cara y se sorprendió de verlas como si nada hubiera pasado.

–Buenos días –dijo una joven que estaba sentada al lado del lecho de flores de Alba.

La joven traía una blusa de tirantes sencilla y un pantalón corto desteñido, con parches carmesíes, azules y grises para tapar los agujeros. Su cabello estaba tan enredado como las coníferas de un ciprés, pero tenía flores diminutas que la hacían parecer un ángel de la primavera. Las flores en su pelo le daban un aspecto radiante y fresco, como si hubieran crecido directamente de su cabello.

Alba y la desconocida se encontraban en una especie de cabaña improvisada, con paredes de madera tan firmes como hojas de papel, por las

cuales se podía ver el exterior a través de sus grietas. El piso era de tierra y en el espacio reducido no podía hacerse nada más que dormir. Alba estaba sobre un lecho de copos de hermosas flores perfumadas. Eran tan suaves como el algodón y tan cómodas como acostarse sobre una nube.

Alba examinó a la desconocida después de haber ahogado entre sus manos un grito de sorpresa.

Alba volvió a ver sus manos, como si no creyera lo que estaba ocurriendo. Movió la cabeza de lado a lado.

–Si el oso te hubiera matado, dudo que el profeta actualmente tenga las fuerzas para hacer una resurrección. En otra época, quizá, pero ahora no lo creo. ¿Puedes guardar un secreto?... claro, sí puedes. No sabes hablar, já –la desconocida giró la mirada hacia el umbral y después la volvió hacia Alba, y agregó en voz baja–: Creo que está perdiendo su poder.

Alba hizo un gesto denotando incertidumbre.

–Sip. No fue fácil, los primeros cuatro días pensé que no la contarías, pero, por Dios, te ves de maravilla –la joven desconocida sonrió.

Alba comenzó a airearse.

–Tranqui, nena, solo llevas aquí doce días… creo

Alba abrió los ojos de par en par.

La joven extraña rio con jovialidad.

–Oye, vístete –se puso de pie y caminó hacia el umbral–. Ahí tienes unas prendas –señaló–. Te llevaré ante el profeta, le alegrará saber que despertaste.

Cuando Alba fue consciente de que estaba desnuda, se cubrió los pechos con los brazos al tiempo que su rostro se enrojeció como una ciruela.

Alba salió del refugio improvisado, una explosión de luz la recibió y ella se detuvo un momento para dejar que sus ojos se acostumbraran a la intensidad de la luz del sol.

Alba se encontraba en una especie de asentamiento habitado solo por jóvenes de una edad similar o inferior a la de ella.

Alba miró a su alrededor.

“Este es el bosque en donde ocurrió el incendio”, pensó.

Una adolescente con una extraña mascara (parecida a la del rey leproso), con sus rizos desalineados y mechones alborotados, estaba sentada en la rama de un árbol, a cuatro metros del suelo. Jugaba con un yo-yo, y valiéndose de una gran destreza, hacía movimientos hábiles para que el yo-yo subiera y bajara, girando y dando vueltas alrededor de su muñeca. Mientras jugaba, su cabello ondeaba. A pesar de estar sentada en una rama tan alta, parecía completamente segura y concentrada.

Bajo la ladera, a unos cuarenta metros aproximadamente, un muchacho estaba sentado en la orilla de un río. Tenía una caña de bambú entre las manos y la estaba usando para pescar.

Aquel lugar parecía de un mundo aparte. Alba se preguntó si aquellos eran los jóvenes del relato del incendio, ¿pero por qué se habrían quedado en el bosque? La vida de Alba cada minuto tenía menos sentido.

Alba caminó lentamente de espaldas, sin quitarle la vista a lo que la asombraba. Se topó con la muchacha desconocida.

–Antes de ver al profeta, te presentaré con los demás, ¿sí? Acompáñame.

32

–Mi nombre es Verónica –-Ella y Alba se sentaron sobre un tronco caído en la esquina del asentamiento, lugar desde el cual se podía ver todo el lugar–. Y soy la que normalmente pone orden en la comunidad. Aquí solo hay tres

mujeres: Damaris, Lorena y yo. Damaris es la que está jugando con el yo-yo en aquel árbol –señaló Verónica–. Y Lore está con nuestro profeta, los verás después.

Alba tomó una rama y escribió su nombre en la tierra, evitando todo el tiempo el contacto visual con Verónica.

A Verónica le hizo gracia la reacción de Alba. La miró con curiosidad y simpatía y puso su mano sobre la pierna de ella. Alba giró su mirada hacia Verónica. Verónica sonreía. Eso la hizo sentirse un poco más segura.

–El que está durmiendo en la hamaca es Lautaro –Verónica puso su palma al lado de sus labios y agregó en voz baja–: No te juntes con él o te contagiará de pereza.

Alba asintió mientras acariciaba su cabello. Un leve dolor tambaleaba en su cabeza.

–El que está pescando es Kenny –Verónica volvió a llevarse la palma a los labios y agregó en voz baja–: El nombre real de Kenny es Kenji Hideo Fujimoto. Es japones, raro, ¿verdad? Me gusta mucho su nombre, pero él prefiere que le digan Ken o Kenny. Creo que es así porque no quiere sentirse diferente a nosotros, aunque con esa cara es imposible, pero bueno, ya sabes cómo son los hombres.

Se quedaron en silencio durante un rato. Finalmente, Verónica llamó a todos para que saludaran a Alba.

La mirada inquisitiva de Alba osciló sobre los jóvenes. Parecía incomoda.

–Hubo un incendio, sí… –dijo Verónica, presintiendo la razón de la reacción de Alba

–Vimos a nuestros amigos morir –agregó Damaris con una voz que sonaba hermética detrás de la máscara mientras rodaba su yo-yo.

–Pero estamos tan vivos como tú –explicó Ken.

–Fuimos resucitados. El profeta nos eligió. Vio algo especial en nosotros y… aquí estamos –concluyó Lautaro.

El profeta no puede moverse y debemos ayudarlo a cumplir la profecía. Nosotros nos encargaremos de Solvita –agregó Verónica.

33

Alba estaba perdida en un laberinto infinito. Se cuestionó su propia existencia. Quizá la idea de su vida nació en la mente de un dios esquizofrénico.

Alba caminaba en silencio, con la mirada hacia el suelo, junto al grupo de jóvenes. Todo tipo de olores húmedos circularon por su nariz. Estelas de luz se filtraban por el techo de hojas. Las ramas de los árboles se extendían como si quisieran abrazarlos. Los jóvenes charlaban entre ellos sobre cosas triviales. Alba estaba dispuesta a cooperar para que la dejaran ir. Gotas de sudor frío rodaban por la frente de Alba. Sus manos temblaban. Pensó que quizá todo era un sueño. Se sentía tan real (¿pero cuantas de sus alucinaciones no se han sentido reales?).

Alba levantó la mirada. El bosque era profundo y espectral. A donde girase su mirada se encontraría con un pasaje misterioso, como si las sombras de los árboles guardaran algún secreto. Sus sentidos se relajaron y la tención poco a poco disminuyó. Aullidos y gruñidos estallaban en la lejanía. Alba sintió una extraña fascinación. Una voz melodiosa tarareaba una canción. “Ya estamos cerca”, le susurró Verónica a Alba. Ante los jóvenes se abrió un prado con helechos florales y coníferas edénicas. La tierra estaba bañada de hojas coloreadas con un rojo inusual, como si hubiesen sido pintadas por el eclipse lunar. Era un paisaje sagrado.

Una muchacha tarareaba una canción. Ella estaba sentada en los nudos de las raíces de una ceiba. Parecía como un ratoncito sentado en la pata de un león. Aquella era una ceiba de amplio tronco y ramas que se inclinaban hacia el suelo, formando una cúpula de hojas carmesíes. El árbol coronaba una ladera.

Los jóvenes se acercaron a la falda del árbol. El viento descendía desde la copa de la ceiba como el aire suave que emana de una respiración sosegada.

–Aquí está la joven, profeta, la cuidamos como nos pediste y está mejor que nunca. Su nombre es Alba. Parece que no puede hablar –afirmó Kenny con entusiasmo.

–Niños… hola –una voz que no parecía venir de ninguna parte resonó como un eco perdido, con un tono tan suave como la brisa. La voz inspiraba calidez y confianza, como la de una madre que llama a sus hijos para manifestarles que el desayuno está listo–. Alba, por favor, acércate a mí y pon tu mano sobre mi tronco –indicó el árbol sin mediar presentaciones ni explicaciones, como si todo fuera normal.

Alba tenía muchas dudas, pero pensó que todo terminaría más rápido si obedecía. Así que, con temor hizo lo que se le pidió.

–Relájate… y cierra los ojos –dijo el árbol.

Una explosión de luz rompió con las sombras de su mente, como un explorador encendiendo un fosforo en las inmediaciones de una cueva profunda.

Alba estaba en un pasillo húmedo y grisáceo, lleno de puertas. Una bombilla colgaba de un cable, y se movía pasivamente como la cola de un gato. El pomo de una de las puertas se meneó. Alba se sobresaltó. Una niña salió de la puerta y la cerró tras de sí.

–Hola –saludó la niña con un tono animado. Su voz se le hizo familiar–. Mi nombre es Aurora.

La niña no parecía tener más de once años y traía puesto un overol. Su piel estaba pálida y sus ojeras le daban un aspecto de niña sufrida. Su cabello era tan liso como una cascada y su mirada tan profunda como el mar. Sus labios eran delgados y sus orejas eran tan grandes como las de un duende. Sus brazos y piernas estaban tan enflaquecidos como ramas, parecía enferma–. Este es un espacio liminal en el que puedes ver mi verdadera

forma. Si tienes algo que decirme, piénsalo, podré escucharlo. Aquí yo impongo las reglas.

“¿Eres el árbol?”, pensó Alba, “¿al que llaman profeta?”

–Sí. Nos preparamos para el nacimiento de Solvita, mi hija.

“Tú no puedes tener una hija… no podrías, eres… una niña”

–Tienes razón. Y te sorprenderás cuando sepas de qué trata todo esto.

“¿Y yo qué tengo que ver con ustedes?”.

–Cuando te trajeron ante mí, vi algo especial en ti. Eres un milagro, Alba. Me devolviste la esperanza que había perdido. Que hayas venido hasta aquí no es más que una muestra de que todo mi trabajo no ha sido en vano… eres lo único que me faltaba para terminar con…

“¡No quiero tener nada contigo!”

–Esto va más allá de cualquier consideración que puedas tener. Más allá de mi poder y existencia. Todo lo que hago es para salvar a este mundo de la destrucción.

“Tengo que regresar a casa. Yo… agradezco que hayas sanado mis heridas y todo eso, pero… mi papá ha de estar preocupado. Han pasado dos semanas, ¿entiendes? Te prometo que volveré otro día y hablaremos, solo quiero calmar a mi papá”.

–Tu padre te odia, pero para mí tú eres especial –sonrió la niña–. Pronto todo tendrá sentido, lo prometo –la niña tomó a Alba de las manos.

“Cómo sabes eso...”, protestó Alba al tiempo que retiró sus manos.

Alba se dio la vuelta y se alejó de la luz del bombillo…

Alba retiró su mano del Árbol y recuperó la consciencia. Volvió su mirada hacia los jóvenes, quienes la miraban ansiosos. Les dio la espalda y se alejó de las faldas del árbol.

“¿Regresarás con tu padre?”, inquirió la voz psicofonía del árbol, “Te asesinará”.

Alba paró en seco, su corazón se estrujó.

“Te está buscando por todas partes… esperando a cazarte, como el lobo que espera a que el conejo salga de su madriguera”, “Te asesinará como lo hizo con tu madre. Tomará una piedra y la estrellará contra tu cráneo. Lo hará repetidas veces hasta que explotes como un tomate puesto al sol”.

Alba sintió un retorcijón en el pecho, como si algo hubiera estallado dentro de ella.

“He visto lo que tus ojos quieren olvidar”, prosiguió el árbol, “Por eso huyes… él no se irá nunca de esta ciudad, y te matará antes de que tú siquiera lo intentes. Estás muerta, Alba, igual que tu madre, muerta, igual que Em… recuerdas sus rostros… recuerda cómo se veían… muertas… estaban muertas…, es cuestión de tiempo para que sufras un derrame cerebral, para que tu cuerpo colapse. Estás tomando veneno. Y lo haces de manera voluntaria. Porque, por dentro, sabes que todo esto es verdad y deseas la muerte… oh, sí… lo vi… vi el deseo más grande de tu existencia. Morir. Volver al silencio, que tu vida valga lo mismo que un suspiro, que las aguas no reflejen tu rostro ni el sol bese tus manos. Volver a la tierra, a la oscuridad, a donde sea que no sea esta vida, tu encierro, tu tristeza, ¡tu silencio! ¡Mírate! ¡Haciendo el drama de tu vida para ocultarte que eres llorona!”

Los rayos del sol cambiaron de color y tiñeron el mundo entero de un rojo tan profundo como la mirada de un conejo. El árbol giraba como un trompo, el bosque entero daba vueltas como si se estuviese preparando para emprender vuelo. El apocalipsis se había adelantado. El mundo necesitaba un reinicio. O mejor aún, un final. Alba corrió persiguiendo al horizonte, se encondería en él, y cuando el sol se hundiera entre las montañas… lo

tomaría para sí misma… sí… y se lo comería como si fuese un dulce de miel. Comerse al sol de miel para aliviar el dolor. Después iría al puerto a esperar a que la luna se hundiese en las aguas… así se la bebería junto al mar para ahogar sus penas. Sol de miel y luna de leche para aliviar el dolor y la pena. ¿Por qué la vida tiene que ser así? (el edén arde bajo un cielo plomizo). ¿Por qué el mundo se compone de tanto dolor y tristeza? (fragmentos de cielo fluyen en las comisuras de mis labios, quiero gritar hasta desgarrar mi garganta). ¿Por qué, papá, por qué? (solo quiero hablar un rato contigo y perdonarte, deseo que me hagas sufrir). ¿Quise olvidar? (soy tan mala como tú). ¡Pero yo amaba a mi madre! (y también soy una cobarde que habría ignorado la obviedad por unos centavos de felicidad). Eres malo… (ambos lo somos, y Dios nos castigará). ¡Te odio! (pero no más de lo que me odio a mí misma). Te odio… (y así de incompleto y malvado, también te amo). Desearía estar muerta… (yo todo lo hice por amor).

35

Un hilo de agua cayó sobre la frente de Alba, pues la hoja en la que se llenaba no pudo seguir acumulando más. Sus parpados tambalearon (no quería despertar), y finalmente abrió los ojos. Sentía el cuerpo mallugado, como si una estampida de burros hubiera pasado encima de ella.

–Eres rápida –murmuró Damaris, la enmascarada, mientras hacía girar su yo-yo con agilidad.

Las jóvenes estaban bajo la falda de un árbol, cubriéndose de la llovizna.

Alba se incorporó estaba desorientada. Se revolvió suavemente el cabello.

–Nunca me había alejado tanto del campamento…

Alba se quedó viendo a la nada, mientras recordaba todo lo sucedido.

–El profeta nos ordenó que te atrapáramos, pero te escabulliste. Y tienes mucha suerte de que yo te haya encontrado antes que los demás…

Alba rompió en llanto. Lo sucedido con Jonathan, su madre y su padre era demasiado. Sollozó como si le hubiesen arrancado un brazo.

–No seas dramática, Dios… estás bien gracias a mí. Te encontré en un arbusto y te traje hasta aquí, para que estuvieras cómoda. Podrías ser un poco más agradecida. Todos tenemos problemas.

Alba la ignoró.

–Mira este yo-yo me recuerda que sigo siendo una humana y no un animal. –Damaris miró fijamente a Alba–: si no fuera por este yo-yo, estarías muerta. Pero los demás no tienen un yo-yo… no… viven en una nueva realidad. En la realidad que creó el profeta. Harán lo que sea por tener su favor. Y te llevarán ante él quieras o no. Y si tienen que matarte para hacerlo, no lo pensarán dos veces. A fin de cuentas, él puede revivirte las veces que quiera.

–Ah… hemos hecho cosas malas para el profeta. No deberías involucrarte. Quizá lo mejor para ti sea irte de aquí... pero ¿A dónde irías?

Alba se incorporó, pero antes de dar el primer paso, Damaris volvió a hablar.

–Creo que la salida es por allá –Damaris señaló al sur–Pensándolo bien, creo que es por allá–. Damaris señaló al oeste.

Alba suspiró hondamente.

–Independientemente de cuál camino tomes, quiero que sepas que tienes que tener cuidado con Lorena. Ella… bueno, solo evítala. No confíes en nadie.

Alba se adentró en los pulmones del bosque sin un rumbo aparente, pensando que en cualquier momento llegaría a uno de los extremos. La humedad del ambiente sacudió sus sentidos: dolor, tristeza, desesperación, rabia… el mundo se movía con suavidad, como una caricia, o la caída de una pluma desde las nubes. Una calma inmensa la rodeaba, y luchaba por no tumbarse en la tierra para llorar desconsoladamente. Su corazón pesaba tanto como una roca gigante. Alba notó algo extraño entre los árboles. Una silueta. Se ocultó. Sus piernas temblaban. Se tapó la boca y la nariz porque no podía controlar su respiración. Asomó la cabeza. La silueta seguía en el mismo lugar, con la misma postura. Alba agudizó la mirada. Cuestionó si se trataba de uno de sus perseguidores. No. Era algo inanimado. Se acercó lentamente.

Se trataba de un muñeco de madera con un metro y cuarenta centímetros de altura; los brazos eran delgados como ramas y los dedos, como lápices. El rostro estaba tallado con maestría en los detalles, la mirada le pareció tan profunda como la llana extensión de un cielo oscuro. Los labios estaban formados por rayones de pintura carmesí. El muñeco tenía un símbolo extraño tallado en el lugar del pecho donde corresponde el corazón. A Alba se le hizo extrañamente familiar y lo acarició. Una misteriosa sensación la hizo sobresaltarse. Se llevó las manos a la boca y ahogó un grito.

Ella giró su mirada a su alrededor. Estaba demasiado concentrada en un solo muñeco que no notó que se encontraba al lado de otros dos, los cuales no habían sido tallados.

–Él es Baal, guardián del fuego... -–afirmó Kenny, quien parecía haberla estado observando desde la maleza–. El profeta me dijo que tú sabes de estas cosas. ¿Es cierto?

Alba recordó haber visto una silueta de madera como aquellas en la ilustración de un libro.

–Soy el que le ayuda al profeta con la invocación de los guías. Hemos cometido algunos errores, pero ahora me siento más útil.

Alba volvió la vista hacia el símbolo en el pecho del muñeco de madera.

–El profeta hará una gran obra. Él me dijo que tú eres igual que nosotros. Solo tienes que recordarlo y, creo que vamos bien encaminados –Kenny se acercó a Alba, al mismo tiempo, ella retrocedía de espaldas, sin quitarle la mirada.

Alba negó con la cabeza, como diciendo: “no quiero saber nada de esto”.

–El profeta dijo que tú… –Kenny hizo una pausa y sonrió mostrando los dientes–. No importa. Vas a venir conmigo. Mira, estos son los guías que nos ayudarán a traer a Solvita –Kenny sacó una cuerda con nudos y se la colocó a Alba antes de que ella pudiera reaccionar–. No tengas miedo, Alba, haz esto para nosotros y podrás irte, lo prometo –Kenny puso en las manos de ella un cuchillo de talla y una lima–. Sé que nunca has hecho algo como esto, pero no es difícil, créeme –Kenny le mostró un dibujo–. Ella es Astaroth, protectora del cielo, intenta que el ídolo de madera se le parezca. Solo así funcionará la invocación. Yo me encargaré de terminar el ídolo de Leviatán, así tendremos la bendición de los tres guías. Ellos nos llevarán hasta Solvita.

El dibujo retrataba a una mujer con rostro delicado. Con pómulos altos y ojos profundos, como pozos sin fondo. Alba no tenía idea de qué hacer, Kenny guio sus manos al inicio, después dejó que ella se las arreglara. El trabajo final no fue muy bueno, pero él parecía conformarse.

Alba le ayudó a subir a los ídolos de madera a una carreta. Ella agitó el nudo en sus muñecas, como diciendo: “tienes que liberarme”.

Kenny la amenazó con un cuchillo de talla y le ordenó que se subiera a la carreta. Él amarró una cuerda en el nudo, para que ella no se escapara.

37

Kenny metió a Alba en una carreta de tierra y la haló, conduciéndola hacia el profeta. La presentaría ante él en el mejor estado posible. Sostenía la cuerda al mismo tiempo que el mango de la carreta.

Alba tenía la mirada pérdida en un cielo diluido por hojas vacilantes.

–Tú y yo tenemos más en común de lo que parece, el profeta me contó tu historia. Yo tampoco me llevaba bien con mi familia, especialmente con Mi hermano mayor, Alexandros, hay diez años de diferencia entre él y yo. Siempre peleábamos –Kenny hizo una breve pausa– No. No eran peleas. Es injusto decir eso. Él me golpeaba. Papá tenía una finca en las afueras de la ciudad. En esta tenía ganado, guardaba contenedores de sus socios y había tres piscinas llenas de pescados esperando a ser engordados para la venta…

Alba no desvió la mirada del cielo aturdido por hojas y ramas.

Kenny suspiró y continuó:

–Recuerdo un día en el que parecía que en cualquier momento comenzaría a llover. Soplaba una brisa extraña. Era inconstante y blanda, como pocas veces en la Tierra de Dios. Yo estaba frente a la piscina de los peces. Intentaba buscar alguno, pero el agua era negra como la noche. Solo podía ver mi reflejo y el del perturbado cielo. Mi hermano me empujó al agua. Sentí dolor. Tristeza. Rabia. Mis brazos inútilmente intentaban salir a flote. Mi mirada se perdía en la amplitud de las tinieblas. Intenté gritar, pero solo me atraganté de aguas negras. Invoqué el nombre de Dios, pero nadie me respondió. Nunca me había sentido tan solo y vacío. Siempre había estado solo, como en aquellas aguas, sumergido en la oscuridad, pero solo pude notarlo a partir de ese momento. Cerré mis ojos y me entregué por completo a mi imaginación. Ese día nació algo dentro de mí. Algo que nunca antes había sentido. Odio. Un odio tan intenso que me hizo revolverme entre los peces. Cuando salí del agua mi hermano ya no estaba, seguramente fue a esconderse para volver un rato después, ver mi cadáver flotando y llamar a papá para decirle que fue un accidente, que seguramente me resbalé. Salí de la piscina e hice una promesa. Nunca se lo diría a mis padres porque advertirían mi plan. Venganza. Quería venganza.

Alba sintió una presencia proveniente de la espesura de los árboles. Agudizó la mirada. Una mancha blanca se desplazaba silenciosamente entre las ramas. Era Lourdes.

Kenny siguió hablando sobre las circunstancias de su venganza, pero Alba estaba concentrada en la gata. Los jóvenes transitaban al lado de un barranco. Alba vio una oportunidad de oro. Sin embargo, se comió sus ansias, pues sus sentidos le dictaban que tenía que esperar la acción de la gata. Sin duda no era un animal cualquiera.

Lourdes se lanzó sobre la cabeza de Kenny, Alba volcó la carreta y tiró de la cuerda. La gata rasguñó la cara del joven, pero Alba lo obligó a sujetar la cuerda con ambas manos. La sorpresa con la que actuaron hizo que Kenny no se percatara que le daba la espalda al barranco.

Alba hizo una polea con un abedul (árbol de tronco blanquecino, recto y delgado), haciendo fuerza contra Kenny. Apoyó ambos pies en el tronco y tiró. Pese a la diferencia de fortalezas, la polea le dio ventaja a la muchacha, pues lentamente arrastraba a su captor. Lourdes mordió la nariz de Kenny, y en un arranque de desesperación, soltó la cuerda, lanzándose de espaldas en el barranco junto a sus ídolos de madera y la gata.

Alba se internó nuevamente en el bosque, desapareciendo entre los árboles como los pájaros desaparecen entre las nubes.

Alba pensó que Kenny se incorporaría rápidamente, rodearía el barranco y la interceptaría en cualquier momento. Sin embargo, subestimó la altura del barranco, pues la caída le rompió el cuello a Kenny, y su alma salió de entre sus labios en la forma de un suspiro.

38

Alba intentó desatar el nudo con sus dientes, pero de nada le sirvió, aquel nudo, estaba apretado y era demasiado complejo.

El movimiento vibrante de las hojas y la brisa helada hicieron que Alba pensara una vez más que se encontraba en un sueño.

La sombra de un hombre descendiendo de las nubes con los brazos extendidos asustó a la joven. Al reparar en lo que provocaba la sombra, se

dio cuenta que no era un hombre, sino, una cruz colgada de una rama. En aquella parte del bosque, las ramas de los árboles tenían más cruces que flores. Eso hizo que Alba se sintiera un poco aliviada. Un trago de Cristo para suavizar la resaca de la borrachera con el Diablo.

Las cruces guiaron a Alba a un lugar del bosque en el que se respiraba un denso aroma religioso. Salmos tallados en algunos árboles; esculturas diminutas y grandes de la virgen, querubines y Cristo estaban enterradas en los alrededores; troncos ordenados (simulando sillerías de iglesia) frente a una especie de altar con una cruz enorme. Eran las ruinas de una capilla. Un lugar de oración establecido en el mismísimo infierno. Alba podía respirar la esperanza que alguna vez suspiraron los creyentes en aquel lugar. Seguramente eran personas que trataron de bendecir el bosque como última esperanza para frenar la cadena de destrucción. “¿Se habrán rendido?”, se preguntó Alba. La joven cortó unos narcisos y los puso en el altar a modo de ofrenda. Se arrodilló ante la cruz y rezó mentalmente. La prueba de que Alba ya no era una niña fue que, mientras oraba, lloró como lloran las mujeres: lágrimas sigilosas rodaron por sus pómulos como estrellas de los deseos rodando en el silencio de la madrugada; lágrimas de un corazón que se ha vuelto estéril, orgulloso y nocturno, un corazón que se ha cansado de pedir auxilio y llora para desintegrar las sombras de sus pecados. Llora abrazando con dulce resignación, a las cenizas de sus sueños y una vida no escogida. Llora por lo que no se puede cambiar.

Una mano sigilosa interrumpió la penitencia de Alba. Alguien cerró sus labios con fuerza mientras le habló al oído:

–No grites –era la voz de una chica. Con su mano hizo presión para que se agachara–. Los demás te están buscando. Están cerca. Sígueme y no hagas ningún ruido, te llevaré a un lugar seguro.

La mano dejó de sofocar a Alba. La joven giró su mirada. Era Verónica, quien hizo un gesto con su dedo índice entre sus labios para indicarle que no hiciera ruido.

Las jóvenes se inmiscuyeron en la maleza hasta llegar a un árbol con nudos frondosos. Verónica hizo a un lado un arbusto y dejó al descubierto un escondite bajo el tronco del árbol. Metió sus piernas y luego el resto de su cuerpo, Alba la siguió. Verónica tapó nuevamente la entrada. El escondite era un agujero estrecho y la poca luz entraba por las hendiduras del arbusto. El olor lijoso era intensamente abrumador. Después de unos minutos de silencio, el leve sonido de unas pisadas cautelosas despertó la atención de ambas. Se trataba de Lautaro. El joven tenía entre las manos un arco con una flecha lista para tirar. Alba estaba temblando, pero Verónica la sujetó de las manos que para hacerle saber que estaban juntas en eso.

Quizá Verónica tenía la intención de entregarla y ganarse el favor del profeta, quizá todo era una trampa.

Pero Alba escogió confiar.

39

El sol se hundió en el horizonte y las estrellas se agitaban entre las nubes como luciérnagas en un frasco. Verónica guiaba entre las sombras a Alba hacia un lugar en el que pasarían la noche. Alba contempló con curiosidad que la luna seguía tan roja como la noche del eclipse, y tan gorda que parecía alcanzable con solo estirar las manos hacia el cielo. Durante el trayecto, Verónica en ningún momento le soltó la mano. Alba mantenía la vista fija en las flores y las hojas caídas, estaba siendo dominada por el desánimo. Alba notó el rumor del agua.

–Llegamos –musitó Verónica.

Alba levantó la vista. Estaban frente a una casa entre la espesura del bosque nocturno y un río angosto. Las paredes corroídas se sostenían con el mismo milagro que los ancianos sostienen el peso de una vida aturdida; lianas recorrían la estructura como si tuvieran consciencia e intentaran engullir a la casa condenada; las ventanas no tenían cristales, como hocicos sin colmillos.

–Este es mi lugar especial –agregó Verónica. Los ojos le brillaban y sus labios no podían evitar la sonrisa.

Se acercaron al umbral. Verónica sostuvo la puerta con ambas manos y la levantó al tiempo que la empujó para suavizar el chirrido. Estaba oscuro, apenas podían distinguirse algunas cosas entre las densas sombras gracias a los atisbos de luna. Verónica encendió una linterna de gas y su rostro resplandeció como el faro que brilla para los náufragos.

–Tienes hambre, seguro –afirmó Verónica–. Arriba tengo galletas, manzanas y agua –Verónica extendió su mano derecha para guiar a su amiga.

–Encontré una carta en este lugar hace mucho tiempo… tenía una fecha. Diecisiete de agosto de mil ochocientos noventa y siete. Increíble, ¿verdad? Este lugar tiene más de cien años. Vengo cuando me aburro de los demás. A veces nos separamos, cada quien tiene su lugar especial. No conozco el de los demás, pero este es el mío.

La amabilidad de Verónica conmovió a Alba, por lo que comenzó a mostrar signos de comodidad.

–Alba, antes de subir, quisiera que me ayudes con una cosa, si no es molestia… resulta que debo cumplir con una tarea, o me meteré en problemas, y para eso necesito la ayuda de alguien.

Alba asintió, pero hizo un gesto con sus manos, como diciendo que no podría hacer gran cosa con las manos atadas.

–Oh… es sencillo, no necesitas desatarte –Verónica le dio una caja de fósforos–. ¿Alguna vez has hecho una fogata?

Alba asintió, pero su expresión languideció al recordar la noche con Jonathan.

–Enciende una afuera, yo prepararé todo aquí y llevaré los ingredientes.

Alba hizo un circuló de piedras y dentro de este juntó hojas y ramas secas. Lo encendió.

Verónica se acercó con una parrilla y una olla.

–Mira, Alba, esto es cera de abeja –Verónica estiró su mano para mostrarle la cera. La introdujo de nuevo a la olla–. La derretiremos.

Verónica puso su mano sobre la olla y le dijo a Alba que pusiera la suya sobre la de ella. Verónica recitó unas palabras mientras la cera ardía:

“La promesa de un mundo mejor me guía, estas llamas no se apagarán nunca, pues guiarán el sueño del regreso de quien fue mi luz y nada va a separarnos de nuevo”.

Alba siente escalofríos. Retira su mano. Verónica mete la cera en tres frascos. Introduce en cada uno un pabilo de algodón.

–Tres velas doradas… ahora estaremos protegidas… esto nos servirá para más tarde.

Cuando llegaron al segundo piso, Verónica dejó la lampara de gas sobre una mesa de noche y tomó una vara que tenía un gancho en la punta. Lo estiró hacia arriba y la embonó en un pedazo de metal circular pegado al techo. Tiró con fuerza y la luz de la luna inundó el piso entero. Aquello era una plancha de madera que tapaba un agujero del techo, que Verónica aprovechaba en sus momentos melancólicos para reunirse con la luna.

Partículas de polvo flotaban entre los muebles viejos. El estómago de Alba gruñó.

–Por aquí deben de estar las galletas – dijo Verónica al escuchar que las tripas de Alba gruñeron. Cruzó al fondo de la habitación y abrió un armario sin poder evitar el molesto chirrido de la puerta de este. Sacó una caja de galletas y la agitó, para que Alba tuviera la seguridad de que pronto podría comer todas las que quisiera.

40

Después de comer, las jóvenes se acostaron en el piso y miraron a la hipnótica luna carmesí, como si estuvieran confesándose ante una divinidad.

Verónica se incorporó y fue hacia el armario del que sacó anteriormente las galletas.

–Necesito un cigarro.

Verónica encendió la linterna de gas, la destapó y metió la cola de dos cigarros. Se sentó junto a Alba y le ofreció uno. Ella negó con la cabeza.

–No vas a dejar que haga esto sola –insistió Verónica.

Alba lo aceptó y tímidamente aspiró una densa bocanada de humo.

Una bandada de murciélagos sobrevoló por encima del agujero en el techo. Alba gritó por el susto y Verónica se sobresaltó. Un perro ladró en la lejanía.

Alba volvió su mirada hacia la luna, sus ojos resplandecieron como los de los animales nocturnos cuando ven a su presa. Un viento helado hizo que su cabello se ondease como las coníferas de un árbol torcido.

–Supongo que te estarás preguntando qué gano yo con ayudarte.

Alba asintió con timidez.

–¿Ganar? –Verónica inspiró una bocanada de humo–. Yo no puedo ganar nada, no importa qué decida, perdí desde que me encadenaron a este bosque infernal. Mi cuerpo ya no me pertenece. Si muero, yo… solo quiero que valga la pena –Verónica exhaló una nube de humo y se dejó caer lentamente hacia atrás con los brazos extendidos–. Quiero que valga la pena haber nacido. Me gusta pensar que no estoy hecha para hacer el mal. Por una vez en mi vida. Algo bueno. Algo de lo que no me arrepienta –Verónica miró a

las estrellas mientras el llanto se asomaba en sus ojos. Alba limpió sus lágrimas con su pulgar y deslizó sus dedos por los pómulos de su amiga.

–Cuando era niña vivía en el campo junto a mis padres, ellos eran mudos igual que tú, supongo que es lo que me hace empatizar contigo –continuó Verónica–. Y tengo hermanos, pero nunca los conocí porque cuando nací ellos ya no vivían en casa. Nunca aprendí lenguaje de señas, ellos tampoco lo sabían. Se comunicaban entre ellos con gestos y ruidos. Yo era la única voz de la casa, aunque les hablaba más a los animales de nuestro establo que a ellos. Me gustaba dormir fuera de casa, en el césped junto a mi pastor alemán. Su lomo era mi almohada y siempre veía a una luna tan bella como esta, con sus estrellas girando alrededor –Verónica extendió su mano dulcemente hacia el cielo como si quisiera acariciar a las nubes–. Mi madre quiso acercarse más a mí. Quería mejorar nuestra relación, por eso me llevó a una playa. Viajamos en bus durante cuatro horas y caminamos durante cuarenta minutos a través de una arboleada para llegar a una orilla de arena blanca. Era un paisaje hermoso y solitario. Los pájaros desaparecían entre las nubes, el canto de las olas y los soplidos de la brisa me llenaron de paz. El sol estaba en medio de todo, como el rey del universo. Mi madre y yo entramos al agua. Fue la primera vez que la escuché reír. Nos lanzábamos agua la una a la otra… yo estaba feliz. Por primera vez en mi vida conocía ese sentimiento. De la nada apareció una ola de varios metros. Nos golpeó, separándonos. A mí me arrastró a la orilla, y mi madre, a la profundidad. Ni mamá ni yo sabíamos nadar. Me senté en la orilla y miré a mi madre siendo engullida por las olas. Ella hacía ruidos extraños y movía los brazos, pero nada pude hacer yo. Pasé dos días sentada en el mismo lugar, viendo las mismas nubes y al mismo sol. Mi piel estaba tostada y mis labios tan secos como el desierto. Si no fuera porque un señor me encontró, habría muerto entre la arena. Vi a mi madre morir. Pude haber muerto con ella. Pude haber intentado salvarla. Pude haber gritado para pedir ayuda. Pero no hice nada, porque por dentro quería que eso pasara. Mi padre renunció a cuidarme y me mandó a La Tierra de Dios, a vivir con mi abuela.

Alba la miraba con incredulidad.

–¿Lo entiendes, Alba? –continuó Verónica–. Tú me ayudarás a ganarme el cielo. Jesucristo me perdonará si te saco de aquí. Cuando muera, besaré los pies de los ángeles y les diré que algo bueno hice. ¿Entiendes? –Verónica estalló en sollozos y lágrimas–. ¡Necesito pedirle perdón a mi madre! No soy una mala persona, soy buena, sé que tengo un buen corazón, sé que hay humildad y bondad dentro de mí, en el fondo, muy en el fondo. Soy diferente, ¿no crees? Dime que no soy un monstruo –Alba abrazó a Verónica y acarició su espalda con apacibilidad–. ¡Dímelo! ¡Dime que soy buena! Necesito escucharlo. Dios perdona a todos los pecadores, ¿no? Solo cometí un par de errores, eso no me hace mala, no es parte de mi naturaleza. Yo no soy un monstruo… ayúdame, Alba. No quiero ir al infierno. No quiero hacerle daño a nadie más. Por favor… yo niego a Lucifer y a sus allegados. ¡Los niego! Soy católica y creo en Cristo. Jehová es mi Dios. Él es bueno. Él está conmigo. Y no me abandonará, ¿verdad? Tú me ayudarás a probarle que también puedo ser buena. Cuando salgas de aquí, por favor, llévate mi corazón… necesito que te lo lleves porque es tan pesado, Alba. Quería olvidarlo todo, quería borrar mi pasado, pero es imposible y ya no puedo seguir cargando con esto, no puedo. Dime que soy buena, por favor…

Alba acariciaba y palmaba la espalda de Verónica mientras su mirada se perdía en el fondo oscuro de la habitación.

41

Alba entreabrió los ojos y vio una nube oscura con forma de caballo. Era una forma tan exacta que le pareció irreal; volando como los pájaros en la amplitud de un cielo infinito. Sintió una ligera incomodidad entre las piernas, la sensación se extendió hasta sus brazos.

–¡Qué vergüenza, Vero! –gritó Lorena mientras terminaba de hacer el ultimo nudo en las muñecas de Alba –Quedarse dormida al lado de esta… ¡qué vergüenza! Pudo haber escapado en cualquier momento.

Verónica despertó sobresaltada y miró con horror la escena: Lorena ató a Alba de los pies y ajustó el nudo de las muñecas.

–En fin. Al menos ya está –Lorena recogió su cabello, haciéndose una cola caballo–. La cargaremos.

–Solo yo conozco este lugar… ¿cómo fue que nos encontraste? –inquirió Verónica, incrédula.

–¿Por qué te preocupa eso? ¡El profeta la necesita ya mismo! –Lorena desenvainó el cuchillo que tenía en su cinto y amenazó a Alba–. Niña, no sabes lo que haces. Te atendimos hasta que tu cuerpo sanó, estuviste a nada de morir. El profeta no quiere hacerte nada malo. Quiere el bien para todos… mientras que tú, niña, nos estás cazando uno a uno. Rendirás cuentas por tus actos, yo me encargaré de eso.

–¿De qué hablas? –preguntó Verónica.

–Kenny está muerto –Lorena giró su mirada hacia Verónica–. También Damaris.

–¡No puede ser! –gimió Verónica al tiempo que se llevó las manos a la cara–. ¿Por qué? –preguntó, dirigiéndose a Alba.

En ese momento, Lorena miró a Verónica con una mirada acalorada. Su mandíbula estaba tensa y sus labios retraídos, una expresión parecida a la de los perros cuando se sienten atacados. Sin mediar palabra ni duda, Lorena esgrimió su cuchillo contra Verónica.

–¡Qué haces! –gritó Verónica, apartándose.

–Maldita… ¿me tomas por estúpida? Le estabas ayudando… –Lorena atacó a Verónica, pero la joven detuvo el cuchillo entre sus palmas.

Verónica gritó de dolor. Gotas de su propia sangre le salpicaron en la cara.

–Voy a rebanar tus manos, Vero –Lorena se lamió los labios, como si estuviera disfrutando imaginar lo que decía–. Y después, tu bonita cara.

–¡No le ayudaba!

Lorena apretó el cuchillo. La sangre de Verónica caía en el suelo como grifo a medio abrir. Lorena crujió los dientes.

Alba intentó desatarse, pero fue inútil, aquel nudo estaba incluso más ajustado. Al girar la mirada hacia la izquierda, vio una oportunidad: la linterna de gas. Alba giró hasta la linterna, giró el encendedor hasta su máxima intensidad y con una palmada puso la linterna en horizontal, destapándola por la caída. Una llama parecida a la de un soplete emanaba del cristal. Alba puso sus muñecas en el fuego para quemar la cuerda. Rápidamente hizo lo mismo con sus pies. Tomó una bandeja de porcelana que había visto de reojo bajo un catre, cuando estaba buscando una solución con desesperación.

Con todas sus fuerzas estrelló la bandeja en la nuca de Lorena. Los cristales volaron por todas partes al mismo tiempo que Lorena se desplomaba en el suelo. Los dientes del cuchillo estaban impregnados en la carne de Verónica. Los gritos de su amiga y los chorros de sangre nublaron la mente de Alba durante unos segundos.

–¡Ayúdame, por Dios! –sollozó Verónica al tiempo que le dio un golpe en el muslo de Alba con su pie.

Alba salió de su estado de shock y tomó el mango del cuchillo. Verónica gritó agonizante.

Alba apretó sus labios, y con los ojos cerrados, de un tirón retiró el cuchillo.

Verónica se vio las palmas. Sacudió su cabeza y gritó desconsoladamente. Se precipitó contra la pared y se deslizó lentamente hacia el suelo.

–¡No soporto este dolor, Dios mío!

Alba sujetó los hombros de su amiga y le ayudó a levantarla.

–¿En serio lo hiciste? ¿Los mataste? –preguntó Verónica con dolor, tristeza y confusión.

Alba negó con la cabeza.

Verónica dejó de llorar. Sus ojos se abrieron como dos pozos profundos. Y una forma ondulante se proyectó en el reflejo de su mirada incierta. Alba giró en redondo, en busca de lo que desconcertó a su amiga. La linterna. La gasolina de la linterna se esparció por el suelo y una llama creciente las amenazaba. Alba con gestos le indicó a Verónica que apretara sus manos contra su propio pecho para frenar la sangre. Las jóvenes intentaron rodear el fuego para llegar a las escaleras, pero durante la tentativa, el suelo cedió, y el segundo piso de la vieja casa colapsó.

42

Alba yacía entre escombros. A través de la densa nube de humo, observó un fulgor anaranjado. Era el fuego abrazando a los polvorientos sillones, mesas y cortinas, demostrándole a la casa que nada es eterno. Una sombra tan firme como una antorcha se desplegaba entre los restos.

–¿No te has dado cuenta de que las decisiones que estás tomando te hacen daño, y a los que te rodean? –dijo la sombra con una voz etérea–. Cada parte de ti morirá si sigues en ese camino.

Alba levantó la mirada. Era Lorena, no se le veía el rostro porque tenía el cabello revuelto, parecía que sus ojos la miraban desde la parte más profunda de una fosa. Lorena tomó a Alba por el cabello y la arrastró fuera de los escombros. Alba estaba mareada e intentaba ordenar sus pensamientos.

Una tablilla incandescente cayó frente a las jóvenes. Alba, recuperando la consciencia, tiró de su cabello, pero Lorena logró someterla. Verónica embistió a Lorena al tiempo que un grito desgarrador salía de las

profundidades de su garganta. Las jóvenes atravesaron una ventana y cayeron a al río de al lado. Alba se incorporó y entre tosidos y sombras, logró salir de la casa antes de que las llamas la alcanzaran.

Alba cayó de rodillas en las inmediaciones de la planicie. Giró su tortuosa mirada hacia el cielo. El caballo seguía allí, formado entre densas nubes, a punto de cumplir su amenaza: comenzó a llover.

43

La joven se encontraba atravesando la densidad del bosque. El techo de hojas la cubría, pero no lo suficiente para mantenerse seca. La lluvia era irregular, entre tenue y espesa, pero los estruendos en las nubes amenazaban con convertirse en un diluvio.

Después de una larga caminata entre helechos, esporas, coníferas y lodo, se topó con algo que agitó su corazón: una tienda de acampar. Hasta donde recordaba, solo las había visto por televisión. Era negra con bordes blancos, ancha y larga como una habitación. Alba abrió la tienda esperando encontrarse con alguien que pudiera ayudarla, pero solo encontró fotografías, cuadernos y hojas de papel regadas en un piso de almohadas y sabanas. También una linterna de batería al lado de una cafetera. Alba le dio las gracias a Dios y se envolvió entre las sábanas con la misma emoción que experimenta un náufrago cuando una isla se asoma en la lejanía.

La mirada de Alba estaba perdida en el techo traslucido de la tienda de acampar. Cada fibra de sensibilidad de su cuerpo le dolía, si cerraba los ojos, probablemente dormiría una semana entera. Estiró sus brazos para acomodarse. Su mano izquierda rozó una fotografía. Agudizó su mirada para poder distinguirla, parecía la construcción de un edificio. Al ver el reverso distinguió un mensaje escrito con lapicero azul. Encendió la linterna y miró el texto: “Pronto la casa del Señor volverá a alzarse. El enemigo temerá”. Cuando Alba vio la fotografía, cayó en la cuenta de que se trataba de una iglesia. Giró la luz de la linterna hacia el resto de fotografías. Las ordenó y apiló. Algunas le parecieron sumamente interesantes. En la mayoría se observaba a un hombre con cejas y barba poblada, siempre con

camisas manga larga y pantalones negros. Su barba escondía su felicidad o tristeza, pero los mensajes que escribía en el reverso de las fotos brindaban la perspectiva faltante.

“Cristo anuncia su venida rompiéndome el corazón”, rezaba el reverso de una de las fotografías en la que se observaba una familia. Había un padre, seguramente es el dueño de la tienda de acampar, al lado de una mujer, seguramente su esposa, y dos muchachas jóvenes, seguramente las hijas. Solo podría observarse el rostro de una. Los demás tenían un remolino en el rostro. ¡Era la muchacha pelirroja del campanario!

“Rebeca, el amor de mi vida, y también, mi ruina”, en el anverso de la fotografía se observaba a una mujer de espaldas. Está regando unas flores. Tiene un vestido negro y el cabello carmesí. Es la mujer que Alba vio en su alucinación en otro día en la fiesta del fin del mundo. Es la madre de la muchacha del campanario…

“Esta es la muñeca favorita de mi hija. Hoy soñé con ella. Lloraba y me pedía ayuda, estaba encerrada en una celda de madera”, en el anverso de la fotografía se observaba a una muñeca de plástico con cabello castaño, los labios despintados y vestido hecho a mano.

“He aceptado que el dolor nunca terminará, he de convertirme en un monolito infranqueable y luchar contra las sombras de la depresión hasta llegar a mi último respiro”, en el anverso se observaba una fotografía del interior de una casa destruida.

“Esta tarde Dios me ha mostrado su mejor sonrisa. Tengo esperanza”, en el anverso se observaba una fotografía de un grupo de gente, algunos sostenías escopetas entre las manos, otros machetes y linternas. Todos parecían contentos y unidos. ¿Es un grupo de búsqueda y rescate?

“Todos los miembros de mi iglesia conspiran con el diablo para concretar la venida del Anticristo, no puedo confiar en nadie”, en el anverso se observaba una fotografía de un grupo de personas sentadas en una sillería, orando ante una cruz. Todos tienen un remolino en el rostro.

“El diablo está en todas partes. Pero mi búsqueda sigue en pie”, en el anverso se observaba una fotografía de un pájaro en un árbol.

“Me sumerjo en la misma miseria que atravesó Job. Dios es lo único que me queda”, en el anverso se observaba una fotografía de la muchacha pelirroja con un gato negro. Se alcanza a leer la inscripción del collar del gato: Mitsky.

“Soy el único cristiano que queda en el mundo”, en el anverso se observaba una fotografía oscura del hombre en camiseta blanca, con su barba más larga, en interior de la tienda de acampar en la que se encontraba Alba.

“He visto al diablo en mis sueños manifestándose en la forma de un niño inocente, ¡es el rey del engaño!”, en el anverso se observaba una fotografía oscura y difuminada que no parecía aludir a nada.

“Mi cuerpo ha descubierto nuevas sensaciones de dolor. Esta debe ser la prueba de fe más recia nunca antes enfrentada por un hombre”, en el anverso se observaba una fotografía de un bebé de ojos claros y dientes de conejo al lado del dueño de la tienda de acampar, con una barba menos densa y ojos más brillantes y semblante orgulloso. Era el mismo tipo, pero más joven.

“Dios me castigará por impertinente, pero no por mentiroso: ha aparecido una grieta en el orbe de porcelana de mi fe. Mantener las piezas en su lugar es complicado. Dios sabe que lo intento”, en el anverso se observaba una fotografía con un fondo negro.

“Mi hija ha dejado de hablar. La desaparición de su madre y hermana ha trastornado su mente… y creo que la mía también. Ahora solo escribe en una libreta para comunicarse conmigo. Me pregunto si mi obra cristiana ha sido en vano”, en el anverso se observaba una fotografía de notas regadas, escritas con una letra descuidada.

“Un ángel en forma de gato blanco ha acudido a mí y me ha revelado los secretos del mundo: el diablo puso la semilla del mal dentro de mi hija, a la espera de que el deseo se cumpla. Creo que me estoy volviendo loco”, en el

anverso se observaba una fotografía de unos árboles sumidos en oscuridad, un punto blanco colgaba de entre las ramas, era el pelaje de un animal que se movió cuando el hombre capturó la foto.

“Mi hija se fue de la ciudad, causó un incendio en la casa y desapareció, la he buscado por todas partes y no la encuentro, temo por su mente, temo por su vida, ¡la policía no ayuda en nada!”, en el anverso se observaba una fotografía de las estrellas navegando en la inmensidad del crepúsculo. Seguramente el hombre tomó la foto mientras buscaba a su hija en las inmediaciones de la madrugada.

“El gato ha venido a mí otra vez. Me ha revelado el paradero de mi hija, estoy enloqueciendo, pero es mi última esperanza, cada día me parezco más a ella, me pregunto si el diablo también me ha seducido”, en el anverso se observaba una fotografía de una mochila.

“No me importa lo que suceda, yo todo lo hice por amor, por eso estoy satisfecho. Le doy gracias a Dios por permitirme ser su padre. Las bendigo, hijas”, en el anverso se observaba una fotografía de dos muchachas, una era la pelirroja del campanario y la otra era…

–¿Terminaste? –resopló una voz en el umbral de la tienda de acampar.

Lorena. Estaba empapada, su rostro chorreaba y sus rizos goteaban. Tenía la ropa pegada, se le marcaban los pechos y el abdomen. Su largo cuchillo descansaba en su cinto. La lluvia caía con fuerza en el impermeable de la tienda de acampar. Dio un paso hacia adelante, cruzando el umbral.

Alba miró a la foto y a Lorena intentando negar las coincidencias. Fue imposible. La muchacha pelirroja era su hermana.

–Distraes tu mente con falsas señales. ¡Despierta de una vez! Eres tan egoísta… eres un monstruo.

Alba dejó las fotografías a un lado y se puso de pie. Lorena dio un paso hacia adelante.

–El silencio ha fragmentado tu dolor… diste una respuesta antes de hacer la pregunta. Nada ganarás huyendo. ¡Nada!

Lorena gritó y se abalanzó sobre Alba. Las jóvenes volcaron la tienda de acampar y rodaron entre la oscuridad.

–¡Todo lo que has creído puro, está sucio!

Alba y Lorena forcejaban como dos cocodrilos disputándose una presa.

–Es mejor que mueras de una vez, antes de que causes más dolor.

Lorena abrazó a Alba con sus brazos y piernas, como una serpiente que rodea a un zorro despistado.

–Qué crees que pensó papá cuando se enteró que destrozaste su casa… –murmuró Lorena en el oído de Alba– qué crees que pensará cuando sepa que tendrás un hijo del mismísimo diablo…

Alba opuso fuerza para liberarse de su captora.

–Pese a todo el dolor, insistes en escapar… el miedo se ha apoderado de tu mente… Si así quieres jugar, entonces yo… –Lorena soltó a Alba y desenvainó su cuchillo. Rompió la tienda de acampar– ¡Te liberaré de tu sufrimiento!

Un haz de luz nubló la vista de Alba. La lluvia había cesado. Lorena estaba erguida como una montaña, su cuchillo le temblaba en la mano, estaba decidida a ponerle fin a la travesía de Alba.

Lorena sonrió y apuntó a Alba con su cuchillo.

–¡No, Lore! –interrumpió Lautaro, saliendo de entre los árboles–. La necesitamos viva. ¡Es necesaria para el profeta, recuérdalo!

Lautaro escuchó la discusión de las jóvenes y llegó a tiempo para evitar una tragedia.

–Ella ya ha decidido –afirmó Lorena al tiempo que sujetó a Alba por el cabello y le inclinó la nuca para descubrir su cuello. Lorena puso su cuchillo sobre el cuello de Alba y amenazó con cortárselo.

–¡Piensa en el profeta, Lore! ¡Él puede hacerlo de una manera diferente! ¡No tenemos que morir! ¡Podemos salvar lo que nos queda!

–Estoy harta de toda esta basura.

–Podemos cambiar el mundo, Lore, todo lo que somos y podemos ser está en las manos de esa muchacha, solo retrocede. Juntos podemos evitar el fin de este mundo.

–No. ¡No quiero! Ella ha decidido –Lorena elevó su cuchillo con la intención de hacer un tajo en el cuello de Alba con todas sus fuerzas.

Pero antes de que el filo del cuchillo llegase al cuello de Alba, Lautaro disparó un flechazo hacia el hombro de Lorena. Lorena chilló de dolor y dejó caer el cuchillo. Retrocedió por la herida y el shock emocional. Alba tomó el cuchillo y escapó entre los árboles como la liebre que milagrosamente se escapa de las fauces del lobo.

–Lore… perdón –se disculpó Lautaro al tiempo que se acercó a su amiga–. No me dejaste otra opción, perdiste el control. Tú sabes que a veces eres impulsiva. Perdóname, en serio. Iremos tras ella y la llevaremos con el profeta.

Lorena miraba hacia el suelo, inmersa en sus cavilaciones.

–Dime algo, Lore, insúltame si quieres… déjame ayudarte a curar eso –Lautaro dejó a un lado su arco y el carcaj e intentó poner las manos sobre la flecha en el hombro de Lorena.

Lorena lo evadió.

–Es hora del reinicio… volver a nacer… –Lorena se arrancó la flecha de su hombro–. Y para ello, primero hay que –Lorena introdujo la flecha en el ojo

de Lautaro con la rapidez de una fiera– morir.

44

Soplaba una brisa espectral. No llovía, pero el cielo rugía anunciando un torrente. Alba se desplazaba con avidez, y aunque sus fuerzas menguaban, el temor a ser captada por Lorena era más tempestuoso.

A medida que Alba se introducía en el sendero boscoso, este se estrechaba, como si estuviese vivo, como si fuese un animal cerrando sus fauces. La alevosía de Alba le impidió procesar mentalmente lo que sucedía a su alrededor: las grietas de la realidad produjeron una ruptura irreparable.

Alba cayó de rodillas. Inspiraba hondamente y exhalaba con violencia, cargando sus pulmones como si fuese la última vez que respiraría. Su cabello estaba enredado y ceñido sobre sus hombros. Limpió los pelos alborotados en su cara y levantó la mirada.

Alba estaba frente a un umbral. El suelo de tierra se encontraba con suelo de concreto. Los árboles rodeaban las paredes de un corto pasillo. Alba contempló aquello sorprendida. Giró su vista hacia atrás y notó que el camino por donde llegó había desaparecido, los árboles y arbustos cerraron el paso del sendero, dejando como único camino existente el curioso pasillo.

El eco de una corriente de balbuceos emanó del pasillo. Alba agudizó su vista y notó que en el interior se ceñía una extraña composición de luces, sombras y colores, provenientes de ventanales, los cuales no obedecían al clima del exterior. En el fondo había una tarima con gradas que conducía a un enorme Cristo dorado el cual colgaba de una cruz de madera. Bajo las gradas, una muchacha con cabellos carmesíes oraba frente a un altar.

Alba se puso de pie y con curiosidad, asombro y miedo, caminó lentamente a través del pasillo. La explosión de luz lastimó su mirada, pero cuando sus ojos asimilaron el ambiente, descubrió que se trataba del interior de una iglesia. El olor a incienso y veladoras era intenso. El techo era de estructura

elevada y abovedada, ilustrado con pinturas que reproducían acontecimientos bíblicos, familiares a Alba. Las sillerías estaban rodeadas por candelabros y flores. Esculturas de mármol de personas con extrañas muecas ocupaban los asientos. Todas tenían la boca abierta como si estuviesen gritando a todo pulmón. Algunas entornaban los ojos, otras los tenían abiertos como si los ojos fueran a saltar de las cuencas en cualquier momento. Un extraño balbuceo incoherente emanaba de esas siluetas.

Alba se acercó a la mujer que oraba en el altar, y esta, al sentir su presencia, se puso de pie y giró en redondo. Era la muchacha que Alba conoció en el parque cuando llegó a la ciudad, la misma que se lanzó desde la parte más alta del campanario.

–Me alegra verte, Alba –la muchacha pelirroja sonreía tiernamente y su voz era suave como las notas de un piano–. ¿Cómo te sientes?

Alba negó con la cabeza y bajó la mirada.

La pelirroja la tomó de las manos, compadeciéndola.

–Estás aprendiendo todo lo que el dolor puede enseñar, y pronto –la pelirroja abrazó a Alba–, encontrarás el amor. Nuestro amor –murmuró la pelirroja con la voz quebradiza–. Nuestros padres nos enseñaron el dolor, pero gracias a eso, tú y yo descubrimos el amor –agregó la pelirroja con un tono que se columpiaba entre el llanto y la risa.

Lágrimas surcaron los marchitados pómulos de Alba.

–Tranquila. Puedes llorar, si quieres. Pero no olvides que siempre estaremos juntas. Nadie puede romper lo que hay entre nosotras. Prometo que pronto todo tendrá sentido, Alby. Abraza este dolor… –la voz de Emma se distorsionó como si fuera una muñeca a la que se le agotan las pilas–, aférrate a este dolor y conviértelo en amor. Te estaré esperando en la parte más profunda de tus sueños.

Las esculturas dejaron de murmurar y comenzaron a gritar. Una ventisca arrasó con el techo de la iglesia. Los árboles destrozaron los ventanales, las

paredes se vinieron abajo. Emma se evaporó entre los brazos de su hermana como ceniza de cigarro.

Y en un abrir y cerrar de ojos, Alba Llorento se encontró en el camino para enfrentarse en contra de su destino.

45

Alba atravesaba un sendero boscoso, la lluvia tempestuosa apenas la dejaba ver su camino y el viento la empujaba hacia atrás. El camino estaba cubierto por prolongadas ramas y troncos, el acuoso barro hundía los pies de Alba, haciendo difícil su avance. A Alba le fue imposible determinar si se encontraba en noche o día, pues luces y sombras rodaban por los cielos como si las estaciones fuesen escogidas por el azar de una ruleta.

Alba distinguió una figura envuelta en cuerdas y colgada en una rama, girando lentamente como bailarina de una caja musical. Damaris, Kenny, Verónica y Lautaro. Los cadáveres de los cuatro estaban envueltos como una emoción reprimida.

Alba alzó un grito al reconocerlos.

–¡Todo es tu culpa, Alba! –vociferó Lorena, quien observaba todo desde la distancia, parada en una pila de árboles caídos, con el arco de Lautaro entre las manos–, ¡Si tan solo aceptaras lo que eres! ¡Si no lucharas incansablemente contra ti misma!

La mirada de Alba era intensa como nubes cargadas de relámpagos. Su puño se cerró en la empuñadura del cuchillo que colgaba de su cinto.

–No te muevas! –Lorena tensó la cuerda de su arco–. ¡Esto terminará en un segundo!

Alba se lanzó hacia un costado, a la hierba alta que no claudicaba pese a la lluvia intensa. Lorena lanzó la flecha, pero esta se desvió por el viento y cayó a unos centímetros de Alba. La joven contempló con horror al

proyectil de madera incrustado en la tierra, vibrando por la vehemencia con la que fue despedido.

Alba se alzó rápidamente para refugiarse tras un árbol. Lorena lanzó otra flecha. Antes de que lograse esconderse, la flecha pasó entre los cabellos mojados de Alba.

Alba estaba más cerca de Lorena.

–¡La tercera es la vencida, Alba! –gritó Lorena–. ¡Prometo que no volveré a fallar!

“No quiero sentir dolor ni culpa…”, pensó Alba.

–¡Tú y Emma nunca le importaron a tu madre!

Alba flexionó sus piernas y se preparó para correr a esconderse en un árbol más cercano a Lorena.

Pero en el instante en que Alba se asomó, Lorena disparó, causándole una leve, pero dolorosa incisión en el cuello. Alba palpó su herida. Al ver su mano la invadió un extraño sentimiento que la dejó helada por un minuto.

–¡Te dije que no fallaría, Alby! ¡terminarás colgadas junto a los otros! ¡Y yo tomaré el control! ¡Volveremos a nacer!

Con una mano apretó la herida y con la otra alzó el cuchillo y miró su reflejo en la hoja metálica: miedo, tristeza, soledad… y dolor, un rostro decaído y moribundo. Pero era hora de terminar con su tormento, era la primera y última oportunidad para decirle adiós a todo y dejar atrás la vida que no pidió.

Alba escaló las enredadas ramas del árbol, y saltó hacia el otro desde la densidad de hojas. Lorena le perdió el rastró y lanzó tres flechazos a las copas de los árboles. No sabía detrás de cuál se ocultaba Alba y solo le quedaban dos flechas.

El cielo rugió. Un ligero sismo hizo que Lorena se tambaleara entre los escombros de madera. Alba salió de su escondite, estaba al lado del árbol más próximo a Lorena, a unos quince metros de distancia.

Lorena tensó el arco. La flecha vibraba entre sus dedos. Por fin, todo había terminado. Allí estaba Alba, esperando a ser cazada, rendida.

–¡Se acabó, Alba! ¡Es el fin de todo este drama!

Alba dio un paso hacia adelante.

–Estás muerta –afirmó Lorena mientras fijaba su puntería en el entrecejo de Alba.

Alba dio un paso hacia adelante.

–¡Hasta nunca, Alby! –gritó Lorena al tiempo que soltó la cuerda del arco y expulsó la flecha con la fuerza de un rayo.

Alba alzó su mano derecha. La flecha quedó incrustada en su palma como clavo en la mano de Jesucristo.

Lorena no podía creer lo que estaba viendo.

Alba bajó su mano derecha (en la que tenía la flecha) y alzó la izquierda, blandiendo el cuchillo. A pesar del dolor punzante, en su rostro se dibujaba un gesto de satisfacción.

Alba corrió hacia Lorena.

A Lorena le tembló la mano mientras intentaba tomar la última fleche del carcaj. Al alcanzarla, la tensó en el arco, pero antes de que pudiera levantar la vista para apuntar, Alba ya le había encajado la hoja del cuchillo en el vientre.

…

Lorena estaba derrumbada en el suelo. Líneas de sangre fluían en las comisuras de sus labios. Alba miró a Lorena como quien mira su reflejo en un charco. No había distinción física entre las jóvenes.

– Lo llamamos profeta porque él… él tuvo la visión de la creación de un mundo hermoso, sin necesidad de destruir este… felicidad, olvido y paz… el dolor solo trae más dolor… Alba, deja de lastimarte… no le hagas daño a los demás…

46

La incisión en el cuello se cerró. La sangre en el cuchillo se secó. Alba cubrió la herida de su mano derecha con una tira que cortó de la ropa de Lorena. El cielo estaba despejado y la luz carmesí de la luna opacaba a la de las estrellas.

“Todo está en orden…”, escuchó Alba. “Te has purgado del pecado”.

Era la voz del Árbol, solemne y apaciguada. Alba entró al claro en el que se encontraba el Árbol y caminó hasta caer de rodillas frente a él. Baal, Astaroth y Leviatán, los ídolos de madera estaban entre Alba y el profeta. Los tres tenían velas doradas encendidas en sus bases. Eran las velas que Alba y Verónica elaboraron.

Alba estaba abatida.

–Tienes que entender que todo ha sido necesario para tu ascenso. Es parte de tu destino. Has dejado todo atrás, ya no tienes pecado. Eres pura como el agua de los ríos. Por eso estás aquí, has atendido al llamado de tu deber. Ahora debes corresponder a los lazos que te unen a una jerarquía divina. Naciste para cambiar el mundo, o, mejor dicho, para salvarlo. Solvita hará que las naciones se arrodillen ante ella, Alba. nacerá para destruir y conquistar el mundo de los hombres. Solvita está maldita, igual que yo. ¡El tiempo se congelará y los días se desvanecerán bajo su régimen!... por eso el diablo la puso dentro de ti.

Alba abrió los ojos de par en par, atónita. Se llevó las manos al vientre. No podía creer lo que escuchó.

–Eres la llave para evitar el final de este mundo.

Alba negó con la cabeza. Era mentira. No podía estar embarazada. “¡Cómo puede ser posible!”, se preguntó. No tiene pansa de embarazo, aquello es la estupidez más grande del mundo.

–Las circunstancias no importan en este momento. Esta noche nacerá el anticristo. Es inevitable, pues ha sido profetizado. Pero podemos vencer al diablo si actuamos ahora mismo.

Alba sintió un nudo en su estómago. No podía creer lo que estaba sucediendo. Miedo y confusión se arremolinaron en su mente. La idea era monstruosa. Pero un recuerdo llegó a su mente. Una voz. Un trato…

–Baja por la ladera que está detrás de mí. Encontrarás una cueva. Desciende por las gradas. Cuando llegues abajo, te daré más instrucciones.

Mientras descendía la ladera, la luz carmesí de la luna la bañó de gracia. Percibió unas extrañas vibraciones de la tierra. Notó que de la cueva que había mencionado el Árbol, un destello de luz dorada emanaba acompañado de una pulsación que sacudía ligeramente la tierra. A medida que Alba se acercaba, un ruido constante se intensificaba, era un golpe sólido y profundo, parecido a un latido, y sonaba cada vez que la luz dorada aparecía.

Alba estaba en el umbral de la puerta, la luz iluminaba su rostro, un segundo después, se apagaba. Volvía a encenderse.

Alba descendió en los escalones hacia el inframundo.

47

Alba bajó con cuidado cada escalón pues la luz alumbraba de manera intermitente y por momentos se sumía en la oscuridad. La luz provenía de

una cámara en el fondo.

“No ha nacido una mujer con mayor importancia que tú, Alba”, dijo el profeta con su tono espectral y omnipresente, “Salvas al mundo del ascenso del anticristo”.

La cámara tenía paredes de piedra en las que se extendían gruesa concentraciones de raíces. En cada esquina había un caldero negro. En medio, una mesa de madera circular la cual tenía talladas misteriosas inscripciones, como de un lenguaje muerto, y en cada punto cardinal de la mesa, había, añadidos, recipientes metálicos con líquidos con colores y olores extraños. Por encima de la mesa estaba la cosa más rara que Alba vio en su vida, posiblemente la más rara de la humanidad: un corazón expuesto, de aproximadamente setenta centímetros, sujeto a frondosas lianas y raíces. Carne viva y húmeda, con sus venas y arterias. Cada vez que palpitaba crecía y decrecía cuatro centímetros y emitía un fulgor de dorado hipnotizante que atravesaba su carne traslucida.

–Siéntate en el agua –murmuró la voz del Árbol.

En medio de la cámara había un tronco amplio, dentro de este, agua, como una bañera.

–Unta tu índice con la pintura negra y dibuja un círculo en tu vientre.

Alba observó con detenimiento los recipientes metálicos que estaban alrededor del tronco de madera. La pintura negra estaba en el punto norte. Alba metió su dedo en la pintura negra. El olor que desprendía era repulsivo, como un desagüe. Hizo un círculo en su vientre.

–Se nos ha prometido un nuevo cielo, pues el fin de todas las cosas será evitado… –murmuró el Árbol sin razón aparente.

–La pintura roja, en el punto oeste, con esta haz una espiral en el circulo.

Alba hizo lo que le indicaron. La pintura roja era más lijosa y desprendía un olor menos intenso y más agradable, perfumado como a canela.

–Las naciones no caerán ante la virgen, madre y anciana… –murmuró el Árbol sin razón aparente.

–El blanco del sur… pinta una cruz sobre el espiral.

La pintura blanca era acuosa como tempera y no tenía olor. Alba dibujó la cruz.

–Renuncio a las sombras, niego al diablo. Todo lo hice por el bien superior de la humanidad… –murmuró el Árbol sin razón aparente–. Con el verde haz un punto en medio de la cruz…

La pintura verde estaba en el lado este.

A Alba le tembló la mano mientras hacía lo que le indicó el Árbol. “Ahí viene Alba, la loca que habla sola”, “Ella va a la misma iglesia que yo, pero mi mamá me prohibió hablarle”, “Su mamá y su hermana escaparon de su casa, ha de ser una familia de locos”, “Una vez vi a su mamá, es una vieja gruñona, y ella también es mala, por eso nadie le habla…”, las voces de sus excompañeros resonaron en la mente de Alba. Sus juicios hirientes, sus mentiras…

Alba se preguntó si Solvita era realmente malvada, sin siquiera nacer.

–Lo sería si tú no estuvieras aquí para evitarlo… –respondió el profeta, leyendo las cavilaciones de Alba.

Las tapas de los calderos se levantaron, liberando nubes de inciensos ligeros que giraban en la cámara.

El corazón del Árbol al entrar en contacto con la mezcla de inciensos dejó de latir y se mantuvo brillando. Su luz pasó de dorada a roja, como la luna del eclipse eterno.

–Has hecho todo bien, querida… ahora acuéstate y relájate. Cierra los ojos.

Alba sintió como las aguas se abrían y la envolvían. Respiraba hondamente. Pero el agua no entraba en sus pulmones. Un retorcijón en sus entrañas la hizo gemir de dolor. Un suave brillo llenó sus parpados. Estaba suspendida en la nada.

“Todo estará bien”, dijo la voz de Aurora.

Alba sintió que unas manos tocaron sus piernas.

“Es hora, está aquí, ¡tú puedes hacerlo!”.

Alba notó una sensación húmeda entre sus piernas. Su fuente se rompió. Las contracciones se intensificaron.

“Eres fuerte, Alba, has vivido lo que nadie”.

Alba sintió que algo se movía dentro de ella. Lanzó un alarido de dolor que ascendió gradualmente hasta la guturalidad.

“¡La veo, Alba!”, “¡Puja una vez más!”, “¡Más, más, ya casi!”

A Alba le temblaban las piernas. Un cosquilleo extraño recorrió su cuerpo. Una sensación de vacío y dolor la embriagó.

Pero no importaba.

Su deseo se cumplió.

Emma, su hermana, volvió a nacer.

CUARTA PARTE:

EMMA

48

Emma estaba tumbada en su cama. El tenue resplandor de su lampara agitaba las sombras de su cuarto. La lluvia golpeaba su ventana desde hacía más de una hora. Ella pensaba que con acostarse y despejar su mente lograría conciliar el sueño, pero no fue así.

La atormentaba el poco apoyó que tuvo su proyecto artístico en su salón de clases. Resulta que, a nivel nacional se hizo una convocatoria para que jóvenes, en representación de sus escuelas, participasen en un certamen literario. Para ello, los que quisieran participar tendrían que hacer votaciones en sus salones para escoger la propuesta más interesante. Emma durante años, había mantenido un diario en el que registraba sus pensamientos más íntimos, pero nunca había tenido el coraje de compartir sus escritos con nadie más. Hasta ese momento. Trabajó arduamente para convertir sus escritos en una novela, dedicando cada tarde después de la escuela a escribir y reescribir cada página. Era una historia sobre la libertad y la autenticidad, sobre el valor de ser uno mismo en un mundo que a menudo presiona para que hagas lo que otros quieren.

El protagonista de su historia era un joven que luchaba contra la depresión y la ansiedad, intentando encontrar su lugar en el mundo y buscando el amor verdadero. En cierto punto de la historia el personaje pierde la memoria en un accidente, lo que da paso a un brote psicótico por el cual cuestiona su existencia y realidad, dejando atrás toda moralidad.

A pesar de que sabe que su novela podría ser controvertida, Emma estaba decidida a presentarla. La tituló: “ANTICRISTO”.

Pero, para su sorpresa, la respuesta que recibió fue fría y desalentadora. Sus compañeros parecían no entender su mensaje, e incluso algunos se burlaron de su personaje. Su maestra consideró que el título de su novela era una falta de respeto.

Para Emma, fue una experiencia dolorosa y humillante. Se sentía frustrada, y se preguntaba si valía la pena seguir escribiendo si nadie iba a entenderla.

Emma notó unas sombras inertes robándose la luz que entraba bajo la puerta. Era su padre. Estaba segura. Lo llamaron para comentarle que su

hijita se burló de Dios en clase, presentando una blasfemia para un certamen. Ahora tendría que soportar “esa platica”. Suspiró por la resignación. Emma no alcanzó a distinguir si estaban tocando la puerta por el ruido que provocaba la lluvia, así que, para terminar de una vez con todo, se levantó y fue a abrir.

–Pensé que estabas dormida, ya me iba… –dijo Alba tímidamente. Sostenía una almohada entre sus manos, planeaba quedarse a dormir con su hermana.

Alba era su hermana menor. Era una niña dulce e introvertida, necia e insistente, curiosa e inteligente. Alba es la mejor compañía que se puede tener: habla poco y escucha mucho, es atenta y comprometida, y, sobre todo, su amor es puro, infinito e incondicional.

–Tuviste pesadillas otra vez, enana –Emma revolvió suavemente el cabello de Alba.

–No es eso –Alba frunció los labios y giró su mirada hacia el suelo.

Emma entendió de qué se trataba.

–Ya. Entra –Emma se hizo a un lado para dejar pasar a su hermana.

–Tu cama es más grande que la mía, eso no es justo –dijo Alba mientras se acomodaba en el edredón.

Emma se sentó en el borde de la cama.

–¿Les gustó el libro? –inquirió.

Emma no respondió.

–Auch –suspiró Alba.

Alba fue la primera persona con la que Emma compartió su deseo de participar en el certamen. También leyeron el libro juntas. Alba la alentó cada día, y le hizo algunas recomendaciones para la historia. Pero eso no fue suficiente para convencer a los demás.

–Es mi libro favorito, Emma –Alba levantó la mirada y le dio un golpecito en el brazo a su hermana.

–Cállate –dijo Emma mientras se reía. Se acomodó entre sus almohadas. Su sonrisa no parecía sincera.

–Es la verdad. Tienes muchísimo talento. Los de tu salón son idiotas.

–Sí y no. Son estúpidos, pero quizá no sea tan buena escribiendo. Igual, no pasa nada, soy buena en otras cosas, no es como si mi vida se terminase por eso. Escribir es algo personal. Lo seguiré haciendo solo para mí.

–¡No! –Alba miró fijamente a su hermana–, eres lo mejor de esta familia, es tu destino ser la mejor escritora de este país. No lo digo solo porque eres mi hermana, de verdad lo eres, no hay nadie más increíble que tú.

–Gracias, Alby. Se siente bien tener una fanática. Al menos sé que firmaré un libro –Emma acarició el mentón de su hermana

–No hay nadie mejor que tú, Emma.

49

Emma miraba con admiración a un pájaro llegando a un nido que colgaba de la rama de un sauce, después de su larga jornada de caza y recolección para poder alimentar a sus crías.

Ella se encontraba en su salón de clases. El curso todavía no comenzaba, pero prefirió pasar los últimos minutos del receso en su pupitre, al lado de la ventana. El rencor por lo de su libro casi se había disipado, a fin de cuentas, fue hace seis meses y la vida continuaba. El pizarrón estaba lleno de garabatos, dibujos y groserías. Ella vio quienes escribieron los insultos, pero como siempre, no diría nada. Nadie diría nada. Los esfuerzos de la directora por buscar un delator serían tan útiles como el viejo ventilador que colgaba en su salón. Algunas mochilas colgaban de la parte trasera de los desgastados pupitres, otras estaban al lado, en el suelo. Y unas cuantas

estaban amarradas a las patas del pupitre, crimen realizado por los mismos que profanaron el pizarrón.

Rosita entró en el salón y se sentó en su pupitre, al lado de Emma, su mejor amiga.

–Hey, Emmy –saludó Rosita.

Y solo hasta que le habló, Emma notó su presencia. Rosita puso un papel doblado sobre el pupitre de su amiga.

–¿Y esto? –Emma desdobló el papel. Examinó con asombro que se trataba de una petición romántica–. ¿Quién te dio esto? –inquirió mientras volvía la vista hacia su amiga. Sus ojos marrones claros brillaron como pequeñas estrellas en la oscuridad. Un ligero temblor recorrió sus manos. Sus pálidos pómulos se encendieron con un color rosa, parecido al de los pétalos de las flores de cerezo.

–Arturo –afirmó Rosa al tiempo que cruzó las piernas y sonrió como una cómplice malvada.

–Ah… –la respiración de Emma se reguló de golpe–. Él y yo apenas hemos hablado. Ni siquiera viene a este instituto, ¿verdad? Y es mayor.

–Ni te creas que eres una niña, Emmy. Las romanas a los doce ya estaban listas para casarse –ambas rieron; Rosa de manera natural y Emma, por no desentonar.

Emma volvió la vista hacia la carta. Se preguntó por qué quisiera Arturo un noviazgo con alguien a quien apenas conoce. Quizá era porque Emma era la única pelirroja que conoce. Sí, vivir la experiencia, como se lo han comentado sus novios pasados. O tal vez sus ojos color miel, que enamorarían hasta al demonio más descorazonado del planeta. O sus suaves curvas que se ensanchaban a sus prominentes caderas. Emma no conocía bien a Arturo, pero sí sabía que se juntaba con muchachos con los que había tenido romances ocasionales. Seguro lo de la carta era un reto. O quizá se trataba de un auténtico enamorado, que prefirió actuar antes de verla con

otro. En todo caso, no dejaba de ser raro. Emma arrugó la frente cuando pensó en la poca valentía que había tenido Arturo en mandar a su amiga en vez de ir él directamente.

No.

Nadie la encadenaría. No otra vez. Emma solo había tenido un novio, y fue suficiente para darse cuenta que esa experiencia no le iba ni le venía. Los primeros dos meses fueron una maravilla: la atención, el cariño y saber que se puede contar con alguien. Pero el resto del tiempo fue infernal: discusiones, celos y reclamos. Amar es estar con alguien hasta que te aburre, ¿qué sentido tiene? Para ella era claro como el agua: debía "vencer" el círculo, enfrentándose al canon social, ¡navegando en lo prohibido! Muchos sin duda la juzgarían, ¿pero no valía la pena? ¿Acaso no es el fin de la existencia alcanzar la felicidad? ¡La felicidad no obedece a preceptos morales! Que hable quien tenga que hablar y que llore quien quiera llorar.

A Emma Llorento nadie la va a encadenar.

Emma rompió la carta entre risas e ilusiones.

50

Emma iba a la iglesia con su familia los domingos (normalmente solo con su padre y su hermana porque su madre trabajaba ese día). Con el paso de los años su devoción por la religión fue desquebrajándose. Ella se sentaba entre las bancas delanteras. A menudo contradecía mentalmente los sermones del predicador, él notaba la expresión desafiante de la jovencita y a veces parecía que se dirigía a ella cuando hablaba sobre normas de vestimenta, sumisión de la mujer ante el hombre y respeto a la palabra de Dios. Emma no podía evitar el sentimiento de vacío y culpa. Estaba perdida en un mar de emociones y cuestionamientos. Amaba a Dios, pero no a la iglesia.

Su padre era otra historia. Decir que estaba obsesionado con la religión sería poco. Era un hombre serio, acostumbraba a vestir camisas con las

mangas largas, de colores sobrios, pantalones de tela, zapatos negros lustrados. Siempre traía consigo una biblia de bolsillo. En las cenas no paraba de alagar las predicas que escuchaban los domingos pasados. Sin embargo, bajo esas capas de fanatismo, se ocultaba un hombre carismático, que le encantaba jugar con su esposa e hijas, y dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de dibujarles una sonrisa en el rostro.

La madre de Emma era una mujer callada. De ella heredó sus cabellos carmesíes, el tono vibrante de los labios y las caderas seductoras, pero eso era lo único que compartían. Si bien, su madre era participativa en las actividades familiares y con naturalidad se integraba a las conversaciones o las proponía, había algo en su tono de voz, o en la comisura de sus labios, o en la forma de su mirada que le transmitía a Emma una ligera desconfianza. La joven jamás se atrevió a secretear con su madre, pues nunca llegó a establecer una conexión familiar, siempre hubo una distancia imaginaria que las separaba, una tensión en el aire que las mantenía a la defensiva.

Emma había llegado a un acuerdo con su corazón: soportaría a sus padres hasta cumplir los dieciocho años, edad con la que podría optar a un trabajo. Ya estaba en pláticas con la madre de Rosa (quien era jefa de recursos humanos en una importante inmobiliaria) para integrarse a la empresa cuando cumpliera la mayoría de edad.

51

Emma y Alba estaban sentadas en la punta del muelle, sobre el lago. Pocos pueden presumir de tener un lago a menos de un kilómetro de su casa. La superficie del agua reflejaba a las nubes y a las hojas de los árboles que lo rodeaban.

Alba era lo único que mantenía a Emma dentro de niveles aceptables de cordura. Y podría decirse que Emma jugaba el mismo rol en la vida de Alba. Juntas formaban un mundo hermoso.

Quien las viera no podría advertir que compartían sangre, pues una guardaba un parentesco absoluto con la madre, y la otra era la interpretación femenina del padre. Aun así, existía un lazo irrompible entre las dos. Quizá porque ambas estaban envueltas en las mismas cadenas, tal vez porque las dos vivían entre la incomprensión y la soledad. Emma era una extranjera en su casa, pero Alba podía hablar su idioma.

–¿Alby, alguna vez has pensado de qué te gustaría trabajar cuando seas mayor? –una ligera brisa mecía el pelo de Emma hacia el este, al mismo tiempo aparecían ondas en la superficie del lago. Las piernas de Emma se columpiaban en el borde del muelle.

–Tengo mucho tiempo para pensarlo –respondió Alba después de un minuto. Parecía no prestarle mayor importancia a la pregunta. La joven abrazaba sus piernas mientras clavaba su mirada en la densa hierva que estaba al otro lado del lago.

–¿Te pasa algo? ¿en qué estás pensando, Alby?

–Nada.

–Dímelo ya, si no estarás todo el día con esa carota. Mejor desahógate.

–Argh… –Alba soltó sus piernas y se dejó caer hacia atrás. Su mirada se perdió entre las nubes nubladas–. Escuché a papá hablando por teléfono con

uno de sus amigos.

–¿Y?

–Mencionó la palabra “divorcio”. Y también dijo que no se sentía feliz.

–Guau. Esa sí no me la esperaba.

–¿Crees que podré escoger con quien de los dos quedarme? –inquirió Alba.

–Las dos son malas opciones. Además, estás exagerando. No se van a separar.

–¿Qué no dices? ¡Mamá duerme sola! Estas últimas semanas se ha comportado como una loca.

–Entonces pregúntale por qué lo hace. Ella solo ama a dos cosas en la vida: a sus putas plantas y a ti.

Ciertamente Alba tenía una relación más estable con su madre. Eso a causa de que un año atrás, Alba estuvo mucho tiempo enferma, por lo que requirió de cuidados intensivos de su madre, cosa que hizo que comprendiera mejor sus excentricidades.

–Quizá papá fue infiel –Alba giró su mirada hacia su hermana. Se dibujó un gesto de sorpresa en su rostro, como si estuviera a punto de descubrir un secreto.

–Nah… ¿ese viejo? Está casado con Dios. No creo que sea capaz.

–Ya sabes lo que dicen de los hombres…

–¿Cómo así? ¿Qué dicen? –inquirió Emma con curiosidad.

–Todo lo que tiene verga es malo… o algo así. Lo escuché en la escuela y cada día me convence más y más.

Ambas rieron.

–Quisiera estar cerca de los dieciocho igual que tú –prosiguió Alba, otra vez mirando hacia las nubes–. E irme de aquí… escapar de la guerra que se viene.

–Trabajar y vivir sola no ha de ser tan fácil como lo imaginas. Al final, todo tiene su parte dolorosa.

–Pero es lo que tú harás, ¿no? Entonces es mejor que esto. Yo me quedaré aquí a ver como todo se rompe hasta que un día me toque escoger si quedarme con un loco que solo habla de Dios o con una mujer que te llena de amor y después desaparece como si nunca hubiera existido. Quizá me mude a un orfanato.

–No, Alby, no será tan malo. Al menos, no peor de lo que es ahora.

–Es fácil decirlo cuando mientes y te vas.

–¿Y qué mentira te dije?

–Dejémoslo así –Alba se giró hacia un lado, dándole la espalda a su hermana.

–Habla conmigo, Alba. Dime qué fue lo que te dije –Emma se recostó a un lado de su hermana.

–Siempre estaremos juntas. Eso. La mentira más grande.

–No es mentira, Alby –Emma tomó a su hermana del hombro y la giró suavemente para que se vieran a los ojos–. Siempre estaré aquí –Emma puso su palma sobre el pecho de su hermana (refiriéndose al corazón).

Lagrimas se asomaron en la mirada vidriosa de Alba. No pudo evitar romper en llanto.

–Tranquila. Puedes llorar, si quieres. Pero no olvides que siempre estaremos juntas. Nadie puede romper lo que hay entre nosotras.

52

Las hermanas lloraron e hicieron promesas mientras las nubes avanzaban cambiando sus formas. El horizonte estaba a punto de tragarse el sol. Emma giró su mirada hacia su alrededor, al comprobar que no había nadie husmeando, sacó un cigarro y un encendedor de su bolsillo.

–Debiste haber fumado antes –advirtió Alba–. Papá llegará pronto a casa y te olerá. Y ya sabes cómo se pone el viejo.

–No me importa, enana –Emma encendió el cigarro y tomó un trago de humo–. ¿Qué van a hacer? ¿pegarme?

–Sí, claro –afirmó con sarcasmo–. Bueno, yo no quiero apestar a cigarro. Me voy.

–Cómo quieras…

Emma giró su mirada hacia la cabaña abandonada que estaba al lado del lago. Nada se sabía sobre quienes alguna vez la ocuparon. Sin embargo, ahí estaba, y las muchachas la limpiaron y la usaron como fortaleza. No fue fácil, cuando la descubrieron, se toparon con enormes capas de polvo y telas de araña, insectos por doquier y un sistema eléctrico obsoleto. Les tomó dos semanas (la mitad de sus vacaciones) dejar todo en óptimas condiciones. Algunos jóvenes tenían casas del árbol, las hermanas Llorento tenían una cabaña.

Pero aparte de fortaleza, Emma le encontró un uso que no se atrevió a contarle a su hermana (no por falta de confianza, sino, porque no tenía la edad para esos temas): se entregaba en los brazos de algún novio (formal o pasajero) y exclamaba sin parar todo tipo de conjugaciones lascivas…

–¡EMMA! –Alba gritó desesperadamente desde la lejanía.

Las nubes de recuerdos mentales que se formaron en el humo del cigarro se desvanecieron con el sobresalto de Emma. Lo primero que pensó fue que a

su hermana la había picado una serpiente. Se levantó y corrió en busca de la voz de Alba.

Alba estaba en un lecho de hojas, con los ojos fijos en algo entre la tierra.

–Me tropecé con esa cosa –dijo al tiempo que apuntó hacia un candado de más de diez centímetros.

–¿Y por eso gritaste? –inquirió Emma con tono molesto–. No te pasó nada, ya te dije que no seas tan exagerada.

–¡Me asusté!

–Sí, pero estás bien, ¿verdad? –Emma le ayudó a su hermana a levantarse.

Alba no le quitaba la mirada al candado.

–Tiene tallada una araña, mira –dijo Emma mientras examinaba el candado.

–Una araña como esta –Alba sacó de su bolsillo una llave cuya medalla tenía la forma de la misma araña de seis patas.

–¿De dónde sacaste esto? –Emma tomó la llave.

–La encontré al lado del lavaplatos. Creo que es de mamá, intenté devolvérselo, pero como siempre, no la encontré cuando la busqué. Al rato olvidé que la tenía.

Emma examinó la llave. Su diseño elaborado infundía respeto. La forjadura del medallón de araña tenía un nivel de detalle alucinante, parecía un insecto real. Emma hizo a un lado la maleza y barrió la tierra con los dedos. El candado cerraba una escotilla metálica.

Alba le arrebató la llave antes de que Emma la acercara al candado.

–¿Y qué quieres hacer con esto, grandísima burra? ¡Es es de mamá!... y no hay que ser muy inteligente para saber que no debemos abrir eso. Te hace falta ver más películas.

Alba soltó la llave y gritó como si algo la hubiese picado.

–¿Ahora qué tienes, Alby? En serio, me preocupas.

–La llave… –Alba miraba hacia el suelo, anonadada–. Se movió –volvió la mirada hacia su hermana–, sentí que se movió.

–Doña drama te dicen –Emma recogió la llave y pasó la punta de su índice sobre las patas plateadas de la araña. Estaban tan solidas como una piedra–. ¿Oye, qué harías si te enteras que hay un cuerpo allá abajo?

–¿Un cuerpo? –inquirió Alba, desconcertada.

–Un cadáver, pues. ¿Te imaginas? Quizá nuestra madre es una asesina y nunca lo supimos.

–¡Ya no digas estupideces! –Alba estaba furiosa.

–Ya, niña, ya… ¿En serio no quieres ver cuál es la razón por la que nuestros padres están a punto de separarse? Algo importante debe haber si le chupa tanto tiempo a mamá.

–No sabemos si es de ella o no. Nunca dije que la vi entrar ahí. Solo dije que encontré la llave a la par del lavaplatos. Podría ser de papá… o tuyo.

–Pronto me iré, Alby. Son mis últimos días con ustedes. Merezco saber por qué mi mamá se la pasa lejos de mí. De nosotras.

–Está bien –Alba cruzó los brazos e hizo un gesto de molestia con los labios fruncidos–, burra.

Emma desbloqueó el candado y abrió la escotilla. Una extraña luz amarilla provenía del interior.

–Huele horrible –aseguró Alba con la voz temblorosa.

–No. No es desagradable –objetó Emma al tiempo que aspiró hondamente–. Es suave… penetrante. Es olor de iglesia, ¿no? Es incienso.

Emma entró al agujero, bajando por una escalera de madera. Era un descenso de apenas cuatro metros. Alba se quedó afuera, sentada y abrazando sus piernas. Emma tosió.

–¿Estás bien? –exclamó Alba, preocupada.

–Sí, sí –respondió Emma, aclarando su voz–. Este lugar está rarísimo. Deberías venir.

–Ni loca –Alba volvió su mirada hacia la ladera. Pronto se haría de noche. Estaba arrepentida de haber despertado la curiosidad de su necia hermana.

–Hay un montón de libros –dijo Emma. Su voz salía por la boca del agujero envuelta en ligeras estelas de humo de incienso–. Y una repisa llena de cosas raras. Oye, estas velas no parecen acabarse. La cera no se les escurre.

–¿Qué cosas raras tiene la repisa?

–Hum… son envases metálicos y algunos de cristal. No tienen etiquetas y los de vidrio contienen hierbas y piedras de colores. Algunos tienen líquidos con olores aromáticos, huelen a perfume casero. Que suerte tienes, Alby, todo esto es tu herencia.

–No da risa –aseguró Alba mientas se mordía el labio inferior para evitar reírse.

–Las paredes tienen raíces gordas y largas… y hay algo muy raro en el techo.

–¿Qué cosa? –preguntó Alba.

–No sé. Es como una capsula transparente y tiene adentro algo que no logro distinguir. Las velas no dan tanta luz… oye aquí hay fotos de nosotras. De papá también.

–¿Y qué tienen de malo? –preguntó Alba, con un mal presentimiento respirándole en la nuca.

–Yo no dije que fuera malo. Son fotos normales, copias de las que están en la casa. Algunas tienen mensajes escritos en la parte trasera.

–¿Y qué dicen?

–Nada raro. Mencionan los nombres de los que aparecen en las fotos.

–¿Nada raro? ¿Es una puta broma?

–Alba… aquí hay algo… ¡Dios mío, una cabeza!

–¡¿Qué?! –exclamó Alba al tiempo que se incorporó de golpe–. ¿Cómo que una cabeza?

–¡Santo Dios, Alby! Esto es macabro ¡Esto…!

–¡¿Es de una persona o de animal?! –Alba tenía el corazón en la garganta– ¡Sal de inmediato!

–¡Alba! –Emma arrojó la cabeza hacia su hermana– ¡La cabeza!

Alba gritó desconsoladamente cuando su hermana le lanzó una cabeza de ajo. Emma rio con su risa porcina. Alba se soltó en llanto y sollozó.

–Alby, ya sabes como soy… –incitó Emma, mientras despejaba su burla por el flechazo de culpa que sintió–. Ya no eres una niña… además, tú también bromeas conmigo. Me juegas bromas de mal gusto, Alby.

–Es que… yo… tengo miedo, Emma… solo es eso… –las manos de Alba temblaban y sus pómulos estaban tan colorados como un campo de rosas.

–No pasa nada, enana. Ven, ayúdame a buscar en estas cajas.

–No. Me quedo aquí –Alba volvió a sentarse entre hojas secas y flores muertas.

–Guau… aquí hay mucho oro –dijo Emma, sorprendida.

Alba percibió el sonido metálico que producía Emma al revolver cadenas y joyas.

–¿Oro?

–Cadenas, anillos y pulseras. Todo es de oro, o bueno, creo que es oro real, aunque puede ser fantasía.

–Muérdelo, si se dobla entonces no es oro –comentó Alba.

–Eso no funciona, Alby, así no es… pero sí parece real –Emma sonaba asombrada–. Creo que al final, sí tendrás que compartir la herencia, hermanita.

–No quiero nada de eso.

–Esto sí es raro.

–¿Qué?

–Bueno… no me gustan la forma de algunos dijes. Ya he visto esto antes, en catequesis, creo.

–Si lo viste en catequesis no es malo.

–Quiero decir, nos advirtieron sobre estos símbolos… esto no tiene nada de bueno –Emma sonaba asombrada y preocupada.

–Ay, no más bromas, por favor.

Alba escuchó el ruido de pasos y rechinido de muebles moviéndose. Pero su hermana se mantuvo en silencio.

–¿Y ahora qué, Emma? –insistió Alba.

–Espera –respondió Emma, tajante.

Alba escuchó un movimiento de cadenas y un “clic”, mismo sonido que produjo el candado de la escotilla al desbloquearse.

–¿Ves más símbolos?

–Estos son documentos… estaban protegidos con un candado, pero funcionó la misma llave. Estoy leyendo y…

–¿Qué?

Emma guardó silencio. Alba miró tímidamente el agujero de la escotilla. Quería bajar y arrastrar a su hermana hacia afuera, pero el miedo congeló sus intenciones.

–Emma –insistió Alba–, ¿qué diablos estás viendo?

–Esto es un contrato –respondió Emma de manera definitiva–. Son muchos contratos… contratos…

–¿Y qué tiene de raro?

–Están firmados con sangre –agregó Emma con la voz temblorosa–. Alba, esto es diabólico.

–Es tinta roja, tonta.

–No. Son promesas… hay todo tipo de promesas… dinero, viajes, hermosas esposas o maridos dedicados… a cambio se les pide culto, respeto y ofrenda… Amada Gonzales, la que trabajaba en la tienda de doña Esperanza, su nombre está aquí.

–Ella ganó la lotería hace unos meses… –agregó Alba, horrorizada.

–Y don Rulfo, doña Mariana y Eva, la hija de los Monterroso… muchos de nuestros vecinos y hermanos de la iglesia están aquí. Claman al Diablo por ayuda… ¡Mamá le ayuda a la gente a traficar con Satán!

La escotilla se cerró de un portazo.

–¡Alba, abre eso ya mismo! ¡¿Estás loca?!

–¡Yo no he tocado nada! –Alba se levantó e intentó abrir la escotilla. Fue inútil.

–¡Si vas a vengarte por la broma que te hice, que no sea de esta manera, por favor!

–Ya te dije –dijo Alba entre dientes mientras intentaba forzar la escotilla– que no hice nada…

–¡Alba! —Emma subió las escaleras y golpeó la rendija–, ¡Abre esto de una puta vez! ¡No puede ser que me estes haciendo esto a mí!

–Emma… esto está trabado –Alba soltó la escotilla y retrocedió dos pasos. Se llevó las manos a la cara y observó con terror los azotes que daba su hermana.

–¡¿Te sentaste en la escotilla?! ¡Ya, Alba!

–Dios mío… –Alba cayó de rodillas.

–¡Por favor!

Emma gritó de manera gutural e intentó abrir la escotilla a golpes, cabezazos y codazos. La puerta no cedía.

–Le diré a papá que nos ayude… –propuso Alba al borde de las lágrimas.

–¡No! –Emma se opuso–. No se te ocurra abrir la boca, Alba, ¡no seas estúpida!

Alba se soltó en llanto.

–Vendrás conmigo, Alba. Nos iremos juntas de este maldito pueblo. No importa a dónde vayamos, en cualquier lugar estaremos más seguras que aquí.

Alba seguía llorando.

–Hemos vivido en la cuna del Diablo quién sabe por cuánto tiempo… nuestros vecinos, ¿qué cosas terribles harán cuando nadie los ve? Han ofrendado sus almas al infierno, aun así, acuden a la iglesia. Se disfrazan… el Diablo vive y siempre ha vivido entre nosotras. Alba, el mundo está preparándose para la venida del Anticristo.

–¡No digas eso! –Alba sollozaba y temblaba.

–No lo digo yo. Lo dicen las anotaciones de mamá. Están preparándose para el fin del mundo –Emma trataba de mantener la calma, pero su voz tambaleaba tanto como su cordura–. No sé cómo decirlo, pero son como un culto escondido. Y todos están involucrados.

–¿Hasta papá? –inquirió, temerosa–. ¡Están locos! Eso no puede ser posible. Dios no permitiría que eso pase, ¿verdad?

–No, no creo que él este metido en este lío… pero no quiero que le digas nada. Cuando salga de aquí nos iremos a casa de Rosita unos días. Después tendremos que desaparecer.

–¿A dónde iremos?

–A donde sea. Cualquier lugar será bueno mientras estemos juntas.

–¡Pero no sé cómo sacarte! En serio, creo que debería decirle a pá…

–¡Ya te dije que cierres la boca! Que nadie sepa nada de esto, mucho menos de nuestros planes. ¿Qué crees que va a pasar si papá mira todo esto? Se nos adelantará el apocalipsis. Por eso no tienes que decir nada, Albita, por favor, cállate –Emma sonaba desesperada.

Alba se llevó las manos a la boca y cerró sus ojos mientras las lágrimas fluían entre sus dedos. Algo se rompió dentro de ella en ese momento.

–En el garaje hay una palanca –prosiguió Emma–. Tráela y métela en la hendidura de esta cosa.

–¿Y si no funciona?

–¡Tiene que funcionar! –exclamó Emma al tiempo que golpeó la escotilla (acción que intimidó a Alba)–. Por favor, Alba, ve.

Alba corrió entre los árboles. Su corazón se agrietaba con cada paso. Quería gritar, llamar a su padre, contarle todo. Pero su hermana le pidió que cerrase la boca. Alba cerró su palma sobre sus labios. Ni un sonido podía salir de ella. Tenía que guardar silencio.

53

Un chirrido metálico abrió paso a un hilo de tenue luz crepuscular. Emma estaba sentada en el fondo de la entrada, esperando a que Alba abriese. La luz iluminó sus rizos carmesíes. Levantó la mirada y, de manera fulminante, su esperanza se extinguió. Sus pómulos palidecieron, sus labios se marchitaron y sus ojos se secaron.

“Mamá”, pensó, pues ni siquiera pudo susurrarlo.

54

Alba llevaba una caja de herramientas en la mano izquierda y una linterna en la derecha. No sabía qué exactamente llevar, así que tomó todo lo que consideró que podía ser útil y lo guardó en la caja. Apuntó con su linterna hacia el suelo, buscando la escotilla, pero solo se encontraba con hojas difuntas, ramas secas y flores diminutas. Revolvió la maleza con los pies, esperando a que la suela de sus zapatos se encontrara con la estructura metálica. Después de un rato buscando, Alba comenzó a ponerse nerviosa. Pateó las ramas, y saltó entre la hierba.

–¡Emma!, ¡Alba! –gritó su padre. Su voz parecía estarse acercando cada vez más.

Alba entró en pánico. Apagó su linterna. Distinguió la silueta de su padre entre los árboles. Se acercaba con la linterna de su teléfono. Alba escondió rápidamente la caja de herramientas en un arbusto.

–¡Alba! –exclamó su padre al verla–. Ya es tarde para andar jugando por aquí.

Alba estuvo a punto de contárselo todo a su padre. Pero recordó que su hermana le pidió que se callara.

Alba vio fijamente a su padre con un semblante impoluto. Levantó los hombros.

–¿En dónde está tu hermana? –inquirió el padre con un tono de molestia–. ¿Está en la cabaña?

Alba meneó lentamente la cabeza de lado a lado. No diría nada. Jamás.

–Bueno –el padre tomó a Alba de la mano–. Tal vez ya está en casa. Vamos a cenar.

55

Un viejo ventilador daba vueltas bajo la mesa familiar. Las paredes eran de madera oscura, adornadas con fotografías que retraban un pasado distante, como otra vida, o una expectativa de lo que a las hijas les hubiera gustado que fuera su realidad: viajes a la playa, a las montañas y reuniones con sus allegados eclesiásticos, todos llenos de sonrisas y deseos. La cocina estaba iluminada por una lampara de araña. Alba miraba fijamente su plato: pollo a la plancha, lechuga, arroz y dos rodajas de tomate. Ella apenas comió dos bocados, el resto del tiempo se la pasó pellizcando su comida con el tenedor.

–¿Y cuándo vas a decirme en dónde está Emma? –le preguntó su padre para romper el silencio.

Alba giró la mirada hacia su padre. Los aires de candidez y pureza que caracterizaban sus gestos desaparecieron.

La madre de Alba interrumpió antes de que el silencio se alargara.

–En la mañana me dijo que dormiría en la casa de Rosa.

–¿Y por qué nadie me dijo nada? ¿ahora se manda sola esa muchachita? Mientras siga viviendo en mi casa, me debe respeto.

–Yo le di permiso –agregó la madre al tiempo que giró su mirada hacia su hija.

Alba esquivó la mirada de su madre. Se sentía atacada, con ganas de romper en llanto y sin escapatoria. Aquellas emociones se repetirían a lo largo del tiempo y terminarían por romper la cordura de la niña.

56

Emma nunca regresó. El padre pensó que se había escapado con algún enamorado, pero las investigaciones apuntaron que aquello era imposible. Nadie la vio por ninguna parte y en esa época no se le conocía ningún novio. Además, era una muchacha honesta y sin reservas, si se iba lo anunciaría sin reparos, su padre la consideraba “una yegua indomable”.

Las investigaciones policiales insinuaron que podría tratarse de un secuestro. La comunidad de la iglesia se organizó enérgicamente para buscarla por todas partes. Se hicieron notas de prensa, se alertó a los colegios, la buscaron debajo de cada piedra, pero Emma nunca apareció. Era como si la tierra se la hubiera tragado.

Alba nunca participó en la búsqueda y se negó rotundamente a decir nada al respecto. Su padre sabía que ocultaba algo, pero por más castigos que le impuso, nunca logró nada. Alba se aisló en un mundo silencioso. Nunca volvió a emitir palabra alguna. Su personalidad vibrante se apagó y el único sonido que salía ella era el de su respiración. Comenzó a tener renuencia por la iglesia y vivía encerrada en su habitación. Se comunicaba con los

demás escribiendo sus palabras en una libreta, aunque la mayoría de veces lo hacía con negaciones o asentimientos con la cabeza.

57

Eran las siete de la noche y Alba ya dormía en su habitación. Desde la desaparición de su hermana adquirió la costumbre de dormir más de lo habitual. Sus cabellos estaban esparcidos en su almohada y su rostro reflejaba una pureza que en aquel momento ya solo podía alcanzar dormida. La ventana dejaba entrar la luz de la luna. Sin embargo, una sombra se posó entre la luna y Alba, eso y la sensación de estar acompañada perturbó la tranquilidad de sus sueños. Alba se llevó las manos a la cara y entre abrió los ojos. Se sobresaltó al notar la presencia de su madre. Su somnolencia desapareció como si un balde de agua fría le hubiera caído encima.

–Albita… –murmuró su madre con una voz reposada, tranquila. Sus rizos rojizos brillaban como fuegos artificiales en el reflejo de la luna.

Alba la miraba con candidez. Se preguntó si aquello era un sueño, pero rápidamente llegó a la conclusión de que no. Era una pesadilla. Una pesadilla vuelta realidad.

–Emma se fue hace mucho tiempo… –la madre palmó la frondosa sabana de Alba–. Ha sido difícil y entiendo cómo te sientes.

Alba meneó lentamente la cabeza de lado a lado, como diciendo: “No, no lo entiendes, bruja hipócrita”.

–Hija… –Alba notó que su madre sostenía algo con su mano izquierda–. Nosotras nacimos con un propósito. Algo superior a la existencia. Cuando yo era niña no lo entendía, pero tú eres más inteligente de lo que yo nunca fui y…

Alba la interrumpió con un suspiro entre cortado.

–… sé que quieres ponerle fin a tu dolor.

Una lágrima rodó por el pómulo derecho de Alba mientras su rostro permanecía inmutable, como una estatua.

–Necesito que bebas esto –su madre puso en el lecho de Alba una copa sin base, llena de un líquido espeso, sin olor–, cuando lo hagas, todo habrá acabado.

Alba observó el contenido de la copa. Dirigió a su madre una mirada inquisitiva. Giró su mirada hacia la puerta de su habitación. Una extraña silueta se ocultaba entre las sombras. ¿Era un hombre? Eso parecía. Un hombre con unos extraños lentes de cristal rojizos. ¿O se trataba de un ser con ojos de conejo blanco?

Alba volvió su mirada hacia su madre. Su rostro denotaba desconfianza.

–No temas, mi niña… todo estará bien –agregó la madre al leer sus gestos–. Bebe y te prometo que pronto te reunirás con Emma.

Alba dejó escapar un suspiro. Nunca tuvo dudas sobre la implicación de su madre al respecto, pero con el tiempo dejó de darle vueltas al asunto. Lo que le insinuaba su madre en ese momento lo consideró una oscura confesión.

–Siempre fuiste tú, mi niña -–prosiguió la madre–. Eras la elegida. Confundí algunas señales, cometí muchos errores y ahora cargamos con un dolor sin igual. Pero ahora todo está claro, mi amor. Eras tú. Debías ser tú. Contigo todo termina, y a la vez, inicia. Eres la abanderada de un nuevo mundo. Eres mi vida, Alba. Mi sol. ¡Eres mi eternidad! –la madre de Alba intentaba mantener la compostura, pero no pudo evitar que sus lágrimas fluyeran–. Y nadie nunca volverá a sufrir.

Alba miró la copa. No entendía de qué hablaba su madre, pero sonaba a que decía la verdad, aunque solo fuera en la esfera de su locura.

–Todo será como un sueño, mi amor… como dormir… soñar en un mundo en donde el dolor ya no existe…

“Por Emma”, pensó Alba mientras bebía el líquido sin sabor. Después de un momento, la madre le quitó la copa.

–Te amo, Alba –dijo la madre con tono vidrioso al tiempo que se levantaba de la cama.

Alba se sentía mareada, como si su cama diera vueltas.

La madre se acercó al hombre de ojos rojos y le susurró: “Está lista”.

El hombre dio un paso hacia adelante y Alba perdió la consciencia.

58

Alba abrió los ojos. Le dolía la cabeza. La luz del día se filtraba débilmente por las persianas. Era un amanecer desolador. La joven se encontraba acostada en el sillón de la sala de su casa. El llanto de su padre la despertó.

–Perdóname, Dios, perdóname… –su padre estaba sentado en el suelo, al lado del sillón, llorando como un niño–. No he cumplido con tu obra y la desgracia ha caído sobre mi hogar. Mis hijas, Dios, son lo que más amo… ¿por qué han de doler tanto tus caminos? ¡Mi Dios! Me casé con el diablo, pero te juro que no lo sabía. ¡Necesito que me perdones! No soy una mala persona, soy bueno, sé que tengo un buen corazón, sé que hay humildad y bondad dentro de mí, en el fondo, muy en el fondo. Soy diferente a los que se pudren en la cárcel, ¿verdad? Respóndeme, mi Dios, dime que no soy un monstruo –Alba se incorporó, abrazó a su padre y acarició su espalda con apacibilidad. ¡Dímelo! –insistió su padre– ¡Dime que soy bueno! Necesito escucharlo. Dios perdona a todos los pecadores, ¿no? Solo cometí un par de errores, eso no me hace malo, no es parte de mi naturaleza. Yo no soy un monstruo… ayúdame, Alba. No quiero ir al infierno. No quiero hacerle daño a nadie más. Por favor… yo niego a Lucifer y a sus allegados. ¡Los niego! Soy evangélico y creo en Cristo. Jehová es mi Dios. Él es bueno. Él está conmigo. Y no me abandonará, ¿verdad? Tú me ayudarás a probarle que también puedo ser bueno. No quería hacerlo, hija… no quería hacerle daño… mi única pretensión era protegerte, Alba…

La realidad de Alba seguía desmoronándose.

Su padre le hizo algo malo a su madre.

59

Alba estaba acostada en el muelle del lago. Llevaba una hora viendo a las estrellas en la inmensidad. Su mente estaba abrumada, sus pensamientos eran como nubes cargadas con fieras tormentas. Desde que su madre desapareció, su padre comenzó a llevarla a otras iglesias (en aquel momento iban todos los días), era tan dramático que incluso su casa se transformó en una iglesia. Había crucifijos por todas partes; cuadros y estampas de la virgen y angelitos; los cristales de algunas ventanas tenían ilustraciones religiosas, tal como los ventanales eclesiásticos; estatuas de la virgen y Jesús adornaban la sala y la cocina; su padre a toda costa deseaba forzar una bendición.

Alba estaba fuera de control y no tenía idea como gestionar la creciente locura de su padre. Oraban durante horas todos los días. Su padre la obligada a darle un beso a una cruz cada vez que la veía, aseguraba que solo así recibiría protección de los cielos.

Alba estaba aturdida. Harta de aquella vida. Su madre y hermana desaparecieron como si la tierra se las hubiera tragado, y lo que ella consideraba una familia más o menos funcional, se convirtió en una tragedia.

De repente una estrella errante apareció, agitando la inmensidad de la noche. En aquel punto Alba ya estaba dejando que las olas de la somnolencia la arrastrasen. Alba amarró un ancla en su cuello y dejó que el mar de sueños se la tragase. Pero antes de perderse en la ensoñación, Alba le pidió un deseo a la estrella fugaz.

60

“Despierta, dormilona”.

Alba escuchó que una voz se acercaba a su zona abismal (uno de los lugares más profundos del mundo de los sueños).

“No vas a dormir aquí toda la noche, ¿o sí? Se te va a armar la grande”.

Alba nadó más allá de la zona abismal, hacia el lugar en donde habitan las ruinas de las ideas y los sueños abandonados.

“¿Acaso ya olvidaste mi promesa?”.

Unas manos rodearon a Alba. Resistirse le fue imposible. Las manos la arrastraron hacia la superficie.

Alba abrió los ojos. Allí estaba. Era ella.

–¿Por qué me ves así? –dijo entre risas, con su característico tono dulce que Alba escuchaba siempre en sus sueños.

Alba pasó suavemente sus dedos en el rostro de ella, examinando sus rasgos, comprobando que se trataba de la misma persona.

–¿Qué haces? ¡No más cosas raras, Alby!

Alba rompió el pacto de silencio que había decretado hacía mucho tiempo.

–Emma...

–¿Por qué eres tan rara, Alby? De veras que hay cosas que nunca cambian.

–Pero tú… tú desapareciste –señaló Alba.

–Te dije que me iría, ¿no? Todos sabían que lo haría –se excusó Emma.

–¿Cómo...?

–Fácil. Me subí al vagón de un tren y me largué de este pueblucho.

-–¿Y a dónde fuiste? –Alba estaba sentada, abrazando sus piernas.

–A todas partes. Fui a donde la vida quiso llevarme. Pero eso no debe preocuparte, Alby. Lo importante es que estoy aquí y podemos volver a ser una familia. Todos juntos otra vez, hermanita –Emma revolvió el cabello de su hermana.

–No –Alba enterró su cara en sus piernas–. Mamá desapareció, igual que tú.

–Oh… –Emma parecía impresionada.

–Quizá se la llevó el diablo –comentó Alba con los ánimos apagados.

–No digas eso, Alby. Es nuestra madre.

–Sí, pero tú descubriste cosas raras, ¿lo recuerdas?

–Sí –Emma apretó los labios y giró su mirada hacia el cielo. Se dejó caer hacia atrás. Su cabello se esparció como una cascada de seda en los tablones de madera vieja del muelle–. Pero podemos ayudarla, Alby. Es nuestra madre. Nos necesita más que nunca.

–¿Tú crees? Bueno, quizá podrían practicarle un exorcismo…

–Y arrancársela al diablo de sus garras –Emma sonrió mientras miraba a las estrellas.

–Sí… –Alba levantó la cabeza, en su rostro se dibujaba un haz de esperanza–, podríamos salvar a mamá y ser una familia. Una mejor versión de lo que éramos. ¿Por qué no? Podríamos ser la familia perfecta. Ahora que estás de regreso, Emmy, todo es posible.

–Hermanita –Emma se levantó y vio a Alba a la cara–. Creo que deberías volver a casa, si papá se entera que estás fuera, se pondrá como una cabra. El viejo es complicado.

–Oh, Emma, qué feliz se pondrá cuando te vea.

–Sobre eso… –Emma desvió la mirada hacia la arboleada–. No creo que sea buena idea que él me vea. No ahora. No hasta que encontremos a mamá –

Emma se acercó a su hermana hasta que sus narices rozaron–, no debes decirle que volví, Alba. Solo permitiré que tú me veas.

–¿Y por qué no? –Alba frunció su entrecejo.

–No quiero hablar con él… al menos no mientras mamá siga desaparecida. Otra historia será cuando todos estemos juntos.

–¡Entonces yo tampoco! Seguiré escribiendo en una libreta lo que quiero decirle. Y él seguirá ignorándome.

–Quizá sea lo mejor hasta que todo regrese a la normalidad.

–-Si tú lo dices…

61

Alba regresó al patio trasero de su casa. Se subió a la parrilla (en la cual antes hacían carnes asadas los domingos a las once de la mañana), puso un pie en la cerca de madera y fácilmente pudo escalar hacia el tejado de su casa. Entró por la ventana sigilosamente. Emma le siguió el paso.

Una vez dentro, Emma examinó la habitación con la mirada.

–Guau, hay cosas que nunca cambian. Sigues teniendo el cuarto de una nenita.

–Pues eso soy, ¿no?

–Cómo crees –la sonrisa de Emma relucía entre las sombras y los reflejos de la luna–. Mira esos pechos –Emma pellizco el busto de su hermana–, no son de una nenita… guau… son más grandes que los míos –Emma miró por dentro del cuello de su blusa y revisó sus pechos para compararlos.

–Y yo pensaba que a los dieciocho ibas a madurar, Emma –Alba cruzó los brazos y meneó la cabeza de lado a lado mientras intentaba contener la risa.

Las jóvenes escucharon unos ruidos que provenían desde el piso inferior. Su padre sonaba alterado.

–¿Por qué hace ese escandalo? –inquirió Alba.

–Quizá se entraron a robar a la casa.

–Ajá… iré a ver –Alba tomó la mano de su hermana y agregó–: iremos.

Las jóvenes salieron de la habitación, bajaron sigilosamente las escaleras y vieron a su padre en el teléfono, frente al televisor, sollozando.

Emma soltó a su hermana y se escondió detrás de una pared. El padre giró su mirada hacia Alba.

–¡Hija! –el padre dijo al teléfono que iba en camino, colgó y se acercó a Alba–. Algo horrible le ha ocurrido a Jacobo, tu primo… él estaba de viaje junto a tu tío, fueron a La Tierra de Dios y… oh, hija…

El padre guardó silencio. Las noticias sonaban de fondo en el televisor, relatando el hecho.

–Tengo que ir a la casa de tu tía. Está conmocionada. ¿Quieres acompañarme?

Alba negó con la cabeza.

–Está bien –el padre le dio un beso en la frente a su hija y salió de la casa.

“Nos informan que todo comenzó por una fiesta de cumpleaños”, dijo la reportera en la televisión. En sus espaldas, una enorme llama bailoteaba, seduciendo a las nubes. La grabación estaba siendo afectada por partículas de ceniza que giraban por todas partes.

Alba y Emma se sentaron en el sofá, frente al televisor.

“Nos encontramos a quince kilómetros del hecho, y como pueden ver, se trata de un incendio sin precedentes en la historia de nuestro país. Las

autoridades trabajan para aplacar el fuego. Sin embargo, las condiciones son muy difíciles debido a la intensidad del incendio y la superficie carrascosa. Como pueden observar, el humo es tan intenso que puede contemplarse desde kilómetros de distancia. Los familiares no entienden lo ocurrido y claman por noticias sobre sus hijos. El olor es abrumador y…", un helicóptero sobrevoló a la reportera y su camarógrafo, agitando las partículas de ceniza. La reportera tosió e intentó recuperarse lo más rápido posible. "Como pueden observar, el equipo de rescate está a punto de liberar un tanque de agua sobre el bosque".

–Dios mío… –murmuró Emma–. ¿Qué piensas sobre esto, Alby? Quién lo habría provocado… bueno, quizá fue un accidente, ¿no? Es horrible. ¿Nuestro primo está ahí? Guau… nunca me llevé bien con él, pero jamás le habría deseado algo así.

Alba no le respondió. Estaba hipnotizada por las llamas.

62

El viento sopla violentamente. Hojas y polvo viran en el aire como cuervos demenciales liberados de sus jaulas. Alba estaba envuelta en sus sabanas, esperando a que Emma regresase, pues esta le había dicho que sabía exactamente qué podría ayudarles a encontrar a su madre. Han pasado meses desde el incendio.

Alguien llamó por la ventana. Era Emma. Cuando Alba abrió la ventana, una brisa intensa la hizo entrecerrar los ojos hasta que la volvió a cerrar.

–Madre santa, qué estará pasando con el clima –dijo Emma. Su ropa parecía húmeda y su piel estaba más fría que una noche sin luna–. Pero ha valido la pena –Emma sacó de su mochila un libro enorme–. Mira, Alba.

Alba encendió la luz de su lampara y observó la tapa negra del libro. Era tan grande como una enciclopedia Océano. Las hermanas se sentaron en la orilla de la cama. Emma abrió la tapa del libro y ambas leyeron ante la débil luz de la lampara: "El libro de las sombras".

–¿Esto qué es? –inquirió Alba, con inquietud, pues temía a la respuesta.

Emma guardó silencio un momento, pensaba su respuesta, después comentó:

–Es nuestra última esperanza para encontrar a mamá. Debemos jugar con sus reglas.

–No puede ser… –Alba estaba sorprendida–. Esto es…

–Brujería. Es un manual o algo así. Sé que nos conducirá a ella.

–No quiero traficar con el diablo…

–¡No seas tonta! Además, eres menor todavía. Los menores no van al infierno.

–¿En cuál parte de la biblia dice eso?

–Escúchame, Alba. Satanás no tiene poder sobre ti.

–No soy una niña. Tengo poder de consciencia… claro que puedo ir al infierno. Y parece que a ti no te importa si vas o no.

–He aprendido a vivir sin miedo.

–¿No le temes al castigo de Dios? –Alba estaba conmocionada.

–No pongas palabras en mi boca. Solo quiero que seamos una familia otra vez, eso es todo. Que mamá recapacite, que se aleje del tráfico diabólico. Pero para ello debemos… como te digo, jugar con sus reglas. Ella está afuera, esperando a que alguien la saque de las sombras, Alba. Debemos ser nosotras, sus hijas, somos su última esperanza.

Alguien llamó a la puerta.

–Mierda –murmuró Emma al tiempo que se incorporó y abrazó el libro, como si alguien pretendiese quitárselo–. Ve a ver que quiere –Emma se

metió debajo de la cama de su hermana.

Alba tomó su libreta y un lapicero y abrió la puerta.

–Alby, yo… –el padre suspiraba. Se le veía con una alegría renovada–. Te escuché hablar.

Alba negó con la cabeza.

–¿No? –inquirió, decepcionado–. Pero escuché tu voz, hija.

Alba escribió algo en su libreta.

–No –su padre detuvo el lapicero sobre el papel–. No quiero más notas, Alby. Habla conmigo –su padre se agachó hasta quedar de la misma altura que Alba–, por favor, hija, necesito eso. Sabes que no lo he pasado bien, estoy mal, no, peor que mal, ¡terrible! Todos los días tengo pesadillas y orar ya no me calma… solo tu voz podría aliviarme, chiquita, dame eso, solo te pido que me hables. Insúltame si quieres, desahógate, dime cualquier cosa.

Alba permaneció en silencio.

–Perdón, hija. Solo estoy cansado –el padre se irguió y cerró la puerta.

Emma salió de su escondite.

–Eres cruel con él –dijo Emma al tiempo que le dio un toque con el codo.

–Tú también –replicó Alba, entornando una ceja.

–Touché –Emma apretó los labios y señaló a su hermana con el índice de una mano. Tenía el libro bajo el brazo.

Emma volvió a abrir el libro y siguió conversando con su hermana.

–No quiero hacer esto, en serio que no –comentó Alba–. Pero confío en ti. Creo que tu plan puede funcionar. Y ya es lo único que me queda, mi fe.

–Todo estará bien, enana –Emma revolvió el cabello de su hermana.

63

Las hojas del libro eran amarillentas y crujían cada vez que Emma pasaba página. La joven procuraba tener cuidado porque creía que en cualquier momento una hoja le quedaría en la mano, o peor aún, se desintegraría. Era difícil de leer, pues las hojas tenían mucho contenido y la letra era pequeña. Pero las ilustraciones ayudaban. Alba sentía escalofríos con cada palabra que le leía su hermana. “Simbología”, “Energía y hierbas”, “Ciclos lunares”, “Altares”, “Hechizos y rituales”, “Naturaleza y elementos”, “Talismanes y amuletos”, “Celebraciones”, “Invocaciones”, “Hechizos y rituales, técnicas avanzadas”, “Cultos”, “Sacrificios”, “Resurrecciones”… entre otros temas.

Las jóvenes pasaron semanas leyendo aquel libro, alimentándose de sus oscuros secretos, y comprendiendo la naturaleza que se oculta detrás de la noche.

64

–¿Por dónde comenzamos? –inquirió Alba.

Las hermanas Llorento se encontraban sentadas en el tejado de su casa, contemplando las copas de los árboles bajo un cielo que amenazaba con una tormenta.

–Debemos conseguir una figura divina. Para establecer contacto con el otro mundo –respondió Emma sin dirigirle la mirada a su hermana–. Necesitamos una fuerza que nos ayude a atraer a…

–Podríamos usar una virgen María. Aquí hay varias.

–Obviamente no. Una virgen ahuyentaría a quien queremos que nos ayude.

Alba sintió una opresión en la garganta.

–Podríamos hacer una nosotras. Tenemos mucha madera a nuestro alrededor –comentó Alba.

–No tenemos experiencia en eso, además, papá nos descubriría. Es algo que debemos hacer lo más rápido posible –Emma volvió su mirada hacia su hermana–. Solo tenemos una oportunidad.

–¿Y qué tienes en mente?

–En este pueblo hay mucha gente que rechaza el cristianismo y el satanismo, y se inclinan ante dioses folclóricos. Ya sabes, como el dios del maíz, el sol o la lluvia.

–Sí, y también santifican a cualquier pelado.

–La cuestión aquí es, ¿conocemos a alguien que sienta adoración por uno de esos ídolos antiguos? –puso en duda Emma.

–Creo que sí –Alba abrazaba sus piernas y ocultó su rostro en estas–. Tengo miedo –aseguró, con la voz temblorosa.

–Pronto todo esto terminará –Emma acarició la espalda de su hermana para tranquilizarla–. Y estaremos juntas por siempre.

65

Alba y Emma se presentaron en la casa de doña Esperanza, una anciana solitaria que, en un pasado remoto, cuando las jóvenes eran niñas, tenía un puesto de fruta en el mercado, al cual su familia siempre acudía. Doña Esperanza era una amiga de la familia, y, a pesar de las diferencias ideológicas y que con el tiempo su negoció fracasó, ella guardaba dentro sí unas semillas de nostalgia cada vez que se encontraba con uno de los Llorento. Por eso, cuando Alba y Emma se presentaron en la puerta de su humilde hogar, las dejó pasar sin pestañar, si bien le extrañó la visita, la conmovió saber que no había sido olvidada.

La señora en todo momento ignoró la presencia de Emma. Sin embargo, esta ya le había advertido a su hermana que eso sucedería, pues, a fin de cuentas, doña Esperanza estaba medio ciega.

El suelo era de tierra, no tenía alfombra ni ningún tipo de revestimiento. Las láminas papaloteaban como las alas de una paloma enloquecida, pues el viento soplaba violentamente.

Alba, su hermana y doña Esperanza se sentaron en un sofá desgastado con cojines descoloridos. Estaban bajo un bombillo de luz amarillenta que se columpiaba en su cable.

–Me alegra verla –dijo la señora–, ¿en qué momento creciste tanto, muchachita? ¡eres toda una mujer!

Alba escribió en su libreta. Arrancó la hoja y se la mostró a la señora.

–Se me hace difícil leer esto –la señora alcanzó sus lentes, los cuales estaban en una mesita al lado–. “Apenas tengo dieciséis” –leyó en voz baja–. ¡Ah! Ya estás para conseguirte un marido. Yo me casé a los catorce y a tu edad tuve a mi primer hijo.

Alba volvió a escribir en su libreta y la señora leyó otra vez.

–“Creo que en estos tiempos las cosas funcionan de otro modo”… pues sí, se han perdido los valores. Nada se puede hacer con esta mentada generación de cristal. No quieren trabajar, ni tener hijos, y se la pasan quejándose y viviendo con miedo. Pero no se sienta criticada, muchachita, así son las cosas, no es como si lo pudiera evitar. Mejor cuénteme, ¿cómo se siente?, ¿qué tal está su padre?, ¿cómo llevan lo de su madre y su he…?

Alba sintió un malestar en la cabeza. Una leve punzada en el lado izquierdo de su cráneo.

–¿Le ocurre algo malo?

Alba le dio una nota en la que decía: “Me haría sentir mejor un poco de café, no sé si es molestia”.

–Oh, no, no es molestia, lo iré a preparar.

Una vez que la señora se metió en su cocina, las hermanas comenzaron a buscar el ídolo de madera. Gracias a que las puertas de aquella casa eran sabanas desgastadas y agujeradas, no hubo ningún chirrido metálico que alertara a la señora de que una joven se había inmiscuido en sus habitaciones.

Alba encontró la figura de madera en la que aparentemente fue la habitación de uno de los hijos de la señora, pues en las paredes todavía estaban pegados un montón de pegatinas de caricaturas de los años noventa. La figura de madera era de un anciano con un puro entre los labios, sombrero de paja y vestido con ropajes tricolores, era Maximón, divinidad ancestral de personas con ascendencia indígena.

Alba tomó la figura de madera. Pesaba tanto como un garrafón de agua, pero podía cargarlo sin problema. Cuando la joven estaba a punto de salir de la casa, la señora la irrumpió, con las tazas de café en las manos.

Alba giró su mirada hacia la señora. Suspiró y dejó a la figura en el umbral de la salida. Sacó su libreta y escribió en el anverso y reverso de dos hojas que le entregó a doña Esperanza. Tomó nuevamente la figura, y se fue mientras la señora leía su mensaje.

Alba se sinceró en sus notas. Habló de lo que estaba a punto de hacer, y por qué lo hacía. La señora tuvo una crisis nerviosa y llamó a su hijo por teléfono para que la llevara al hospital. El hijo le prometió que pasaría por ella, pero nunca sucedió.

La señora murió esa noche por un paro cardíaco mientras dormía.

–Debemos hacerlo como está en el libro, lo hemos practicado, no debemos fallar, hermanita –dijo Emma mientras tomaba de la mano a Alba.

Las hermanas Llorento observaban el brillo de las primeras estrellas que navegaban entre celajes y crepúsculos. Estaban parada frente a la ventana de la habitación de Alba. Cerraron sus ojos y murmuraron al unísono:

–Muéstrame el camino, guíame a través de la oscuridad y permíteme descender junto a ti –Alba apretó la mano de su hermana para ratificar su plena convicción.

Alba sintió una extraña brisa recorriendo su rostro, un soplido gélido y espectral. Las hermanas giraron en redondo y abrieron sus ojos. El cuarto de Alba se parecía más a las ruinas de un altar de una iglesia abandonada que al dormitorio de una adolescente. La figura de madera de Maximón con un puro entre los labios, sombrero de paja y vestido con ropajes tricolores, las recibió con una mirada penetrante, a pesar de que sus ojos fueron pintados con acrílico barato, tenían una profundidad mística. La figura de madera estaba rodeada por rudas amarillas y geranios rojos, y una ofrenda por cada punto cardinal del círculo de flores: en el oeste, un tarro de miel fermentada; en el norte, dos cadenas de oro; en el este, un recipiente con cerveza casera; en el sur (de cara a las hermanas), un plato lleno de tabaco.

Entre las hermanas Llorento y el muñeco había un círculo de sal en el suelo, en medio de este estaba una baraja de cartas del tarot. Alba tomó una de las veladoras que estaban en el suelo y se acercó a la figura de madera. Encendió el puro de Maximón. Entraron en el círculo de sal. Alba miró a la figura de madera con una mirada de perro regañado al tiempo que se sentó frente a las cartas. “Adelante”, le susurró Emma en el oído.

–Por favor, señor Maximón, ayúdenos con esto…

Maximón es una deidad indígena venerada y temida por su capacidad de conectar el mundo terrenal con el espiritual. Las hermanas necesitaban de su ayuda para atraer (invocar) a un espíritu para que las guie durante el descenso. Las cartas del tarot eran la vía de comunicación entre los mundos,

cada carta que Alba sacase tendría un significado en el lenguaje de la invocación. En el ritual del descenso solo se deben sacar dos cartas.

Alba puso su mano derecha sobre la baraja y preguntó con la voz temblorosa:

–¿Hay alguien aquí?

El diablo. Esa fue la primera carta. En el lenguaje de las invocaciones, si es la primera carta que sale de la baraja, significa que el espíritu confirma su presencia. La conexión se había establecido. Alba sintió una punzada en el estómago. Por fin lo había conseguido. Sin embargo, faltaba una carta. La más importante, la que determinaría si conseguiría por fin la verdad sobre su vida, lo que deseaba con todo su corazón. Emma sacó la segunda carta.

El carro. Esa fue la segunda carta. En el lenguaje de las invocaciones significa que el ente está dispuesto a cumplir lo que se le solicita, en el caso de las hermanas, conducirlas a través de las puertas del más allá.

Las hermanas sintieron una leve agitación en el suelo.

Las hermanas devolvieron las cartas a la baraja. Se levantaron y le hicieron una reverencia a la figura de madera al tiempo que murmuraron al unísono: “Gracias”. Respiraron el humo del puro mientras caminaban hacia el umbral. Un sendero de velas rojas y negras las condujeron hasta las escaleras. Eran diecisiete escalones hacia el piso de abajo. Alba metió la mano en su bolsillo y sacó dos vendas. Le dio una a su hermana y la otra se la amarró en los ojos. Sintió el peso de una mano en el hombro izquierdo y una respiración agonizante soplaba en su nuca.

–¿Lo sientes? –preguntó Alba sin soltar la mano de su hermana.

–Sí. Ya no hay vuelta atrás. El espíritu nos guiará hacia el inframundo.

Alba tenía miedo, pero estaba decidida. Nunca había llegado tan lejos con el ritual y no estuvo del todo convencida de su efectividad hasta que sacaron las cartas correctas. No tenía otra alternativa, era la única manera

para ponerle fin a su tristeza. Las hermanas Llorento bajaron un escalón. Los brazos y espalda de Alba sudaban a chorros y sus piernas se estremecían, pero después de unos minutos se sintió segura para dar el segundo paso, luego el tercero, y así hasta llegar al décimo séptimo escalón. Las piernas de Alba la traicionaron y estuvo a punto de caerse, se tambaleó como si su cuerpo fuese una hoja de papel. Pero su hermana la sostuvo. Alba inspiró hondamente y nuevas fuerzas la hicieron estremecer de gallardía. Dio un paso más. Percibió un leve rechinido, pues estaba sobre otro escalón y no en el suelo. Decimoctavo, decimonoveno, vigésimo. Eran más escalones de los que tenía la escalera de su casa. Las puertas del inframundo se abrieron y las hermanas descendieron para encontrarse con su destino.

Una corriente de viento sopló y Alba tuvo que inclinarse para no caerse. Risas y gritos se escuchaban en la lejanía. Una bandada de pájaros sobrevoló por encima de ella con un aleteo frenético y graznando con locura para mostrar el rechazo que sentían por las intenciones de las Llorento.

Se acabaron los escalones. Finalmente llegaron al suelo. Su guía espectral dirigió sus pasos a través del inframundo.

Una voz masculina detuvo a las hermanas y les preguntó: “¿Qué es lo que quieres?”.

Emma soltó la mano de su hermana. Alba intentó volver a agarrarla, pero la presencia de su hermana desapareció.

–¿Emma? ¡Emma! –Alba estaba al borde las lágrimas.

–Los muertos no hablan, niña –murmuró la voz del hombre desconocido.

–Quiero que las cosas vuelvan a ser como antes… que volvamos a ser una familia. Quiero encontrar a mi madre y que mi her… –Alba sintió una dolorosa punzada en la cabeza.

–¡Ah! Una niña llena de dolor y problemas… ¿estás dispuesta a pagar el precio de una nueva vida?

–Haría cualquier cosa por ella –puntualizó Alba de manera tajante.

El hombre caminó alrededor de Alba. Alba se sintió intimidada por el ruido de las suelas metálicas de las botas del hombre.

–¿Cualquier cosa? –murmuró el hombre.

–Quemaría el mundo entero si fuera necesario.

El hombre comenzó a reír.

–Entonces, no es conmigo con quien debes hablar…–el hombre puso su fría mano sobre el vientre de Alba.

–No sé qué es lo que estoy haciendo… no entiendo nada… me siento tan mal…

–Haz un trato con mi maestro… y tendrás todo lo que deseas.

Alba se retiró la venda de los ojos. Se encontraba en el salón de su casa. Pero todo lucía distinto. Las paredes estaban descoloridas y agrietadas, el piso ennegrecido, los escalones a su espalda, estaban carbonizados. El cielo rugía y el suelo temblaba ligeramente. Un soplido helado erizó todas las fibras sensibles del cuerpo de Alba.

“Es hora de terminar lo que comencé…”, Alba escuchó el susurro de una voz parecida a la de su madre.

El cristal de la puerta corrediza de su patio trasero estaba roto.

“Las puertas se han abierto y nuestros sueños se convirtieron en ceniza”, Alba escuchó el susurro de una voz parecida a la de Emma.

Alba caminó lentamente hacia el umbral de la puerta corrediza.

“Heredaste mi misticismo… y las sombras te escogieron”, la voz de su madre insistía.

Alba giró su mirada hacia la cocina. La mesa estaba rota y la estufa estaba hecha añicos.

“Solía pensar que era especial, estaba harta de la cotidianidad y soñaba con una vida mejor…”, la voz de Emma insistía.

Alba cruzó el umbral. Una nube electrizante bramó. El viento soplaba con locura.

“Mi madre me enseñó los secretos que oculta el mundo, y pensaba usarlos para vivir eternamente, pero no, no era mi destino, ahora, querida hijita, ayúdame a regar las flores de mi jardín infinito”, murmuró la voz de su madre.

Alba miró el jardín de su madre. Sus rosas eran tan rojas como sus cabellos carmesíes. Una pala estaba sembrada en la tierra.

“Lo siento, Alby, pero debes desenterrar nuestro pasado para encontrar la verdad, ahora toma la pala y abraza el dolor que nos hace hermanas”, la voz de su hermana la incitó a cavar en el jardín de su madre.

“Mi dulce niña, junta los pedazos de esta pesadilla y crea un mundo hermoso”, la voz de su madre sonaba como un lamento triste.

Alba tomó la pala mientras un remolino de nubes electrizantes se formaba en el cielo, descubriendo a la luna, la cual proyectó un fulgor de luz carmesí sobre la joven, como si se tratara de un reflector de teatro apuntando a la protagonista de una obra trágica.

“Sumérgete en este río de desesperación, nos encontraremos bajo el mar y construiremos un castillo con nuestros sueños abandonados…”, murmuró la voz de Emma mientras Alba cavaba.

Sus manos temblaban en el frío mango de madera. Sollozaba y sus lágrimas se desintegraban con los fuertes soplidos del viento.

“¡Termina lo que comencé!”, gritó la voz de su madre.

“¡Solo así podremos estar juntas por siempre!”, gritó la voz de Emma.

La pala golpeó algo.

Y el viento sopló fuerte, como si quisiera decirle algo, pero Alba ya no estaba dispuesta a escuchar. Toda su atención se centró en el hueso expuesto, y en los rizos que alguna vez fueron de brillante carmesí, en aquel momento no eran diferentes a los tallos de las rosas muertas. Alba soltó la pala y lanzó gritó amargo. Caminó lentamente hacia atrás. Era el cadáver de su madre.

El suelo se estremeció hasta que la tierra se agrietó.

El vórtice que se había formado alrededor de la luna comenzó a girar rápidamente. La luz de la luna se intensificó. Alba giró en redondo. Un intenso humo espeso salía por las ventanas. Llamas bailaban con una belleza siniestra, desafiando a la oscuridad que las rodeaba. Alba vio a su madre y Emma a través del umbral de la puerta corrediza. Estaban en el interior de la casa, agarradas de la mano y ardiendo entre el fuego, con un semblante impoluto.

La mente de Alba era incapaz de procesar el horror que estaba presenciando. Estaba totalmente congelada. Escuchó una risa. Una risa juguetona, risueña, satisfactoria. Una risa cálida, desbordante y liberadora, como si estuviese despojándose de todas las penas del mundo, como si el horror, el dolor y ocultismo fueran tan divertidos como un elefante manejando un monociclo mientras hace malabares con su trompa. La risa provenía del cadáver.

La analogía del elefante le hizo gracia a Alba. Y mientras más pensaba en eso, más gracioso se le hacía. El murmullo musical que apareció entre sus

labios ascendió hasta convertirse en una carcajada jovial. La risa era contagiosa.

La luz de la luna se intensificó hasta convertir el mundo de Alba en una hoja en blanco.

…

Un copo de nieva cayó sobre el cabello de Alba.

Cuando ella recobró la consciencia, notó que se encontraba sobre una helada y espesa capa de nieve que se extendía en un paisaje. Era tan densa que parecía cubrir todo el ambiente. Los horizontes y caminos desaparecieron. Allá, a donde viera Alba, había nieve. El hielo crujía bajo sus pies, como si estuviera parada en cristal.

A pesar de la densidad de la nieve, Alba no sentía frío. No había una brisa fría que la acariciara, ni una sensación de congelación que la hiciera tiritar. De hecho, no sentía nada en absoluto.

–Tranquila, no estás muerta –dijo una voz suave y melodiosa–. Me dijeron que querías hacer un trato conmigo.

Alba, sobresaltada, giró en redondo.

Se encontró cara a cara con un niño. Su carismática sonrisa insinuaba unos diminutos dientes de conejo. Sus pómulos estaban encendidos en un rosa suave como el matiz de una nube del atardecer. Sus ojos eran azules como el cielo despejado. Sus mechones dorados estaban húmedos, como si hubiera caminado bajo la llovizna. Medía diez centímetros menos que Alba. Tenía las manos en la espalda.

–Conocí a tu abuela. También a tu madre. Ambas tenían tu edad cuando nos vimos por primera vez –el niño caminó alrededor de ella, sin quitarle su tierna mirada de encima–. Eran buenas muchachas –agregó con una risita jovial.

Alba permaneció inmóvil, sin devolverle la mirada.

–Lastimosamente, ninguna de ellas pudo cumplir su parte del trato. Tu abuela me pidió una riqueza que duplicara la de la corona británica. A cambio, le pedí que fundara una iglesia en mi honor. Lo intentó, pero su comunidad la rechazó. La pobre murió a los veintisiete años, empalada en una hoguera.

El niño tomó un poco de nieve. Con sus dedos jugó con el hielo.

–A tu madre le pedí que trajera ante mí a cien personas, y si algún día tenía hijos, tendría que ofrendarme una de sus almas en estado virginal. Fue creativa, bastante ingeniosa. Se casó con un cristiano y se infiltró en su comunidad. Poco a poco fue seduciendo a muchos, usando a los primeros como prueba para convencer a los dudosos. Cumplí pequeñas promesas de riquezas, viajes y banalidades sexuales a cambio de poder sobre sus almas cuando mueran –el niño estrujó el pedazo de hielo, y agregó, con un tono más serio–: Pero no pudo ofrendarme un alma virginal. ¡Hizo lo contrario! Me dio a la más sucia de sus hijas. ¡Una furcia!... Tu madre quería vida eterna. Y murió en el intento.

Alba recordó la vez que estuvo enferma, al borde de la muerte. Su madre hizo de todo para curarla. Entendió que no fue por un destello de amor repentino, sino, que debía cuidar su tributo.

–Tu madre lo intentó de nuevo –el niño se relajó y volvió a su tono jovial–. Contigo. Pero fracasó durante el ritual.

El niño se detuvo frente a Alba y la miró fijamente. Agregó con la más bella de las sonrisas:

–Y tú terminaste embarazada.

Alba se llevó las manos al vientre. Sus piernas temblaban y su mirada estaba difusa.

–No lo parece, pero así es. Estás embarazada.

Alba bajó la mirada, apretó sus labios con fuerza y movió lentamente la cabeza de lado a lado.

–No te pongas así, niña, no todo está perdido. Al contrario, ¡tienes una oportunidad maravillosa!

Alba levantó la mirada.

El niño se acercó a ella.

–Puedo meter el alma de tu hermana en el ser que se está formando dentro de ti. ¿Eso te gustaría?

Alba apretó las manos y entre abrió los labios, dejando salir un leve gemido. Estaba sorprendida.

–Emma, tu hermana, volvería a nacer. Su alma no me sirve de nada, podría dártela.

Alba asintió.

–Pero a cambio necesito que hagas algo por mí –el niño se dio la vuelta y se alejó de Alba–. Actualmente hay tensiones en mi reino. Se duda de mi mandato y ha habido numerosas insurrecciones. Al parecer, las personas del mundo terrenal están dejando de creer en mí. Cada día hay más iglesias, cada noche se hostiga más a mis seguidores terrenales. Han intentado derrocarme. No puedo permitir que esto siga así. Debo volver a lo grande, ¡Debo demostrarle a mi reino y al mundo entero que sigo siendo el rey! Uno de los lugares en donde hay más iglesias cristianas es “La Tierra de Dios”. Sé que conoces ese lugar. Debes ir e invocar a Baal, Astaroth y Leviatán, mis hermanos. Las instrucciones están en el libro de tu madre, ese que tienes bajo tu cama. Ellos te ayudarán a meter el alma de tu hermana en el bebé que está por nacer, y también propiciarán el final de la Tierra de Dios. Le daré vida a tu hermana a cambio de la destrucción de ese asqueroso lugar. Estas son las condiciones de nuestro pacto. ¿Qué piensas?

Alba asintió.

El niño volvió a acercarse hacia ella.

–Entonces, tenemos un trato –el niño estiró su mano derecha.

Alba intentó darle la mano, pero él cerró el puño.

–Algo que debes de saber es que, como dije, existen rebeldes en mi reino. Y es probable que intenten detenerte. Tendrás que defenderte tú sola de estos demonios. ¿Puedes?

Alba asintió.

–Alba Lorena Llorento Acevedo… –el niño tomó la mano de Alba–. ¡Tenemos un trato!

Mientras sostenía la mano del niño, Alba experimentó un profundo mareo.

–Hacer un trato conmigo no es poca cosa. Tu mente sufrirá un poco, pero qué más da, ¡si ya estás loca de todas formas! –el cuerpo del niño comenzó a disolverse, como si el paisaje se lo estuviera tragando–. Los fragmentos de los recuerdos de todo lo que has amado y odiado crearán escenarios falsos. Pero si lo superas y logras llegar hasta tu objetivo, tu deseo se cumplirá. ¡Suerte, Alba!

QUINTA PARTE:

LAS RUINAS DE UN SUEÑO

67

Alba despertó en un pasillo con una sucesión interminable de puertas cerradas y paredes desconchadas. Una luz amarillenta iluminaba su rostro débilmente.

–Ha terminado, Alba, ahora podemos ser libres –dijo Aurora mientras cargaba a la durmiente Solvita–. Tu pacto ha terminado. Y puedo liberarte

de las consecuencias. Puedo salvar a esta ciudad del error que cometiste.

Alba se sentó débilmente. Cada fibra sensible de su cuerpo vibraba. Le dolía la cabeza. Pero recordaba.

Recordaba el motivo de su odisea.

Emma.

Allí estaba, la reencarnación de su dulce hermana, en los brazos escuálidos de Aurora.

–Me llevaré a Solvita. Cuando despiertes, habrás olvidado todo, incluso tu promesa. Podrás comenzar desde cero, sin dolor, lo que tanto anhelabas.

Algo extraño sucedió con las puertas del pasillo. Parecían moverse, como si alguien o algo estuviera insistiendo en abrirlas desde el otro lado.

Alba negó con la cabeza lentamente. Su cabello le cubría el rostro. No estaba dispuesta a renunciar al amor por su hermana.

Aurora miró a las puertas con intranquilidad, su presencia parecía tener poca influencia en aquel lugar.

–Por favor, tranquilízate. Todo estará bien.

Alba intentó incorporarse, pero no pudo. La luz amarillenta del bombillo tintineó al tiempo que ella se desplomó en el suelo.

“Eres la última habitante del vecindario que vive en mi cabeza”, pensó Alba, y Aurora lo escuchó como si hubiera hablado, “Y tu ruido me molesta mucho”.

–Soy la que pone el orden aquí. Yo cuido de ti. Lo he hecho siempre. He tratado de apaciguar tu dolor. Cerré todas las puertas de tus recuerdos, pero Alba, insistes mucho en perseguir este sueño, viste por el borde de las puertas, y poco a poco fuiste abriéndolas, y dejaste que tu imaginación interpretara tu pasado a su antojo. ¡Estás enfermándote, Alba! ¡Esto

destruirá tu mente! Te ofrezco terminar con todo este caos, reiniciar el sistema, volver a comenzar… ya no quiero que sigas sufriendo. Por eso tengo que llevármela. Juntas nos desvaneceremos en el mar de tu consciencia. Y el anticristo será anulado.

Alba comenzó a arrastrarse hacia Aurora. No parecía de acuerdo con lo que ella decía.

–Lo lamento, Alba, en serio… perdóname –Aurora desapareció en la oscuridad del pasillo.

Alba sollozó desconsoladamente, apoyando su cara sobre el suelo. Sus hombros temblaban con cada gemido que salía de su boca.

Pero un escalofrío la recorrió de pies a cabeza y sintió la presencia de algo más allá de su comprensión.

“¡Imperios han sido arrasados por mis llamas, pero hoy me rindo ante este implacable amor!”, rugió un eco omnipresente, parecido a la voz de un hombre.

“¡Soy capaz de hacer temblar el mundo entero con una ráfaga de mi aliento, pero hoy mi corazón se estremece por esta muchacha!”, rugió un eco omnipresente, parecido a la voz de una mujer.

“¡Durante siglos he visto el terror en millones de navegantes, pero ningún dolor se asemeja al que hoy tengo frente a mí!”, rugió un eco omnipresente, parecido a la voz de un anciano.

Baal, demonio del fuego.

Astaroth, demonio del viento.

Leviatán, demonio de los mares.

Invocados por Alba para crear el puente entre el infierno y la tierra, se aparecen frente a ella, acercándola a un plano dimensional conformado por

una extensión infinita de luces y sombras, sin paredes ni suelo, solo una sensación de flotar en el aire, como si estuviera en un sueño. La luz es brillante, y crea una sensación de pureza y claridad.

Los tres demonios se alzan entre la neblina, sus proporciones titánicas y su belleza gótica hacen que Alba se sienta intimidada.

“Alba…”, murmuran los tres al unísono, “has perdido tu deseo y tus sueños se han roto”.

Alba levantó la mirada.

“Me conmueves, niña, me pregunto cómo puede caber tanto amor en toda esa maldad”, dijo Astaroth mientras extendía sus alas.

“Pero además de tus sueños, también has roto el espacio liminal que nos encadenaba a las sombras y la etereidad, ¡somos libres gracias a ti!”, rugió la voz de Leviatán.

“Te ayudaremos, Alba, a descender a lo más profundo de tu consciencia, a las ruinas de tus sueños”, dijo Baal.

“¡Recupera a la nacida del deseo!”, gritó Astaroth.

“Un mundo hermoso te espera, no tengas miedo y despierta”, dijo Leviatán.

“Despierta… despierta, Alba”.

68

“Despierta, despierta, despierta…”.

Alba abrió los ojos. Una estela de luz la recibió. A lo lejos se escuchaba el rumor de una orquesta de vehículos. Ella observó con extrañeza su entorno. Estaba en una habitación. Los muebles eran elegantes, pero austeros, y no había nada familiar en ninguna parte. Una fotografía, un libro, un adorno, cualquier cosa que pudiera ayudarla a recordar dónde estaba o qué hacía

allí. Alba se levantó, intentando recordar el sueño que había tenido, las voces divinas que decían su nombre. La recibió una suave alfombra. Se acercó a la ventana. Fuera, la ciudad se extendía hasta donde alcanzaba la vista, con sus rascacielos y su tráfico incesante.

Alba se preguntó si había viajado y se hospedó en un hotel o algo por el estilo.

Alguien llamó a la puerta.

Alba se detuvo ante la puerta, indecisa si abrirla o no. Finalmente, por la insistencia y con un nudo en la garganta, giró el pomo.

–¡Buenos días, señora! Ya preparé su café y también le traje sus rollos de canela –era una joven, considerablemente más baja. Sus rasgos fasciales se le hicieron extrañamente familiares. Traía puesto un overol y su sonrisa era encantadora.

–Señora… ¿está enferma? –prosiguió la joven. Hizo una mueca de sorpresa. Estiró la palma de su mano hacia la frente de Alba–, tiene un poco de fiebre, le traeré una pastilla –la jovencita se alejó del umbral.

Estaba en un apartamento. Alba se encontró en un pasillo, las paredes eran blancas y estaban decoradas con algunas pinturas abstractas. A su izquierda había una ventana con cortinas negras que impedían el paso de la luz exterior. No había nada que ella reconociera.

–Espero que se mejore pronto, señora, además, no parece tan grave –dijo la jovencita desde la lejanía–, hoy la ascienden en su trabajo, ¿verdad? ¡felicidades! No puede faltar. No se preocupe por la niña, la cuidaré como siempre, está dormida, seguramente cuando usted regrese ella siga durmiendo. ¡Le encanta el mundo de los sueños!

Alba atravesó el pasillo.

Una puerta llamó su atención, tenía pegatinas de mariposas y estrellas. Alba la abrió. Era la habitación de una bebé. Había juguetes y peluches en el

suelo. También una alfombra recreativa con círculos de colores. Sobre una cuna, una campanita giratoria que emitía sonidos suaves y relajantes.

Alba se acercó a la cuna y vio a Solvita. Dormía plácidamente, envuelta en una suave sabana de seda. Alba acarició el rostro de la bebé. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

–Señora, la va a despertar –dijo Aurora, alarmada–, tenga, tome su medicina. Beba un poco de café y vaya a su trabajo. Solvita estará bien conmigo –con un tono de resignación, como si pudiera leer las emociones de Alba, Aurora agregó–: Nos quedaremos en este lugar… la bebé no sufrirá ningún daño, lo prometo… señora… este lugar es perfecto para ella. Podremos jugar, escuchar música y ser felices. Todos estaremos bien. Ahora salga de aquí, por favor.

Alba tomó a Solvita.

–¡Señora, por favor, no haga esto más difícil! Mi trabajo es cuidar a la bebé, el de usted es salir de aquí.

Alba salió de la habitación.

–Por favor, no…

Alba fue hasta la salida, y mientras giraba el pomo, Aurora agregó en un tono serio y grave:

–No quiero hacerte daño, Alba.

La bebé desapareció del brazo de Alba. Ella giró rápidamente hacia Aurora. La bebé estaba con ella.

–Lárgate, Alba –Aurora caminó lentamente hacia el pasillo, este se había vuelto tan oscuro como una caverna– desiste de una vez.

Alba sintió que su cuerpo era empujado hacia atrás, la puerta se abrió a su espalda. La travesó en contra de su voluntad.

69

La música golpeaba sus oídos con fuerza, las luces de neón parpadeaban a su alrededor. El ambiente estaba lleno de energía, el suelo vibraba por la intensidad de las bocinas.

Alba volvió la vista hacia atrás, cruzó la puerta rápidamente para enfrentarse a Aurora, pero dicha puerta la condujo a un baño. El lugar estaba lleno de humo, con paredes cubiertas de grafiti y espejos agrietados. El sonido de la música se filtraba por debajo de la puerta. Los lavabos y las paredes estaban cubiertos de mensajes extraños: “Lárgate, aléjate, vete, fuera de aquí, márchate, desaparece, abandona este lugar, retírate ya mismo”.

Alba se miró en el espejo agrietado. Traía un vestido corto de glitter y unos tacones altos. Su conjunto era negro como la noche. Cayó en cuenta de que se encontraba en una discoteca.

No, no era una discoteca.

Era un sueño.

El apartamento en el que estuvo un minuto antes también era parte de un sueño. Aurora trató de engañarla.

Emma…

Alba salió del baño. Se abrió paso a través de la multitud en la discoteca, sintiéndose incomoda en medio de un océano de cuerpos sudorosos y luces brillantes. Los movimientos frenéticos de los bailarines hacían que el aire vibrara con la música estridente que sonaba en la pista de baile. La multitud se movía en todas direcciones, y Alba tuvo que esquivar cuerpos y las miradas codiciosas de algunos hombres y mujeres. A medida que avanzaba, el calor y la humedad aumentaban, y las luces de colores hacían que sus ojos se sintieran pesados. Alba notó que los demás comenzaban a prestarle atención, manteniendo su vista fija en ella.

La música dejó de sonar. Las luces de los reflectores se centraron en Alba. Ella estaba en las inmediaciones de la pista de baile. La gente hizo un circulo alrededor de ella, sin quitarle la mirada.

–Ellos saben que no perteneces a este lugar –exclamó Aurora, desde un barandal de la planta superior–. Este es mi mundo, Alba, aquí jugaremos con mis reglas. Puedo hacer esto durante toda la eternidad –Aurora se alejó del barandal.

Alba caminó entre sus silenciosos acosadores. Subió las escaleras. Vio a Aurora cruzar una puerta corrediza. Se quitó los tacones y corrió hacia la oscuridad del umbral.

70

La doctora y la enfermera trabajaban juntas, concentradas en la tarea que tenían delante de ellas: asistir un parto. La madre jadeaba y gritaba de dolor, su cuerpo se retorcía en el sudoroso colchón de la sala de partos. La habitación estaba llena de luces brillantes y el sonido constante de los monitores del ritmo cardíaco. La madre tenía un trapo húmedo en el rostro.

La doctora, con los guantes puestos, comprobó el progreso del parto y se inclinó hacia la enfermera. “Está aquí”, le dijo con voz firme.

–Vamos, respire hondo, lo está haciendo muy bien –dijo en un tono tranquilizador dirigiéndose a la madre.

La madre empujó con fuerza, y la doctora con sus manos expertas, recibió a la silenciosa bebé. Rompió el cordón umbilical. Limpió su rostro y se aseguró de que respirara correctamente.

–Solvita… eres tan hermosa –aseguró la doctora.

La madre se desplomó en el colchón. Sufrió un desmayo.

La enfermera trató de cubrir a la bebé, pero la doctora, recelosa, le ordenó que se alejara.

–¡Ya basta, Alba! –la doctora salió de la habitación.

Alba miró sus manos. Sus guantes estaban llenos de sangre. Examinó su ropa, traía puesto un uniforme suave de color turquesa. Miró a la madre. Estaba muerta.

Cayó en cuenta de que había saltado a otro sueño.

Alba escuchó gritos y pasos frenéticos provenientes de la sala contigua.

La sala de espera estaba llena de gente preocupada, que aguardaba ansiosamente a la espera de noticias sobre sus seres queridos que estaban siendo atendidos. La mayoría de ellos se aferraban a sus teléfonos, intentaban llamar a sus familiares, pero las líneas estaban colapsadas. Algunos lloraban en silencio, mientras que otros rezaban.

Las luces del lugar se apagaban y encendían. El suelo vibraba. Se escuchó un fuerte estruendo en las afueras. La gente se asomó a las ventanas y se quedaron sin aliento. El pánico se apoderó de la sala y la gente empezó a correr en todas direcciones, buscando desesperadamente una salida.

Alba vio a Aurora entre la multitud. Ella entró en una habitación.

El hospital se convirtió en un caos total. Los pacientes más graves fueron trasladados en camillas a plantas superiores, mientras que los más capaces ayudaban a mover a los demás. El personal médico trabajaba desesperadamente para mantener a todos a salvo.

Alba caminó entre el alboroto. Encontró la puerta que cruzó Aurora.

–Oh, Alba… mira lo que has hecho –Aurora ya no parecía una doctora. Traía su overol y su tamaño nuevamente era el de una niña. Lo mismo sucedió con Alba.

Se encontraban en la habitación en la que Jonathan se debatía entre la vida y la muerte.

–Las personas de esta ciudad no merecen morir, Alba. Él morirá si persistes. No vale la pena, por favor, ¡entra en razón! No seas egoísta. Solvita y yo estaremos bien. Viviremos en un sueño y podrás visitarnos cuando quieras. Deja esta tonta lucha y vete, por favor –Aurora parecía desesperada–. Vete con él. Váyanse de la ciudad, y creen un mundo hermoso juntos. ¿No era eso lo que tanto deseabas?

Alba apretó sus dientes y miró fijamente a Jonathan. Una lagrima recorrió su pómulo. Realmente lo quería.

–Por favor… Alba… no sigas con esto… –Aurora cruzó la puerta del baño.

Un sismo hizo que todo se tambalease en la habitación. La luz se fue. Los aparatos que mantenían con vida a Jonathan se apagaron. Su respiración se agitó.

Alba miró por la ventana, una enorme masa de agua se acercaba, era un tsunami, y arrastraba todo a su paso, como si el mundo estuviera a punto de acabar: los árboles eran arrancados de raíz, los vehículos eran arrastrados como si fueran juguetes y las casas eran engullidas en un abrir y cerrar de ojos.

Alba besó la frente de Jonathan al mismo tiempo que la ola golpeó la ventana.

71

Alba despertó en el pupitre de un aula vacía y en penumbra. Era de noche. Un poco de la luz de la cancha de la escuela entraba por la ventana. Lloviznaba y hacía mucho frío. Ella no recordaba cómo había llegado allí y todo parecía borroso.

Alba se sobresaltó cuando un proyector se encendió de la nada, apuntando hacia el pizarrón. Ella frotó sus ojos para aclarar su vista. Se puso de pie y caminó hacia el proyector. Un escalofrío recorrió su espalda cuando se dio cuenta que las diapositivas sucedían una tras otra, mostrando imágenes de

su propio pasado, extrañas, como si pertenecieran a otra vida. La llenó de nostalgia ver fotografías de ella junto a sus amigos en campamentos y en salidas al centro comercial.

–Eras feliz, Alba –dijo Aurora desde el otro lado de la ventana–. Tus amigos te amaban y tú a ellos. Olvidaste su amor, olvidaste todo lo bueno que alguna vez tuviste y te centraste en tu tristeza.

Alba se sorprendió al recordar cuántas cosas había logrado en su vida. Recordó los momentos en los que había sacado las mejores notas en la escuela, los elogios que había recibido por sus trabajos en el equipo y las veces en que había ayudado a sus amigos.

–Ese es el mundo hermoso que anhelas –insistió Aurora–, eras una muchacha virtuosa, reservada y elegante. Tu cabello siempre estaba perfectamente peinado, tu ropa combinaba con las estrellas y tu sonrisa hacía que la belleza de cualquier otra persona se sintiera inferior en tu presencia.

Se proyectaron fotografías en las que se veía a Alba dibujando en su habitación, también los reconocimientos que recibió por haber participado en obras de teatro escolares.

–Tenías el mundo bajo tus pies. Había dolor, sí, pero podías superarlo, Alba, ¡tú siempre pudiste con todo! Esta es una lucha contra ti misma, ¡debes superarte! Eres mejor que esto, Alba, lo sé porque he vivido en tu corazón durante mucho tiempo y he visto lo buena que puedes ser.

La proyección se detuvo de golpe. Aurora desapareció. Solo se percibía el murmullo del viento y la llovizna.

Alba estaba aturdida y asustada. El salón parecía estar cerrándose sobre ella. Fue al corredor. El frío le penetraba hasta los huesos, pero la sensación era extrañamente reconfortante, como si la escuela estuviera intentando arroparla en su frío abrazo.

La cancha estaba bañada en una tenue luz que apenas lograba iluminar el área. Los postes de luz parpadeaban como luciérnagas inquietas.

El lugar estaba vacío, como si hubiera sido abandonado hace mucho tiempo. Alba pensó en todos los momentos felices que pasó en su escuela. Ella cerró los ojos y por un momento pudo percibir las risotadas de sus amigos, el bullicio de las conversaciones y el ruido de los pasos agitados de sus compañeros.

De repente, un sonido la sacó de sus cavilaciones. Un suave zumbido. Se volvió y vio una puerta que antes no había notado. Era la oficina del director. Alba tuvo la sensación de que debía abrirla. Respiró profundamente y se adentró en lo desconocido, dejando atrás todo lo que alguna vez amó.

72

Una explosión de luz cegó a Alba. Era un rayo. Ella trató de ponerse en pie. Se tambaleó bajo el torrente de agua que caía sobre ella. Su cabello estaba pegado a su cara y la ropa pegada a su cuerpo. Comenzó a temblar de frío. Trató de cubrirse con los brazos, pero estaba demasiado mojada para sentirse cómoda.

Alba pudo notar su entorno gracias a las constantes explosiones de luz causadas por los rayos estruendosos. Se encontraba en un cementerio.

–¡Basta de idioteces, Alba! –rugió la furiosa voz de Aurora, proveniente desde ninguna parte. Su voz producía un eco espectral– ¡Márchate ya mismo! ¡Te lo ordeno!

Alba avanzó con paso firme y decidido entre las lápidas del cementerio, bajo la lluvia que caía con fuerza.

Las lápidas rotas e inclinadas estaban cubiertas de musgo, alargando sus sombras como si quisieran abrazar a Alba. Los árboles que rodeaban el cementerio parecían retorcerse hacia el cielo oscuro, como si quisieran

liberarse de su propia existencia. La lluvia hacía resbalar el agua por las lápidas y las flores que adornaban algunas tumbas estaban marchitadas.

–¡Esto va en contra del orden natural de la vida! –rugió Aurora–. ¡Deja a los muertos en paz!

Pero Alba siguió avanzando entre la hierba alta.

Estaba cerca.

La sentía.

Emma.

Alba caminaba con cuidado entre las tumbas, leyendo los nombres en las lápidas. La lluvia y el viento dificultaban su tarea, pero ella no se detenía. Avanzaba con determinación, con la mirada fija en su objetivo.

“Emma Solvita Llorento Acevedo”, rezaba la lápida que se alzaba ante ella.

Alba cayó de rodillas.

Insertó sus uñas en la tierra, y cavó. Cavó hasta que sus dedos tocaron el ataúd de madera.

–Por favor… ¡Nooo! –gritó Aurora.

Alba abrió el ataúd.

Y una extraña luz iluminó su mirada.

73

–¡No, Alba, no permitiré que te acerques a ella! –gritó Aurora, mientras corría en los peldaños de la escalera espiral de la torre. Tenía a Solvita entre sus brazos.

Alba la perseguía.

Las diminutas ventanas que se abrían a lo largo del ascenso expulsaban luces y sombras, y el sonido del viento que soplaba se hacía cada vez más fuerte y amenazador.

Aquella era la torre en la que se encontró con su hermana cuando llegó a la ciudad.

Aurora entró en el campanario.

Un fuerte temblor sacudió la torre. Los peldaños comenzaron a caer uno tras otro, haciendo que Alba se tambaleara en el aire. Sin embargo, no se detuvo, seguía subiendo, tratando desesperadamente de alcanzar la cima de la torre, saltando en los pedazos de peldaños que caían.

Alba alcanzó a Aurora en el campanario. La luz que entraba por los ventanales era intensa.

La campana se mecía, pero no lo suficiente para sonar.

Aurora trataba de alejarse de Alba, dando vueltas en el suelo de madera. Alba soltó el badajo y se sujetó de la cuerda, cruzó al otro lado del campanario, bloqueando el paso de Aurora. Hizo sonar la campana. El ruido estridente hizo que la niña se aturdiera. Estaba agotada.

Aurora cayó de rodillas.

Alba le quitó a la bebé de los brazos.

La luz ascendía por los escalones, consumiéndolos, como si la torre se estuviera disolviendo en la nada.

–Eres un monstruo… Alba… –dijo Aurora con una voz tan frágil como una melodía melancólica–, el pacto se ha concretado… ahora el fin del mundo es una promesa… tu mente está envenenada… todo es mentira… incluso tu amor… eras tú, y no Solvita… tú… Alba… eres tú el anticristo.

La luz consumió el suelo y a Aurora.

Y Alba rio.

Rio mientras la luz devoraba los últimos fragmentos de su tristeza.

Y solo quedó luz, risas y campanadas…

SEXTA PARTE:

ALBA

74

A Alba le ardía el cuello. Le punzaba la herida en su mano. Aun así, recorría los escalones de dos en dos con paso férreo. Solvita dormía en sus brazos, a pesar de que la cueva se estremecía, apunto del colapso.

Cuando Alba salió, contempló como el cielo se llenaba de pájaros revoloteando entre el brillo carmesí de la luna. El sismo había afectado a todo el bosque. Mientras Alba bajaba la ladera, percibió el reflejo de una extraña luz. Al girar su mirada vio como el árbol ardía en llamas. Sus ramas se calcinaban en la danza de un fuego infernal y sus hojas se desintegraron como se esfuman las pesadillas al despertar.

Alba ahogó un grito y se sobresaltó al sentir un suave roce entre sus piernas. Era Lourdes, frotándose en ella y ronroneando.

La gata maulló tiernamente y se alejó. Antes de internarse en la arboleada, volvió su mirada hacia atrás, incitando a Alba para que la siguiese.

La mirada de Alba osciló entre la bebé en sus brazos y la gata.

“Todo terminó”, pensó. Suspiró, como si se hubiera quitado un enorme peso de encima.

Pero no era verdad.

75

Una alarma resonó en la distancia. Era un ruido estridente e inquietante que cortaba el aire, como un grito de desesperación. Minutos después, el ruido de motores y sirenas de bomberos respondieron desde el oeste. Alba divisaba la luz del alumbrado público a un kilómetro de distancia, estaban a nada de salir del bosque.

Las luces de los postes se distorsionaban en la bruma. Al otro lado de la calle se distinguía una hilera de condominios. Lourdes corrió hacia el este hasta disolverse entre sombras, luces y neblina. Alba estaba agotada, por lo que caminó en la grama, a la orilla de la carretera. A lo lejos, los sonidos del caos se mezclaban en una especie de sinfonía fúnebre.

El rugido de un motor alertó a Alba. Los faros del automóvil se acercaron rápidamente e iluminaron la espalda de la joven. Ella consideró la idea volver a internarse en el bosque, o cruzar la calle para perderse en la neblina, pero ciertamente necesitaba un poco de ayuda, a fin de cuentas, aquella era una ciudad desconocida y más le valía cuidarse de los enigmas de la noche.

–Niña, es muy tarde para andar en la calle, además, la alarma de incendios está activa, ¿no la escuchas? Este lugar es peli… –Era un policía, se estacionó al lado de Alba y le habló a través de la ventana, sin embargo, al ver a Solvita, cambió su tono amistoso por uno cauteloso– ¿Trae un bebé con usted? ¿Es su hija, hermana…?

Alba lo miró fijamente.

El policía se bajó de su vehículo y con linterna en mano se acercó a Alba.

–¿Y qué están haciendo?

El policía alumbró el rostro de Alba. Ella hizo una mueca de molestia.

–Dios mío… Esa herida que tiene en su cuello debe ser tratada de inmediato. Se le puede infectar.

Alba bajó la mirada.

–La llevaré a la subestación. Tenemos enfermeras. Además, tendrá que declarar.

Alba pensó que, recibir atención medica no sería mala idea. Podría escaparse después.

–Esta ciudad está fuera de control… –el policía metió un brazo por la ventana del copiloto y abrió la caja. Sacó un botiquín. Abrió la puerta–. Por favor, acérquese, voy a limpiar su herida para evitar mayores complicaciones.

Alba se acercó. Dejó a Solvita acostada en el asiento del copiloto.

El policía untó agua oxigenada en un pedazo de algodón y con delicadeza frotó alrededor de la herida de Alba. Ella chilló, pero él logró calmarla. Le aplicó un spray de anestesia.

El policía le puso una gaza y una cinta alrededor del cuello para que estuviese más cómoda–. ¿Y eso en su mano? ¿puedo revisarlo?

Alba alzó su palma temblorosa y lastimada. El policía deshizo el nudo del trapo que usó Alba para cubrirse la herida.

–¡Madre santa! –exclamó al ver la profundidad de la herida y el coagulo negruzco de sangre que se le había formado. El policía se secó el sudor de la frente con su hombro–. ¿Acaso le dispararon en la mano?

El policía hizo lo mejor que pudo para limpiar la herida, pero esta seguía punzante y el sangrado manchó su uniforme. La cubrió con una gaza y la envolvió con un adhesivo.

76

El auto se desplazaba sobre el asfalto frío. Una sensación abrumadora y electrizante recorrió la espalda de Alba, pero encontró consuelo acariciando

la carita de Solvita. A diez minutos de recorrido en silencio, Alba comenzó a sentir el efecto de la anestesia. Prácticamente no sentía ningún dolor. Se sentía segura. Solvita dormía en su regazo.

El policía abrió la guantera y sacó una barra de granos de cereal y chocolate blanco. Rompió el empaque con sus dientes y se lo ofreció a Alba.

–Ha de tener mucha hambre, me imagino.

En ese instante Alba sintió una punzada fuerte en el estómago. Agradeció la barra de cereales y la devoró en menos de un minuto.

Alba notó que en el portavasos había un lapicero negro. Una idea fugaz tránsito por su mente y se convirtió en un impulso nostálgico que no pudo frenar. Alba lo tomó y dibujó bajo su muñeca izquierda un punto y coma, igual al que tenía Jonathan. Si bien esa tinta se borraría, se prometió a sí misma dibujarlo cada vez que pudiera hasta que tuviese las posibilidades de plasmarlo como un tatuaje.

–¿Qué haces? –inquirió el policía.

Alba devolvió el lapicero al portavasos.

–¿Cómo te llamas, jovencita?

Alba negó con la cabeza. El hombre entendió que ella no le diría nada.

El ruido del incendio se intensificaba. Una cisterna los rebasó a todo gas. Alba miró hacia el bosque y distinguió un aura naranja danzando en la lejanía.

–Tu declaración será muy importante, niña. Dependiendo qué tanto sepa sobre el incendio, puede que nos conduzca a un punto final. Mucha gente estaría agradecida.

Alba sintió un ligero movimiento. Quizá el auto había pasado encima de una piedra de tamaño considerable. Otra vez sucedió, pero con un poco más

de intensidad. Temblaba, no era cosa del automóvil. Alba miró en el espejo retrovisor a sabiendas que se encontraría con algo que no quería ver. Las luces que flotaban en la lejana bruma eran eclipsadas por una sombra que aparecía y desaparecía.

Alba dirigió una mirada alarmada al policía al tiempo que agitaba el hombro de él.

–¿Qué pa…?

Una violenta agitación interrumpió el cuestionamiento del policía. Un par de sombras tan anchas como un poste y con una altura inmedible pues se perdían en la espesura del cielo oscuro, los perseguía.

Sus manos temblaron sobre las manitas de Solvita.

El Trotamundos lanzó una patada que estuvo a nada de golpear el automóvil. La envestida arrasó con varios cables de los postes de luz. Una explosión eléctrica cegó a Alba y al policía durante unos segundos. Las luces del alumbrado público se apagaron hasta el kilómetro y medio de distancia.

–¡Qué es esa mierda! –el policía golpeó el volante. Su corazón latía con fuerza y su respiración era rápida y agitada. Siente mareos, le sudan los dedos y se orinó de manera involuntaria. Experimentaba la sensación de miedo más violenta de toda su vida.

El Trotamundos dio un pisotón al lado del automóvil. El vehículo se despegó unos centímetros del suelo, el policía se dio un fuerte golpe en el techo del auto. Su pie estaba hundido en el acelerador. Alba cerró sus ojos como queriendo desaparecer de aquel lugar. Se aferró a Solvita con sus brazos y piernas.

El policía se persignó y gritó versos bíblicos, como queriendo que el ser oscuro lo escuchara, pensando en su desesperación que eso lo detendría.

Estuvo a punto de chocar con la pata del Trotamundos, sino fuera por la agudeza que despertó la adrenalina en su cuerpo, pues abría colisionado de frente. Sin embargo, no fue una evasión limpia, pues la puerta del piloto sufrió daños, le arrancó toda la pintura y la ventana y el retrovisor estallaron.

Llegaron a la ciudad, se desvió de la avenida principal y se internó en el oscuro barrio de la calle veintiuno, en una zona pantanosa rodeada por zanjas abiertas.

El Trotamundos introdujo con fuerza su pata en un suampo, provocando una lluvia de aguas negras que empañaron la ventana del automóvil. El Trotamundos logró encestarle un golpe certero al vehículo, abollando la cajuela y haciendo estallar la llanta trasera izquierda.

Alba abrió los ojos. El mundo daba vueltas.

77

“Se recomienda a todas las personas en el área que busquen refugio inmediato”. “Los vientos se han intensificado y un… se acerca rápidamente a la ciudad”.

El viento aullaba. Alba estaba aturdida. Un pitido estridente hacía ruido desde la lejanía, era una alerta que al mismo tiempo emitía un mensaje de evacuación.

“Por favor, diríjase a la estación de tren lo antes posible”, “Los vagones están siendo preparados para evacuar a los residentes a zonas más seguras”.

Alba intentó moverse, pero algo la restringía. Sintió el calor de Solvita en sus brazos y eso la tranquilizó. Alba abrió los ojos y parpadeó varias veces para enfocar su vista.

“Recomendamos que traigan solo lo esencial y se alejen de las ventanas y las áreas abiertas”. “Por favor, sigan las instrucciones del personal de seguridad y permanezcan en calma”.

Alba miró a su alrededor y se encontró en el asiento delantero del carro de policía, con las bolsas de seguridad activadas. Miró a través de la ventana y vio una calle borrosa y un paisaje que no reconocía. La joven estaba asustada y confundida, intentó abrir la puerta del automóvil, pero estaba bloqueada. Trató de comprender su situación. De repente, su mente se aceleró y recordó haber estado involucrada en un accidente de tráfico. Sí. El Trotamundos los seguía y golpeó el vehículo con su larga pata. Enfocó sus sentidos en su cuerpo en busca de lesiones y se encontró ilesa. Ella y Solvita estaban bien. Intentó buscar al policía con una mano, pero las bolsas se lo impidieron.

Alba respiró profundamente tratando de mantener la calma mientras buscaba una manera de salir. Escuchó una voz proveniente del walkie-talkie del policía, era uno de sus compañeros que preguntaba si se encontraba bien. La voz de su compañero estaba distorsionada y en el fondo se escuchaba una ventisca aterradora.

“Es un maldito tor…”, dijo el compañero a través del comunicador, “Está ganando fuerza y se dirige hacia el centro de la ciudad, es una puta locura, esto nunca antes había sucedido”, “No tengo la ubicación exacta, pero puedes verlo desde cualquier parte”, “Además, no deja de temblar y hace unos minutos recibimos una advertencia del servicio meteorológico sobre una amenaza de tsunami”, “En este momento están evacuando a todo el mundo”, “Oh, mi abuelo me hablaba todo el tiempo sobre este día, ¡la humanidad será juzgada!”, “Me iré a casa con mi esposa, hemos vivido una vida tranquila bajo los pies de nuestro señor Jesucristo, no le debemos nada a nadie, si me estás escuchando, te aconsejo que hagas lo mismo, no podemos hacer nada para evitar la voluntad de Dios”, “Cuídate, amigo, fue un placer”.

Alba se liberó del cinturón de seguridad y salió del vehículo. Sus piernas la traicionaron, cayó de rodillas y casi suelta a Solvita, pero logró recuperar la estabilidad y se apoyó en techo del abollado automóvil. Las ventanas estaban rotas y el interior del carro estaba desordenado, con objetos esparcidos en todas partes. El vehículo se encontraba en la banqueta de un barrio solitario. Alba bajó la mirada hacia Solvita, dormía profundamente,

ignorando el desastre que se formó a su alrededor. Alba se tapó un oído con su mano libre. El ruido del viento combinado con la alarma estridente la incomodaba. Fue a la puerta del conductor. El policía estaba inconsciente. Alba dejó a Solvita en la grama y sacó al policía de su asiento. Lo arrastró hacia la banqueta. Seguía vivo, aunque estaba herido. En la comisura de sus labios había sangre fluyendo. Alba le quitó el arma y la colocó en su cinto, bajo su camisa.

La joven levantó la vista y contempló un horror indescriptible. Una anomalía de la realidad, algo proveniente de las grietas que se formaron en las puertas que conectan el infierno a la tierra.

Alba caminó hacia el centro de la calle para tener una mejor visión. Una figura inquietante apareció en el horizonte. Era enorme y aterrador, moviéndose en una espiral gigante, levantando todo a su paso. Era un tornado. Alba se sintió aturdida y abrumada, su corazón latía más rápido y más fuerte. Tomó a Solvita y se aferró con fuerza a ella. ¿Cómo podría escapar de algo así? ¿Cómo podría mantener a Solvita a salvo?

El viento sopló con fuerza, casi derribando a la joven. A su alrededor, ramas y rocas comenzaron a volar. El tornado arrastraba consigo escombros, árboles y automóviles, arremolinándolos en su interior como si fueran hojas secas. Alba sintió la fuerza y la velocidad del viento aumentando, mientras la lluvia comenzaba a caer con una intensidad que parecía no tener fin.

Alba se dio cuenta de que no tenía otra opción. Debía correr. Con todas sus fuerzas, la joven comenzó a correr luchando contra el viento. A medida que avanzaba, el viento se intensificaba, haciendo que su camino fuera cada vez más difícil.

Alba cerró los ojos y se aferró a Solvita, como si esta fuese una especie de amuleto de la suerte.

La niebla avanzaba en dirección al tornado. Los árboles, las láminas de las casas, las farolas y las placas de aluminio de las calles se mecían con el viento mientras que la lluvia caía en grandes gotas sobre el cabello de Alba. El ruido del tornado crecía cada vez más, como si quisiera tragarse a toda la ciudad.

A su alrededor, las casas parecían desiertas y las calles vacías. Todo el mundo había huido a un lugar seguro, menos ellas. La joven sabía que el tiempo se agotaba y debía encontrar un refugio lo antes posible. Alba seguía las indicaciones que la alerta repetía para llegar a la estación de tren. Las luces de las calles tintinearon y de un momento a otro se apagaron. Y la única iluminación provenía de relámpagos que tronaban en el cielo.

Alba, asustada, aceleró el paso, tratando de mantenerse erguida en medio del vendaval. Estaba cerca de la estación. Pero en la esquina, cuando estaba a punto de doblar, se encontró con un hombre extraño. Era alto y robusto, con una gabardina oscura que se mecía al compás del viento. Su rostro estaba oculto bajo un sombrero negro que amenazaba con emprender vuelo y su presencia le produjo un escalofrío.

Alba se detuvo. Su corazón dejó de latir durante un momento.

El hombre la miró, su rostro se iluminaba por los destellos de los relámpagos. Él la encontró justo en el peor momento, cuando la ciudad estaba al borde del colapso.

Alba lo miró con recelo, mientras el viento seguía soplando con fuerza. La lluvia parecía hacer que el hombre fuera más grande y amenazante de lo que realmente era. Tenía una apariencia espectral.

–Sabía que te encontraría en este lugar –dijo el hombre.

Alba dio un paso hacia atrás. Palpó la pistola oculta bajo su blusa.

–Hija…

–No te encontré en ningún vagón, y esta es la única calle que va hacia la estación, por eso sabía que vendrías… –el hombre dio un paso hacia adelante–. Alba, sé que te sientes mal. No he sido un buen padre y quiero que sepas que ahora veo todos mis errores. Tienes problemas, hija, y estoy dispuesto a ayudarte.

Alba se aferró a Solvita.

El padre se quitó el sombrero.

–Dios mío, Alba, qué hiciste… –el hombre se llevó las manos a la boca y cerró los ojos para evitar el derrame de lágrimas. Meneó la cabeza lentamente hacia los lados, ratificando su decepción.

Un estruendo entre las nubes hizo que Alba se sobresaltara. Ella estaba nerviosa.

Alba desenfundó el arma y le apuntó a su padre. Ella estaba segura de que él trataba de confundirla para quitarle a la bebé.

–¡Leí las notas de tu libreta! ¡Hiciste un pacto con el Diablo! ¡Yo solo quería ayudarte! –vociferó su padre, no pudiendo contener su ira– ¡¿Por qué no hablas conmigo?! ¡¿Por qué preferiste al diablo en vez de a mí, Alba?! ¡No lo entiendo! ¡Fuiste criada con valores cristianos, hija! ¡¿Por qué reniegas de Dios?! ¡¿Por qué violas las leyes de la vida y la muerte?! ¡Condenaste a una ciudad entera y abriste las puertas del infierno!

Alba jaló el gatillo. “clic, clic, clic”, la pistola no disparó porque estaba descargada. Alba desconocía el uso de un arma y pensó que se había trabado, por eso insistió en jalar el gatillo repetidas veces.

–¡En qué te convertiste!

“La gente mala siempre dice cosas sin sentido”, pensó Alba.

–¡Soy tu padre! ¿Por qué, Alba? ¡No había necesidad de que te encerraras en el dolor! Yo quería una mejor vida para ti… deseaba verte yendo a la

universidad, quería llevarte del brazo hacia el altar en tu boda, ¡Dios santo! Cómo pudiste acabar con tu vida. ¡Toda mi familia se extinguió! –el hombre apretaba sus puños e inclinaba su rostro hacia el cielo.

Alba lloraba a pesar de que no entendía de lo que hablaba su padre… o mejor dicho, no quería entender. Siguió jalando el gatillo de la pistola. Quería que su padre se callara.

–Tenía que llevarte con un psiquiatra, y nunca a la iglesia –el padre bajó la mirada, rindiéndose–, yo hice que despreciaras a Dios, pues él no puede ayudarte. Tus problemas eran mentales, y ahora también son espirituales –el padre miró fijamente a su hija–. Ahora sé porque no quieres hablar conmigo.

Alba lanzó un grito, como diciéndole que no estaba dispuesta a escucharlo.

–Tienes vergüenza. Es eso. No quieres hablar porque hay mucho ruido en tu mente. Temes de ti misma. Y lo que escuchas es tan diabólico que prefieres callarlo, encerrarlo en lo más recóndito de tu mente. Estás avergonzada de lo que hiciste, y como ya no hay vuelta atrás, intentas silenciarte para no tener que cargar con la culpa. Crees que si no te confiesas eliminarás tus pecados.

Un rugido abrumador interrumpió el reencuentro familiar.

Alba sabía de quien se trataba.

Le lanzó la pistola a su padre, pero por la fuerza del viento, esta cayó al lado de él.

Alba corrió hacia otra calle, pues sabía que la estaban siguiendo.

El oso estaba cerca.

Alba corría a toda velocidad, su corazón latía con fuerza mientras el aire frío le quemaba los pulmones. Recordaba perfectamente su último encuentro con el oso. Se encontró con una fábrica abandonada. Entró rápidamente en el edificio y sus pasos resonaron en el vacío. La alerta de evacuación se escuchaba difusamente desde lejos. En la oscuridad, pudo sentir el frío del metal oxidado y el olor a humedad y moho. El interior era un vasto espacio que se extendía como un laberinto de metal, madera y cemento. Las paredes de concreto estaban descascaradas y erosionadas por el tiempo, dejando al descubierto los ladrillos desnudos y los hierros que sostenían la estructura. El suelo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo y escombros, con pilas de maderas y herramientas de trabajo abandonadas, casi como si el lugar hubiera sido desalojado de un día para otro. La luz de la calle entraba débilmente por las ventanas rotas y sucias, formando un haz de luz que iluminaba la polvareda. Alba abrió las gavetas de un mueble y escondió a Solvita entre manuales viejos y revistas desgastadas. El aire era espeso y cargado de humedad, con un olor a metal y herrumbre que se colaba por sus fosas nasales. Cerró la gaveta y buscó un lugar para esconderse. Se deslizó detrás de una vieja máquina que estaba cubierta de polvo.

Mientras avanzaba, descubría máquinas desmanteladas y líneas de producción cubiertas de óxido. Los murales y anuncios publicitarios que una vez adornaron las paredes, estaban desvanecidos y apenas visibles.

Alba subió unas escaleras hacia una plataforma, desde ahí tuvo una mejor perspectiva del área, y las sombras la cubrían de la mirada de cualquiera.

Mientras Alba se ocultaba, su mirada se encontró con una serie de grafitis y pintadas que cubrían las paredes y columnas de la fábrica. Los colores brillantes contrastaban con la penumbra del lugar. Sin duda aquel lugar había sido habitado por indigentes, o concurrido por adolescentes pretenciosos.

La sensación sísmica. Aquellas pisadas que todo lo agitaban. Alba se aferró aún más al barandal de la plataforma, como si de eso dependiera su vida. Escuchó con atención, tratando de identificar la fuente del ruido.

Una silueta extraña se formaba en las ventanas. El oso estaba al asecho, disfrutando del miedo que provocaba en su presa. Su pelaje era negro y reluciente, ojos penetrantes y afiladas garras que rasguñaban el suelo.

El oso se detuvo justo en la entrada de la fábrica, su sombra se extendió en todo el lugar. Su rugido llenó el aire, haciendo temblar el suelo y la plataforma en la que se escondía Alba. La respiración del oso era audible, sus fosas nasales hinchándose y reduciéndose mientras olfateaba el aire en busca de su presa.

Alba se sostuvo a la oscuridad y el silencio, manteniéndose lo más quieta posible mientras el oso continuaba su búsqueda. Miró a través de las vigas metálicas debajo de ella. Allí, parado en silencio, estaba el oso diabólico, su pelaje oscuro brillaba levemente bajo la luz tenue que entraba por las ventanas rotas.

La joven contuvo el aliento, esperando que el oso no la oliera y subiera a la plataforma. Pero el animal se quedó quieto, como si supiera que su presa estaba cerca. La adolescente cerró los ojos con fuerza, temiendo que cualquier sonido la delatara.

El oso saltó hacia la plataforma y esta se sacudió violentamente. Una parte de la estructura se rompió con un fuerte crujido y se dobló. Alba se sostuvo a la barandilla mientras temblaba de miedo. La plataforma estaba destrozada, doblada hacia abajo, formando una peligrosa pendiente que conducía directamente a el hocico abierto del animal. La mirada del oso era diabólica, con sus ojos fijos en la joven, quien podía ver sus dientes afilados brillando a la luz de un relámpago.

–¡Detente, diablo! –el padre de Alba cruzó el umbral de la fábrica. Su voz resonaba en todo el edificio. Extendió los brazos en forma de cruz. Tenía la pistola en su mano derecha–. ¡No vas a reclamar el alma de mi hija! –el padre lanzó la pistola hacia afuera y se quitó la gabardina–. ¡No vas a llevarte al infierno a mi Alba! –el padre rompió el cristal de emergencia con su puño y sacó el hacha de rescate (la cual se usa en las fábricas para abrir puertas atascadas en caso de desastres naturales)–. ¡Antes deberás

enfrentarte a mí! ¡Yo soy la última antorcha de Dios! –Sujetó firmemente el mango del hacha con ambas manos, sintiendo su peso y solidez. Su mirada, fija en el enorme oso que se acercaba, reflejaba determinación y miedo a partes iguales–. Estoy cansado de que mi vida sea como arena entre mis dedos. Quiero morir como un hombre de Dios ¡No permitiré que toda mi descendencia caiga en el infierno!

Dijo el hombre, pues era la última oportunidad que le presentaba la vida para redimirse.

El oso se detuvo frente al hombre, mostrando sus dientes y rugiendo con furia. Pero el señor no retrocedió. Se mantuvo firme, con el hacha levantada en alto, listo para hacer lo que fuera necesario para protegerse. Con un rugido ensordecedor, el oso se abalanzó sobre el señor, pero éste respondió con un movimiento rápido y certero, lanzando el hacha con fuerza hacia el animal. El filo de la herramienta se clavó en el pelaje del oso, haciéndolo retroceder con un gruñido de dolor. El hombre no perdió la oportunidad y, sin darle tiempo al oso para reaccionar, se lanzó hacia él. El animal trató de esquivarlo, pero el hombre logró darle un golpe certero en una de sus patas.

El oso mordió la pierna del hombre, arrancando un pedazo de carne. El hombre gritó de dolor y saltó con una pierna hacia una máquina.

El hombre se retorcía de dolor mientras el oso se erguía en dos patas, alcanzando una altura de casi tres metros…

81

El viento soplaba con fuerza, empujando objetos en todas las direcciones. El sonido era ensordecedor, un rugido atronador e invasivo.

El policía abrió los ojos, sintiendo un dolor agudo en la cabeza. Parpadeó varias veces, intentando enfocar la vista. Estaba tumbado en el suelo, rodeado de escombros y ramas. Era como si una gigantesca mano hubiera agarrado todo lo que encontraba a su paso y lo hubiera lanzado al azar.

El policía intentó ponerse de pie, pero sus piernas se tambaleaban. Se agarró a un poste cercano para mantener el equilibrio, y mientras lo hacía, una ráfaga de viento lo golpeó con tanta fuerza que casi lo derribó de nuevo. Los escombros volaban a su alrededor y la lluvia azotaba su rostro.

Estaba totalmente desorientado. El policía intentó comunicarse por medio del comunicador, pero no recibió respuesta alguna. El walkie-talkie estaba muerto. Miró a su alrededor, tratando de orientarse, pero todo parecía un caos total. Algunas arboles se quedaron sin hojas, postes de luz doblados como si fueran de plástico, casas sin laminas y las calles estaban llenas de escombros.

No podía recordar exactamente qué había sucedido, pero tenía la sensación de haber pérdido algo importante. Trató de buscar en su cinturón su pistola, pero se dio cuenta de que se perdió en la confusión. Miro hacia el horizonte. La vista que se le presentó le dejó sin aliento. Un enorme tornado oscuro se abría camino hacia el norte, levantando escombros y vehículos a su paso. El policía no podía creer lo que estaba viendo. Parecía como si estuviera viendo una película de desastres, no algo que estaba sucediendo en la vida real. Mirando hacia el tornado de nuevo, se forzó a sí mismo a dejar su estupor. Corrió a su vehículo abollado y abrió la puerta. En el interior, buscó su pistola, pero no la encontró.

Se volvió hacia otra calle, corriendo mientras el viento lo zarandeaba y la lluvia le golpeaba la cara. Aunque estaba aturdido y confundido, sabía que tenía que hacer algo para proteger a su ciudad y a su familia. A medida que avanzaba, su mente volvía a su esposa y sus hijos, y se prometió a sí mismo que los mantendría a salvo.

Todavía desorientado y con sus pensamientos insistiendo en que todo no era más que una transición onírica hacia otro sueño más dulce, un ruido lo intranquilizó. No era la alerta, tampoco el viento. Eran rugidos y estruendos metálicos. El ruido persistía, cada vez más fuerte y constante, como si algo estuviera golpeando las paredes desde adentro. El policía se puso alerta. Notó que el conflicto se ocasionaba en la fábrica abandonada. Se acercó lentamente a la entrada. Un extraño brillo en la grama llamó su atención.

Era su pistola. Vio su oscuro reflejo en el metal frío del arma. Trató de mirar a través de las ventanas para averiguar qué estaba sucediendo, pero la suciedad de estos se lo impidió. Sin pensarlo dos veces, cruzó el umbral y entró en la fábrica.

El policía observó a la chica que estaba colgada de la plataforma con una mezcla de sorpresa y horror. Se detuvo en seco al ver el enorme oso frente a él, sintiendo un escalofrío recorrer su espalda. Nunca antes había visto a un animal tan grande y peligroso de cerca.

El oso gruñía. Estaba confrontándose con alguien que el policía no podía ver. Seguramente estaba devorándose un cadáver. El hombre sintió una fuerte punzada de miedo. Llevó su mano temblorosa hasta su cinto para sacar una tolva para cargar su pistola, pero esta se le resbaló y provocó un ruido estridente en el suelo.

El animal levantó la cabeza y giró su mirada hacia él. El policía se quedó paralizado durante unos segundos. Rápidamente recogió el cargador mientras el oso avanzaba hacia él. El policía retrocedió, y le apuntó. El oso lo alcanzó y el disparó fue al aire.

El policía cayó al suelo y soltó su arma, mientras el oso le arrancaba el brazo. El dolor fue insoportable.

El hombre intentó levantarse, pero el oso lo mantuvo abajo, con sus afiladas garras hundidas profundamente en su abdomen. Gritó de dolor, pero el oso no aflojó su agarre. Podía sentir su aliento caliente en la cara. El oso empezó a sacudirlo violentamente, como si quisiera arrancarle la piel. El hombre gritaba, pero sus gritos se volvían más débiles a medida que perdía sangre.

El hombre pensó en su esposa e hijos, y deseó haberles dicho cuánto los amaba antes de salir a trabajar esa mañana.

Finalmente, el oso le arrancó la cabeza de un mordisco.

82

El oso volvió la vista hacia el padre de Alba y se irguió sobre sus patas traseras, imponente y amenazador, con sus garras afiladas como cuchillos. El hombre estaba herido, con una pierna destrozada y un hacha temblorosa en la mano. El oso se acercó lentamente, como si disfrutara el miedo del hombre, mientras su aliento caliente y fétido soplaba en el ambiente como una máquina de vapor averiada. Los ojos del animal brillaban con una luz enfermiza y su hocico se abría en un gruñido gutural. La mirada del oso era fría y diabólica, como si hubiera venido del infierno para perseguir a su presa. El hombre temblaba de terror mientras levantaba el hacha. El oso se abalanzó sobre él con ferocidad, con una velocidad que era impresionante para un animal de su tamaño. El hombre intentó defenderse con el hacha, pero fue en vano. La bestia lo tumbó con un rugido ensordecedor, y sus garras rasgaron la carne de su hombro como si fuera mantequilla. Con cada golpe del oso, el hombre gritaba de dolor, pero el animal no mostraba piedad. Al final, el hombre cayó al suelo, sin aliento. La escena era espeluznante. La sangre del hombre empapada el suelo quebradizo y el aire estaba cargado del olor de la muerte.

¡BAM! –una bala entró en el lomo de la bestia.

La explosión del disparo hizo eco en las instalaciones. El viento soplaba con fuerza, haciendo temblar las paredes de la fábrica, mientras los rayos iluminaban brevemente la oscuridad.

Alba sostenía el arma con las dos manos, con una postura mediocre y temblorosa. Pero estaba cargada y lista para ser detonada. Apuntar al animal no era difícil, pues el volumen de su cuerpo era inmenso. La joven mantuvo la pistola apuntada hacia el oso. La luz de los relámpagos permitió a la joven ver los detalles del oso: su pelaje oscuro, sus garras afiladas y sus dientes relucientes.

Con lágrimas en los ojos, Alba apretó el gatillo. El oso se dio la vuelta y se abalanzó sobre la chica.

Fue entonces cuando ella empezó a disparar sin parar. Cada disparo era un grito de desesperación. La tensión era palpable, el sonido de los disparos y los rugidos del oso se mezclaban en eco aterrador.

Cada disparo resonaba en la fábrica. El oso se aproximaba a Alba con el hocico abierto de par en par, como si quisiera tragarse el cuerpo entero de la joven.

Finalmente, el oso cayó al suelo, inmóvil. Alba se acercó, temblando y llorando, y vio los ojos del animal, ahora sin vida. Se dio cuenta de que había acabado con una criatura infernal.

–Alby… –murmuró su padre.

El odio de Alba no había cesado. Seguía culpando a su padre por la desintegración de su familia. Levantó el arma, lista para disparar. Pero justo en el momento en que estaba a punto de apretar el gatillo, un torrente de imágenes inundó su mente.

–Adelante, hija. Hazlo. Ya todo lo he perdido. Y sí, Alba. Tienes razón. No necesitas decirlo. Sé que todo fue mi culpa…

El arma temblaba en la mano de Alba.

–Pasaste meses fingiendo mudez, y hablando sola, como si estuvieras conversando con Emma… yo te escuchaba, hija. Oh, querida. Solo quiero que escuches mi verdad. Antes de irme de este mundo, quiero que lo sepas…

Alba recordó cuando era niña y viajaban en auto por la carretera. Ella estaba en la parte trasera del vehículo cantando canciones con Emma mientras su padre conducía y su madre iba de copiloto. Recordó los paisajes verdes que veía por la ventana, los grandes árboles que se alzaban hacia el cielo y los pequeños animales que corrían por el campo. Recordó la brisa fresca en su rostro y el sol en su piel.

–Tu madre llevó a alguien a casa para que abusara de ti. Un hombre. Ella pensaba que yo no llegaría esa noche, pero mi viaje laboral se canceló. Hija, en tu habitación se perpetró una ofrenda satánica. Tú eras el plato para el diablo. El hombre estaba poseído por un demonio, y, y… hizo lo que quiso contigo para glorificar al infierno. Te habrían asesinado si no hubiera llegado a tiempo.

Alba recordó cuando ella y Emma disfrutaban de los días calurosos con sus helados favoritos. Recorrían las calles de su ciudad en busca de la heladería perfecta. Recordó el sonido de la campanilla al entrar, la elección difícil entre sabores y tamaños, y la sonrisa de su hermana mientras lamía su cono con entusiasmo.

–Cuando entré a la casa y vi la escena, me llené de odio puro. No pude contenerme, Alby. Me convertí en una bestia. Ver a ese hombre sobre ti hizo que mi cuerpo ardiera como el mismísimo infierno. Le destrocé la cara con un solo golpe. Y tu madre. Ella estaba acurrucada en una esquina, riendo, y pidiéndome que me detuviera, como si estuviera viendo la escena de unos payasos en monociclo. Estaba totalmente loca. El diablo corrompió su mente. Ella no era capaz de comprender sus propios actos. Era un cuerpo vacío que funcionaba para traficar con el infierno. En ese momento todo estuvo claro para mí. Ella le hizo lo mismo a Emma. Me abalancé sobre tu madre y… ya sabes lo que sucedió.

Alba recordó los días en los que ella y Emma escapaban a su lugar especial: la cabaña abandonada al lado del lago. Era su pequeño paraíso, un lugar donde podían dejar atrás las preocupaciones del mundo y disfrutar la una de la otra. La cabaña estaba cubierta de hiedra y tenía las ventanas rotas, pero para ellas era perfecta. No importaba lo que hicieran allí, siempre se divertían. Habían traído almohadas y mantas y a menudo se acurrucaban juntas para leer o simplemente hablar. Alba recordaba cómo solían cocinar salchichas en una fogata fuera de la cabaña, y cómo se reían cuando Mitsky, la gata negra de su madre, saltaba sobre las salchichas. Emma hablaba durante horas y Alba la escuchaba con infinita admiración. Su hermana soñaba despierta, planificaba su futuro y todas las cosas maravillosas que quería hacer cuando cumpliera dieciocho años.

–Debes saber que nunca quise lastimar a mamá. Pero no soporté la idea de que el diablo hubiera estado en mi hogar durante todo el tiempo sin que yo me diera cuenta. Me sentía completamente perdido, y de alguna manera no quería dejarla ir. Por eso la enterré en su jardín de rosas rojas. Sé que suena como una locura, pero tú mejor que nadie sabe que uno es capaz de barbaridades por amor.

Alba recordó los días en los que caminaba lentamente de vuelta a casa, arrastrando los pies y hundida en sus pensamientos. Había tenido días difíciles en la escuela. Pero cuando llegaba a casa, todo cambiaba. Su hermana mayor la recibía con un abrazo cálido y una sonrisa resplandeciente. Alba se sentía abrumada por la bondad de su hermana y su espíritu alegre. Su hermana le ofrecía una taza de té caliente y galletas recién horneadas, mientras la escuchaba atentamente. Emma era la única persona que la entendía.

–Creí que si ignoraba lo sucedido y le pedía a Dios que nos protegiera, lo superaríamos. Pero Alby, tu mente estaba completamente fragmentada. Te entregaste al dolor y…

Alba recordó una tarde en la que estaba comenzando a oscurecer y los rayos del sol crepuscular entraban por la ventana. Había tenido la idea de maquillarse por primera vez, como las muchachas de la televisión, pero no sabía cómo hacerlo y no se atrevía a preguntarle a su madre. Así que le pidió ayuda a su hermana mayor, Emma, quien aceptó de inmediato. Ambas se sentaron en el suelo frente al espejo. Emma sacó de su mochila una pequeña caja con maquillaje. La joven recordaba cómo su hermana le explicaba paso a paso cómo aplicarlo, cuál era el corrector y cuál el lápiz labial. Mientras tanto, la habitación se llenaba de risas y confidencias, de complicidad y hermandad. La joven recordaba el olor del perfume de su hermana, la textura del maquillaje en su rostro y la sensación de belleza que la embriagaba.

–Continuaste con el ritual inconcluso de tu madre, Alby. Encontré bajo tu cama notas sobre tus planes. No podías vivir sin tu hermana.

Alba recordó aquella tarde calurosa de verano en la que aprendió a manejar bicicleta, parada en el camino de grava junto a su hermana mayor, mirando hacia la bicicleta que estaba a su lado. El sol brillaba en el cielo, haciendo que el aire pareciera vibrante y cargado de energía. Emma le sonreía con dulzura y le decía con una voz suave y tranquilizadora que todo estaría bien. Alba sintió nerviosismo en su estómago, pero sabía que podía confiar en su hermana, la persona que siempre está a su lado. Con manos temblorosas, Alba se subió en la bicicleta y comenzó a pedalear lentamente, insegura de sus habilidades. Emma camina a su lado, sosteniendo el manillar y dándole instrucciones, alentándola y celebrando cada pequeño logro. Alba se ve a sí misma sonriendo, sintiéndose libre y feliz mientras pedalea por la calle junto a su hermana mayor, dejando atrás cualquier preocupación y miedo.

–Y todo lo hiciste por amor. Por amor… oh, hija… perdóname por no haber sido un buen padre. Perdóname por ignorar tu dolor. Estoy listo, Alba. He vivido tortuosamente los últimos años y es momento de que descanse en paz. Haz lo que tengas que hacer –el hombre cerró los ojos, esperando lo inminente.

Pero Alba con un sentimiento de tristeza y melancolía, dejó caer la pistola.

El hombre sonrió.

–¿Puedo verla? –inquirió, refiriéndose a Solvita.

Alba fue a buscar a Solvita en el gavetero. Se la mostró a su padre.

–Dios mío… –murmuró entre lágrimas–. Mi hija… mi vida… mi sol… Oh, mi Dios –Solvita dormía plácidamente, movía sus manitas involuntariamente y sonreía esporádicamente, como si reconociera la voz del hombre.

Una ráfaga de viento rompió una ventana. Alba se incorporó, alarmada, tomó a la bebé entre sus brazos.

–Tienes que irte, mi amor. Vive una nueva vida. Olvida todo esto. Construye un nuevo mundo. Dale a esa bebé lo que no tuviste –el hombre sonrió débilmente–. Pronto veré a Dios y le pediré misericordia por tu alma… vivan, mis amores.

EPÍLOGO:

NACIDA DE UN DESEO

83

La estación estaba repleta de gente, con familias enteras que se refugiaron allí para protegerse del tornado. La ciudad, siendo un puerto, estaba en alto riesgo de tsunami, y las autoridades estaban evacuando a la mayor cantidad de personas posible.

El ambiente estaba cargado de voces preocupadas de las personas que se apretujaban en los vagones del tren que estaban siendo preparados para la evacuación. Los policías y los trabajadores de emergencia corrían de un lado a otro, dando órdenes y asegurándose de que todos estuvieran a salvo.

Un policía se acercó a Alba y le preguntó por el paradero de sus padres. Ella sacudió la cabeza de lado a lado. Él la tomó del hombro y la guio hacia el vagón.

La gente en el vagón estaba preocupada y asustada, con muchas miradas temerosas apuntando hacia el horizonte oscuro. La adolescente se aferró a la bebé con fuerza.

Lourdes salió de unos arbustos. Una sonrisa se dibujó en el rostro de Alba. La llamó con el sonido con el que atienden los gatos (Ps-ps-ps-ps). La gata lamió los dedos de su pata. No parecía preocupada por nada. Alba insistió y palpó el suelo del vagón para hacer ruido y llamar su atención. La gata la miró fijamente. Otro gato emergió de la maleza. Era negro. Alba la reconoció, era Mitsky, la gata de su madre. Se sentó al lado de Lourdes y ambas miraron a Alba, como despidiéndose.

Un leve sismo hizo estremecer el vagón. El tren comenzó a avanzar. Y la sonrisa de Alba desapareció. Pronto, el brillante pelaje de las gatas desapareció en la espesura del crepúsculo.

“Todas las brujas tienen un gato”, pensó Alba.

Veinte minutos después el cielo empezó a teñirse de naranja y rosado, y los primeros rayos del sol empezaban a iluminar a las tímidas florecitas del terreno llano. A su alrededor, las demás personas en el vagón parecían sentir una mezcla de emociones. Algunas mujeres estaban tejiendo, y sus dedos ágiles se movían rápidamente sobre la tela mientras charlaban entre ellas. Otras estaban preparando café en una pequeña cafetera portátil, y el aroma a café recién hecho llenaba el aire. Algunos hombres se quejaban por haber dejado tirado sus trabajos y otros parecían felices por la misma razón. A los más pequeños no parecía afectarles la situación, tomándose todo como si fuera una aventura.

Una anciana tenía un radio portátil sintonizado en la emisora local. Alba no podía oír lo que decía el locutor, pues su voz se escuchaba con mucha interferencia, como si se encontrara a bordo de un helicóptero, pero se percató de que las mujeres se ponían nerviosas.

Mientras escuchaba el suave ronquido de la bebé, reflexionaba sobre la vida que le esperaba a partir de ese momento.

De repente, la bebé se remueve entre sus brazos. Alba la mira con ternura, tratando de tranquilizarla. Los parpados de la bebé se estremecen y abre los ojos por primera vez. Su inmaculado rostro se enciende con una sonrisa y débiles movimientos con sus manitas y piecitos.

Es entonces cuando se escucha claramente la noticia en la radio. Sucedió lo que todos temían: la ciudad había sido arrasada por el tsunami. La inundación fue catastrófica. Algunas personas lloraron, otras suspiran aliviadas por haber salido a tiempo.

Las hermanas Llorento ya no vivirían bajo las reglas de dioses ni diablos, sino que forjarían su propio camino, su mundo hermoso. Y solo por eso

valdría la pena.

Alba abrazó a Emma mientras las estrellas se desvanecían en el cielo y el sol conquistaba los horizontes.

–Estaremos juntas por siempre.

Libros de este autor

IMAGINARIA

Imaginaria es un viaje al interior de la mente de un niño que trata de escapar de su realidad. Cansado de estar triste todo el tiempo, decide olvidar. Sin embargo, sus amigos imaginarios le harán recordar su camino hacia la oscuridad.